ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA



FEBRERO MCMLX



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Serrano, 117. Teléfonos 33 39 00 - 33 68 44

DISTRIBUCIÓN:

Librería Científica Medinaceli. Duque de Medinaceli, 4

MADRID

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y CULTURA

TOMO XLV Núm. 170 — Febrero, 1960

MADRID

S U M A R I O

Páginas

ESTUDIOS Y NOTAS:

INFORMACIÓN CULTURAL DEL EXTRANJERO:

INFORMACIÓN CULTURAL DE ESPAÑA:

Depósito legal M. 55-1958

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

HENRI DANIEL-ROPS, de la Academia Francesa; director de "Ecclesia", París.

VICENTE VILLAR PALASÍ, catedrático de Bioquímica de la Universidad de Barcelona.

KURT WALTER MERZ, rector de la Universidad de Friburgo, Alemania.

CARLOS ANTONIO AREÁN, doctor en Filosofía y Letras.

JAIME MOLL, colaborador del Instituto Español de Musicología, Sección de Madrid.

ARBOR publicará próximamente los siguientes originales:

Vehículos espaciales, por *Juan José Sáinz de Bustamante.*

Bienestar social y bienestar económico, por *Ángel Vegas.*

Existencialismo e historia, por *Walter Brüning.*

La situación actual del catolicismo en la Argentina, por *Pedro J. Frías,* hijo.

La educación nacional y el problema de la guerra, por *Manuel Fraga Iribarne.*

La Revista no mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas. Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y opiniones mantenidas en su trabajo.

DIANA. Artes Gráficas.—Larra, 12. Madrid.

ESTUDIOS Y NOTAS

MONSIEUR VINCENT

En el III centenario de la muerte de San Vicente de Paúl

Por HENRI DANIEL-ROPS

EN CHÂTILLON-LES-DOMBES.

CORRÍA el año 1617 y Châtillon-les-Dombes se disponía a entrar en la cuaresma; sin gran fervor, preciso es reconocerlo. ¡Cuántos años hacía que, en esa aldea hecha un barrizal, no había habido un verdadero párroco! Los curas ecónomos y los sacerdotes habituales, a los que el párroco titular no dejaba gran cosa de las rentas de la feligresía, apenas mostraban el menor celo por sus deberes pastorales. Los ricos se habían pasado al protestantismo, los humildes se iban hundiendo en una indiferencia casi total... Y, de pronto, todo cambió.

Había llegado un nuevo cura. Se hablaba que venía de París; sin embargo, oyéndole hablar con su voz cálida de deje meridional, subrayando a menudo sus frases con gestos, no se diría que fuera muy parisiense. Había causado buena impresión; era alegre, agradable, carecía de todo orgullo y se mostraba servicial. Incluso el calvinista Beynier había sido ganado por él y le ofreció hospitalidad.

Los feligreses de Châtillon-les-Dombes no tardaron en advertir que no era un sacerdote como los demás. Ante todo, celebraba cada mañana su misa, lo que no era frecuente en aquella época. Luego, se le vio reparar con sus propias manos la iglesia y la casa rectoral. Por si esto fuera poco, se comprobó, con sorpresa, que sus sermones eran interesantes..., de modo que se reanudó el hábito de oír misa y de asistir a los oficios. La influencia de ese nuevo cura creció muy pronto hasta tal punto que se produjeron conversiones sensaciona-

les, entre las que la del hugonote Beynier no fue la menos sonada.

De este modo, Châtillon, que apenas era más que un grupo de bautizados de los más tibios, en muy poco tiempo se vio de nuevo convertido en parroquia genuina, donde los fieles se sentían más unidos y hermanados que jamás lo habían estado antes. La gran campanada la dio el admirable sacerdote cierto domingo cuando conjuró a sus fieles, desde lo alto del púlpito, que tuviesen compasión de una familia que, perdida entre los pantanos, perecía de fiebre y miseria; respondiendo a su llamamiento, varias decenas de almas caritativas se pusieron en camino portando cestas bien surtidas para llevar socorros a esas pobres gentes. Aquella misma tarde, dos docenas de mujeres se agruparon y decidieron constituir una "Cofradía de Damas de la Caridad", que se dedicarían a socorrer a los indigentes. El buen cura les dio en el acto un reglamento, que todavía puede verse, en la iglesia, fijado en la pared. Era realmente asombroso aquel cura.

Tales fueron los comienzos —en una carrera consagrada en adelante por completo a la caridad de Cristo y a sus postulados concreto— de aquel a quien sus feligreses de Châtillon habían dado de rondón el nombre con el que la historia le ha hecho célebre: *Monsieur Vincent*.

Una formación lenta.

Lo cierto es que, por todos los conceptos, venía de lejos ese Vicente de Paúl que, andando el tiempo, llegaría a ser el más grande santo de su siglo. Había nacido en 1581 en los confines de las Landas, en la modestísima aldea de Pouy, no lejos de Dax. Su familia, numerosa, era la de un campesino pobre. Más tarde, en la corte, lo recordará con cierto orgullo: "Mi madre jamás tuvo criados; ella misma servía, pues era la mujer, y yo el hijo, de un pobre labrador."

Mas hay que suponer que el mozo del honrado labriego De Paúl (o Depaul) era despejado, pues un notable de Dax, M. de Comet, abogado de la audiencia, reparó en él y se interesó por el muchacho. Gracias a su intervención, los franciscanos acogieron al niño en su

escuela. Sin que pueda decirse si el pequeño Vicente tenía o no vocación religiosa, quedó, pues, decidido que sería de la Iglesia. Constituía ello, en aquel entonces, el mejor medio para que un muchacho inteligente y pobre hiciese carrera. Y así, a los quince años de edad, recibió la tonsura y las órdenes menores.

En aquella época, en que apenas había seminarios, se podía llegar a ser sacerdote con estudios que, por término medio, no sobrepasaban el nivel de nuestra segunda enseñanza. Sin embargo, para hacer verdaderamente carrera en el clero, era necesario haber cursado estudios en la universidad. El buen padre De Paúl, el campesino de Pouy, hasta tal punto se daba cuenta de ello, que hizo un sacrificio heroico: para sufragar los estudios de su hijo en la universidad de Toulouse, vendió una yunta de bueyes. A pesar de todo, la vida no fue fácil para el joven Vicente, quien se desenvolvió medianamente para vivir y hacer sus estudios, lo que logró por fin haciéndose hospedero de estudiantes más acomodados. Después de terminados sus estudios —o dándoles por tal, pues sólo contaba veinte años— en 1600 fue ordenado sacerdote por un obispo amigo en el curso de una visita que hizo al mismo; también esto estaba en las costumbres de la época...

Hablando más tarde de su juventud, Vicente de Paúl diría que entonces estaba todavía preso en la "tela de araña". Durante mucho tiempo habría de permanecer cogido en las redes del mundo, araña voraz. Y, sin embargo, el Señor no cesaba de enviarle advertencias y signos para invitarle a que se corrigiera. El más imperioso le fue dado en 1605 cuando, regresando por mar de Marsella a Narbona, fue secuestrado por piratas berberiscos, llevado a Túnez y vendido en el mercado de esclavos. Prueba dura que, en fin de cuentas, tuvo un desenlace feliz, pues los amos sucesivos que lo compraron se mostraron muy humanos con él. El último, un sacerdote renegado, incluso lo trató como a un verdadero amigo, quedando así sometido a su influencia hasta el punto de arrepentirse de su falta, y decidió regresar a Europa, acompañado de Vicente.

Al cabo de dos años de exilio, Vicente de Paúl volvió, pues, a Francia, desembarcando en Aigues-Mortes, tierra pontificia dependiente de Aviñón. El vicelegado, al enterarse de la prodigiosa histo-

ria, acogió a Vicente y al antiguo renegado con emocionada alegría y lágrimas en los ojos. Luego, los envió a Roma para que relatasen en las altas esferas sus aventuras. Durante largos meses, Vicente de Paúl permaneció en la Ciudad Eterna, granjeándose muchas amistades por su encanto, su inteligencia y sus excelentes modales. Cuando regresó a Francia en 1609, circuló el rumor de que el papa Paulo I le había confiado una misión secreta.

Lo cierto es que fue recibido por el rey Enrique IV y que supo ganarse hasta tal extremo su confianza que, de sencillo sacerdote sin recursos ni posición, se vio convertido en capellán, uno de los capellanes de la ex esposa del rey, la reina Margot. El ambiente era curioso e interesante: mundo y literatura. En él, Vicente ensanchó el círculo de sus relaciones. Además, percibía un saneado beneficio —el de la abadía de Saint-Léonard-de-Chaumes, cerca de Saintes—, que le ponía al abrigo de toda necesidad. Mas también adquirió allí una experiencia que habría de ser fecunda para él. Frente al palacio de la reina Margot, los hermanos de San Juan de Dios tenían un hospital, que frecuentaba Vicente: fue, para él, el descubrimiento del sufrimiento humano... Pero todo esto era todavía muy poco y, en 1610, según sus propias palabras, Vicente de Paúl se encontraba aún en la "pequeña periferia". Apenas podía presentirse, en aquel sacerdote mundano, el santo que llegaría a ser andando el tiempo.

La llamada de Dios.

San Vicente de Paúl ha permanecido extremadamente reservado sobre su evolución interior. ¿Conoció una "noche de fuego" semejante a la que Pascal viviría más tarde? Uno de sus mejores biógrafos piensa que se operó en él más bien una lenta "invasión por la santidad". Lo cierto es que, en aquel año de 1610, se encontraba ya *in via*.

Es posible que un encuentro le ayudase a emprender ese camino hacia Dios y que incluso fuese decisivo. En el ambiente parisiense que frecuentaba, un hombre gozaba de considerable prestigio espiritual: Bérulle, que tanto trabajaba para reformar la Iglesia de

Francia, que había traído de España a las carmelitas, que estaba a punto de fundar el Oratorio y cuyo elevado pensamiento místico ejerció una cierta y profunda influencia sobre Vicente. Hablando éste con el futuro cardenal, descubrió a la vez lo que podía ser una experiencia espiritual auténtica, verdaderamente vivida, y cuáles eran los problemas, muy graves, que tenían que plantearse a una conciencia de sacerdote en una época en que las grandes decisiones del concilio de Trento comenzaban apenas a hacer sentir sus efectos.

Esta genuina "conversión", en la acepción clásica del término, no tardó en traducirse en ciertos cambios de actitud. Con creciente frecuencia se veía a Vicente en las salas de los hospitales y se le encontraba en los barrios de miseria. Las almas no le solicitaban menos que los cuerpos. Luchó dolorosamente por arrancar a un sacerdote a sus tentaciones y dudas, librando extrañas batallas contra los poderes de las tinieblas.

Hizo más aún. El ministerio espiritual no era entonces de los mejor considerados, y menos aún, el de cura rural. Sin embargo, cuando Bérulle propuso al capellán de la reina Margot que se hiciese cargo de la parroquia de Clichy, cerca de París, aquél no titubeó un solo instante. Esta inmensa parroquia, que se extendía desde el Clichy actual hasta el emplazamiento de Saint-Philippe-du-Roule y la llanura de La Garenne, estaba formada por hortelanos y campesinos. Vicente de Paúl se consagró a ellos, durante un año, con un celo que no desfallecía, predicando, confesando, catequizando, haciendo colectas para reconstruir su iglesia, revelándose como el más eficaz y generoso de los párrocos.

Sin duda, habría permanecido allí durante mucho tiempo, a la cabeza de la parroquia de Clichy-La-Garenne, si su director espiritual Bérulle no hubiera considerado que podía ser más útil en otro cargo: como preceptor en la familia Gondi. Este parecer era acertado. Los Gondi, excelentes cristianos, gozaban, por su fortuna y sus relaciones, de una gran influencia que podían poner al servicio de la Iglesia y de los principios de reforma. Felipe Manuel Gondi, general de galeras, era un personaje importante. Y así sucedió que Monsieur Vincent quedase encargado de la educación de sus dos hijos mayores.

Vicente de Paúl no tardó en ejercer su ascendiente sobre los Gondi. Incluso consiguió del general de galeras que éste renunciase a batirse en duelo. Muy pronto se convirtió en confidente y director espiritual de su esposa, Françoise de Silly. Respecto de muchos puntos, sus preocupaciones convergían. Éstas eran particularmente angustiosas en cuanto a la situación religiosa del campo francés, con harta frecuencia abandonado a sacerdotes ineptos. Acompañando a madama de Gondi por sus tierras de Picardía, sobre todo en la región de Folleville, pudo palpar esa miseria espiritual y, tomando la palabra desde el púlpito, comprobar muy pronto que un llamamiento que venía del corazón era susceptible de ejercer un poderoso influjo sobre esa gente sencilla. La gran obra a la que habría de consagrar su vida estaba preformada en él: las misiones.

A renglón seguido de la experiencia de Folleville, vino la de Châtillon. ¿Juzgaba Vicente que no debía continuar viviendo esa experiencia demasiado cómoda de preceptor de niños ricos; que era tiempo de poner manos a la obra? Habiéndole dicho Bérulle que el Oratorio de Lyon necesitaba un sacerdote capaz de levantar esa humilde parroquia rural, Monsieur Vincent se ofreció a ello.

Encuentro con la santidad.

Sin embargo, no permaneció mucho tiempo en Châtillon; sólo el justo para hacer mucho bien y llevar a sus feligreses de nuevo al buen camino. Los Gondi le rogaron que volviese con ellos. La buena señora de Gondi incluso le hizo saber que le consideraría responsable ante Dios del bien que ella dejara de hacer por su culpa. El obispo de París y Bérulle le invitaron a regresar a la capital, donde le esperaban dos cargos más que honrosos: la capellanía de la familia Gondi y el vicariato general de galeras.

De golpe, su influencia se vio considerablemente aumentada. Estaba resuelto a servirse de ella para paliar todas las miserias de que tenía experiencia. Trabajaría, además, para enviar a misioneros al campo con el fin de reevangelizarlo y para llevar socorros a los galeotes y presidiarios. Y, puesto que se encontraba entre los ricos de

este mundo, obtendría de ellos que se mostrasen más fraternales con los pobres.

Por sus nuevas funciones, Vicente de Paúl se vio mezclado especialmente en todo el ambiente "reformador" constituído por las buenas almas que aspiraban a dar eficacia, en el ámbito de la Iglesia, a las normas emanadas del concilio de Trento. Era el círculo en que figuraban Mme. Acarie, los padres Benoit de Canfeld y Coton, confesor de Enrique IV, Bérulle y los activos varones que irían a fundar la "Compañía del Santo Sacramento". Allí, Vicente encontró a aquel que acabaría por encaminarle: San Francisco de Sales.

La *Introducción a la Vida devotu* era, desde hacía diez años, el libro de moda en todo lo que el catolicismo tenía de vivo. El obispo de Ginebra vino en persona a París, encargado por el duque de Saboya de negociar el matrimonio de su hijo con Cristina de Francia. Vicente tuvo numerosas conversaciones con él, que le causaron la más honda impresión. Más tarde, diría que creyó oír hablar a Cristo mismo. La Madre Juana de Chantal tomó parte en algunas de estas entrevistas. La santidad viviente, las virtudes cristianas encerradas en un hombre, la humildad, la confianza en Dios, la sobrenatural esperanza: he aquí que Vicente de Paúl descubrió todo esto en su trato con Francisco de Sales. Según su propia confesión, la influencia de su amigo le rodeó de esa paz total que sólo proporciona la entrega integral a Dios. Jamás esta paz era, para Vicente, más profunda que, cuando, ya muerto su maestro, le parecía sentir que sus virtudes se derramaban misteriosamente sobre él.

En adelante, Vicente de Paúl estaba preparado a emprender las grandes obras para las que Dios le llamaba. Tenía cuarenta y cinco años; su formación había sido lenta, pero ¡cuán rica y dilatada! ¡Cuántos ambientes había recorrido, explorado y penetrado! El santo y el hombre de acción estaban dispuestos en él para las grandes realizaciones. Aún volvió por una vez a su aldea natal; había de ser la última. Pues, ¿no está escrito que, para seguir a Cristo, hay que abandonar al padre y a la madre? No haría la dicha de aquella gente humilde; pero su influencia serviría a otras tareas. Sabía ahora que su destino era trabajar, no para su familia, sino por todos los pobres. Ya nunca más regresaría a Pouy.

MONSIEUR VINCENT.

A los cuarenta y cinco años de edad, en el momento en que iba a comenzar realmente su carrera, Vicente de Paúl era un hombre de estatura mediana, rostro barbudo surcado ya de arrugas, en el que los ojos brillaban vivazmente y cuya sonrisa ganaba los corazones; no tenía nada del sacerdote mundano que sus funciones le habrían permitido ser. A menudo, sucedía que se presentaba en la corte calzado con toscos zapatos, llevando una sotana muy gastada y un cinturón deshilachado; a la reina, a quien contrariaba este modo de vestir, replicaba entonces con orgullo: "¡Ni rotos, ni manchas, señora!" Mas emanaba de él una tal autoridad, que nadie se resistía a ella y que hizo que ese sacerdote rústico no tardase en convertirse en el guía espiritual del catolicismo francés en marcha.

Sus rasgos de carácter, tal como pueden discernirse a través de su obra, sus escritos y los testimonios de quienes le conocieron, definen una personalidad recia, bien equilibrada y realista hasta en las más altas empresas espirituales. Inteligente, sin ser en lo más mínimo un doctrinario, y muy poco intelectual, tiene un eminente sentido de los hombres y las realidades. Es clarividente y previsor, adivinando lo porvenir; todo ello, sostenido por una sabiduría socarrona que gusta de la ironía hacia los vanidosos y los intrigantes de todas clases, pero que jamás se muestra cruel. Empeñado en los más vivos debates, conservará siempre la mesura y el espíritu de equidad de los que el verdadero cristiano no debe apartarse nunca.

Pero lo que en adelante llamará en su personalidad la atención, más que ningún otro rasgo, es su maravillosa bondad. Su primer biógrafo, Abelly, dice que no podía oír hablar de ninguna aflicción humana sin que el dolor y la compasión se reflejasen en su semblante. Su caridad es ilimitada, pero también está matizada de delicadeza. En la criatura más mísera sabe reconocer y respetar al hombre; lo respeta porque ama a los hombres en Dios.

He aquí el punto fundamental. Nada, querido Monsieur Vincent, tiene sentido sino en la medida en que se relacione con Dios y el amor de Dios. Si ama a los hombres, es porque toma en serio los dos pri-

meros mandamientos del Evangelio, de los que Jesucristo enseñó que son iguales: "Amarás al Señor con todo tu espíritu y con toda tu alma; y al prójimo, como a ti mismo." La soberana eficacia no tiene, en definitiva, otro objeto que la intensidad de su vida espiritual.

Conviene insistir en esto último, aunque sólo sea para reparar una injusticia: porque el santo de la caridad fue muy activo, porque se mostró reservado acerca de cuanto sucedía en su interior creyendo sinceramente que esto no interesaba a nadie, porque su humildad le impulsó a rebajarse con una perseverancia y convicción que se impusieron y porque, en fin, algunos de sus adversarios, del lado de Port-Royal sobre todo, mostraron una tendencia excesiva a excluirle de la gloriosa pléyade de los grandes espirituales. Ciertamente, San Vicente de Paúl no renovó con nuevos puntos de vista la especulación religiosa; tampoco marcó el rumbo doctrinal, como su maestro Bérulle, a toda una escuela; ni siquiera publicó nada en vida. Pero su pensamiento espiritual, al que desdeñó ordenar en un sistema lógico dejando a sus comentaristas el cuidado de acercar entre sí los elementos del mismo, no por eso se muestra menos en una veracidad y continuidad admirables. Y ¿quién de todos los grandes espirituales de esa época, en que abundan, dejó tan hondamente grabada su impronta?

Su espiritualidad es esencialmente la del equilibrio y del término medio. De buen grado habría dicho de ella lo que dijo de la virtud: "Que consiste siempre en un justo medio." Incluso en materia de caridad condena, tanto como su ausencia, el exceso de celo en el amor y la solicitud afanosa. Su doctrina está a mitad de camino entre las de sus dos maestros o, mejor dicho, las une: el ardiente misticismo de Bérulle y el humanismo devoto de San Francisco de Sales, sin olvidar las muy claras influencias ignacianas. Más que Bérulle, otorga al hombre confianza, aunque su método sea más áspero que el de la *Introducción a la vida devota*. Le veremos opuesto al error jansenista, pero no por ello cederá a la tentación del laxismo. También aquí, como en tantos otros aspectos, anuncia y prepara la evolución de la Iglesia hacia la de nuestros días. Su sucesor, en el siglo siguiente, será san Alfonso de Ligorio.

En definitiva, todo se resume, para él, en un principio fundamental: aquel que san Pablo formuló en términos insuperables y que rige la metafísica de los santos, al decir que "es preciso vivir en Cristo". Si, después de levantarse a las cuatro de la madrugada, Monsieur Vincent comienza su día empuñando la disciplina —para golpearse hasta la sangre—, si exige a su cuerpo esfuerzos y trabajos desmedidos, es porque tiene ante sus ojos a Cristo, al Eccehomo, por quien todos los dolores de esta Tierra cobran su verdadera significación. Vivir la cruz, vivir la pasión de Cristo, es vivir también su infinito amor por los hombres. Bérulle inició a Monsieur Vincent en la contemplación del Verbo encarnado, en todos los aspectos de su existencia dolorosa; San Francisco de Sales le enseñó que no existe, para la humanidad, más que un solo modelo. También Vicente se adhiere con toda su alma a Cristo según la fórmula en boga a la sazón: Jesucristo, "ese modelo perfecto, ese consejero...".

He aquí por qué, en las dificultades de la existencia, se muestra tan apacible y optimista: ha abandonado totalmente a Dios el cuidado de guiarle. "No querer sino lo que quiere Dios", saber que Él se sirve de nosotros si nosotros nos entregamos a Él, "vaciarse de sí mismo y dejar actuar a Dios"...; jamás hará otra cosa, y atinará...

Así, pues, obrará para obedecer a Dios, bajo el signo de Dios, porque es esencialmente un hombre que actúa para Dios. Construir el Reino del Padre *hic et nunc,* llevar al mundo más justicia y amor: he aquí lo que, a sus ojos, constituye la tarea decisiva, la verdadera meta del cristiano. Al contrario de ciertos místicos, incluso entre los más grandes, que gustan de vivir en la soledad y especulación, sin desdeñar las cosas de la Tierra, es cierto, pero también sin querer mostrarse caritativos más que por la mortificación y la oración según el orden de la reversión de los méritos y de la comunión de los santos, él, Vicente, no concibe ningún impulso que acerque a Cristo que no sea, a la vez, un impulso hacia sus hermanos. Es éste el último rasgo de su retrato, el más decisivo en fin de cuentas. La caridad derramada en obras vuelve a unirse, en las cimas, con la contemplación pura. "El más grande de nuestros hombres de acción, dice Bremond, nos lo ha dado el misticismo."

Las grandes creaciones: 1.—Las misiones.

La hora de las realizaciones había sonado para Monsieur Vincent. Sabía lo que el Señor esperaba de él. Después de volver con los Gondi, y disponiendo en adelante de una acrecentada influencia, se serviría de ella para emprender una obra multiforme cuyas realizaciones se entremezclarán en una especie de ímpetu vital, pero que no pueden estudiarse si no es separándolas y clasificándolas por categorías. Hay que recalcar que domina la multitud de las tareas emprendidas con una precisión y un sentido del método que son los de un auténtico jefe. Desde el fondo de su celda de San Lázaro, se le verá, hasta su muerte, animar y vigilarlo todo, dar las instrucciones generales, pero también ocuparse de los pormenores. Al servicio de este temperamento de santo, ¡qué poderosas facultades de inteligencia y organización!

La primera de sus grandes realizaciones fue *La misión*. Su idea la había concebido, como se recordará, cuando, acompañando a madama de Gondi, descubrió la miseria espiritual del campo. Algunos iniciadores audaces habían ensayado ya la misión como medio de revivificar algunas comarcas: así, el padre Auger, en la región bordelesa; el padre Véron, en tierras de Caen, y Michel Le Nobletz, en Bretaña. Durante varios días, incluso algunas semanas, predicaban, confesaban y exhortaban a las buenas gentes a asistir a misa. En diversas localidades de Picardía, y más tarde en Joigny, Montmirail y Mâcon, Vicente de Paúl hizo lo mismo. No tardó en percatarse de que esta labor sólo sería eficaz si era proseguida y si una Sociedad de Misiones la emprendía de manera sistemática.

Este era también el parecer de la excelente señora de Gondi. De sus gastos de vestuario detrajo quince mil libras, suma considerable, a la que su esposo añadió otras treinta mil. Esta dotación permitía costear un buen número de misiones. Pero ¿quién se encargaría de ellas? Ni los jesuítas ni los religiosos del Oratorio aceptaron, pues se interesaban poco por el campo. Entonces, los Gondi obligaron a su capellán a ocuparse personalmente de la cuestión.

Rápidamente procedió a ello. Para alojamiento de la futura so-

ciedad, obtuvo un colegio —el de los *Bons enfants,* situado en la colina de Santa Genoveva— el 17 de abril de 1625. Allí se constituyó seguidamente la Congregación de la Misión, formada por "seis personas eclesiásticas" que se obligaban a ir a evangelizar las comarcas rurales bajo la vigilancia de los obispos. Y, en seguida, acudieron a inscribirse en esta obra tres sacerdotes: Antoine Portail, François de Coudray y Jean de la Salle. El grupo así formado continuó de aldea en aldea, predicando la misión, pese a resistencias y burlas. Los resultados no tardaron en hacerse patentes, lo que decidió a otros eclesiásticos a unirse a la pequeña agrupación.

Para dar a la joven sociedad una estructura administrativa, se precisaba una decisión oficial. No era posible obtenerla de París, ya que el parlamento, prevenido por algunos curas envidiosos, había puesto obstáculos a ello. Incluso en Roma, las dificultades fueron numerosas, pues no se comprendía bien qué es lo que exactamente pretendían esos sacerdotes que se negaban a ser religiosos y qué los diferenciaba de las órdenes mendicantes. También intervinieron oscuras envidias, hasta las de algunos miembros del Oratorio, poco satisfechos de ver que se creaba una obra al margen de la obra beruliana. Pero la habilidad diplomática de F. de Coudray supo vencer todas las dificultades, y el 12 de enero de 1633, el papa Urbano VIII consagró, por la bula *Salvatori nostri,* la obra de la misión.

Sucedía esto poco tiempo después de que una donación generosa hiciera dar a la nueva obra un paso decisivo. El priorato de San Lázaro, en tiempos asilo de leprosos, y que poseía una enorme heredad a las puertas de París, fue ofrecido a Monsieur Vincent por el último superior. Tan bello era aquello que el fundador titubeó algún tiempo en aceptar. Al fin, cedió y, dejando los *Bons enfants,* fue a instalarse en San Lázaro. Muy pronto habría de convertirlo en un centro de caridad tan activo y tan acogedor para todas las aflicciones, que se hizo célebre. En adelante, el pueblo designaría con el sobrenombre de "lazaristas" a los que oficialmente se llamaban Sacerdotes de la Misión.

Sin embargo, la denominación oficial respondía exactamente a las intenciones del fundador y a la vocación de su instituto. Los miembros eran sacerdotes, y no religiosos. La tarea que les estaba asig-

nada propiamente era la de "predicar el Evangelio a los pobres, y especialmente a los pobres del campo". Para ello, para mejor estar en condiciones de propagar a Cristo, era, ante todo, preciso vivirlo y trabajar en el propio perfeccionamiento personal. No se exigía ninguna condición para entrar en la sociedad: así, se vio acudir a ella y nobles y personas del estado llano, pero, en igual número, a gente del pueblo. Todos, cualquiera que fuese su origen, vivían modestamente y tan cerca de los pobres como era posible; de indigentes a los que a menudo invitaban a sentarse a su mesa. La atmósfera era sencilla, alegre y familiar; nada solemne ni afectada.

Así, se organizaron las misiones lazaristas. Por grupos o equipos misionaban una comarca durante varias semanas seguidas; los oradores se alternaban, hablando en las iglesias, pero a veces también en las calles y plazas, prolongando el trabajo de la predicación a través de numerosos contactos personales, sabiendo hacerse comprender y querer de todos.

Uno de los puntos sobre los que Monsieur Vincent insistía más era que la predicación debía ser sencilla, directa y estar al alcance de todos. ¡Nada de latín, de erudición barata, de "filigranas oratorias" ni de "elocuencia profesoral"! Lo que deseaba era que se siguiese el "pequeño método" y se hablara con el corazón. Y cuando alguno de sus hijos se apartaba de esta regla, Monsieur Vincent sabía llamarle al orden, afablemente pero con firmeza.

Los resultados fueron excelentes. No cabe duda de que esas misiones lazaristas desempeñaron un primerísimo papel en el renacer del catolicismo en Francia a principios del siglo XVII. La misión se convirtió en acontecimiento; sucedía incluso que se suprimía el mercado para que todos pudiesen ir a escuchar a los misioneros. Frecuentemente se citaban casos en que pueblos enteros acudían al confesonario. Poitiers, Mende, Arlés, Cahors, Angulema, Châlons, Tréguier, Guingamp.. ¡Cuántas poblaciones de Francia vieron pasar a los infatigables misioneros! Hubo, sí, resistencias, envidias, incomprensiones, pero los misioneros no se dejaban detener por los obstáculos. Dos de estas misiones habrían de marcar sendos hitos en los anales lazaristas por su carácter un tanto excepcional y el éxito que alcanzaron; ambas, por otra parte, se salían del ambiente rural, a sa-

ber: la que se predicó en el arrabal de Saint-Germain, a la sazón sentina de todos los vicios, y donde la acción caló tan hondo, que M. Olier, cura de la parroquia de San Sulpicio, quedó pasmado; y la otra, que monsieur Vincent ordenó que fuese predicada, también por sus discípulos elegidos —los de las "Conferencias de los martes"— a los petimetres y las elegantes de la corte, que asimismo estaban muy necesitados de ello.

La misión habría de seguir siendo la gran preocupación de Monsieur Vincent hasta su último suspiro. La congregación, por la que se interesaban personajes muy encumbrados, como la duquesa de Aiguillon y el propio Richelieu, llegó a contar, todavía en vida del santo, ciento treinta y un sacerdotes y cincuenta y dos coadjutores, repartidos entre veinticinco casas, habiendo llevado a cabo ochocientas cuarenta misiones. Gracias a Vicente de Paúl y a sus hijos, uno de los medios más eficaces con que contó la reforma católica en Francia, estaría, en adelante, a punto.

Las grandes creaciones: 2.—Los seminarios.

Amasar a brazo partido el barro cristiano era bueno y necesario; pero, ¿qué sucedería, después de haberse marchado los misioneros si el clero parroquial no era capaz de mantener el brioso fervor suscitado por la misión? "De los sacerdotes depende el cristianismo", musitaba Monsieur Vincent, y tenía razón.

Había visto a demasiados de esos sacerdotes mediocres, ignorantes y perezosos que hacían más mal que bien. ¿No se había encontrado incluso con uno que no sabía ni la fórmula de la absolución? Los sabios decretos del concilio de Trento estaban bien lejos de haber operado en la totalidad del clero los cambios necesarios. La falta de formación no era sino harto evidente. Muchos curas no residían en sus parroquias, haciéndose representar en las mismas por un ecónomo al que ni tan siquiera se entregaba siempre la congrua. Esta situación del clero llenaba de angustia el corazón de Monsieur Vincent. "Los sacerdotes que viven hoy día como la mayoría, clamaba Monsieur Vincent, son los peores enemigos del cristianismo." Nada sería posible hacer para renovar la Iglesia en tanto no se hu-

biese proporcionado al clero una base sólida. Tal fue la segunda tarea a que se consagró, sin ocultarse la extrema dificultad de la misma.

La primera de sus realizaciones en favor del clero fue la de los *Ejercicios para ordenandos*. La idea le vino casi por azar. En julio de 1628, viajaba en carroza acompañado del obispo de Beauvais, Potier de Gesvres, también hondamente preocupado por los problemas del clero. "Vislumbro un medio pronto y eficaz, dijo el prelado, de preparar a los clérigos para las sagradas órdenes. Los recibiré en mi casa durante varios días; allí se entregarán a ejercicios de piedad y se les instruirá en sus deberes y funciones." Monsieur Vincent aprobó calurosamente la idea. "Sería conveniente empezar cuanto antes", continuó el obispo. "Trace el programa, prepare la lista de los temas que serán objeto de las pláticas y, quince o veinte días antes de la ordenación de septiembre, vuelva a Beauvais con el fin de disponer todo para el retiro espiritual."

A los católicos del siglo XX, la iniciativa tiene que parecer evidentemente un tanto sumaria. Algunas semanas de formación sacerdotal era poco. Y, sin embargo, no dejó de significar un hito importante. Al cabo de tres años, los *Ejercicios para ordenandos* se habían convertido en una institución. Después de Beauvais, una docena de diócesis, entre ellas la de París, también la pidieron para coadyuvar a la formación de sus futuros sacerdotes. Monsieur Vincent redactó un pequeño manual, las *Conversaciones para ordenandos,* cuyo éxito fue considerable. Entre los clérigos que frecuentaban los ejercicios, figuraban Jean-Jacques Olier, fundador de San Sulpicio; Rancé, el futuro reformador de la Trapa, y Bossuet.

Sin embargo, Vicente de Paúl no se hacía ilusiones sobre el alcance real de lo conseguido por él; no podía bastar con ello. Era necesaria otra cosa, aunque sólo fuese para los clérigos ya ordenados, pero cuya formación exigía ser ampliada. A instancias de algunos sacerdotes, Vicente de Paúl creó, pues, las Conferencias de los Martes, a las que fueron acudiendo, en número creciente, eclesiásticos deseosos de profundizar su vocación y cultura teológica. De esta manera, se fue formando un grupo selecto de sacerdotes, del que habrían de salir los más destacados obispos del siglo XVII, entre los que Bossuet ocuparía el primer puesto.

A estas dos primeras realizaciones, no tardó en añadirse una tercera: la de los seminarios. La idea había sido lanzada por el concilio de Trento en su XXXIII sesión; los obispos fueron invitados a fundar en sus diócesis establecimientos en que se formarían los futuros sacerdotes. Pero la puesta en práctica de estos principios se reveló como difícil. En Italia, se había ensayado una fórmula que asociaba el seminario a un colegio, lo que no resultaba satisfactorio ni para los alumnos ni para los futuros sacerdotes. En Francia, las tentativas de Bérulle y del Oratorio no habían dado los frutos esperados. En Saint-Nicolas-du-Chardonnet, Adrien Bourdoise trataba de formar a los jóvenes clérigos haciéndolos vivir en la casa rectoral. La fórmula definitiva quedaba por descubrir; Richelieu encargó a Monsieur Vincent que se consagrara a esta tarea.

El colegio de los *Bons Enfants,* disponible después de haberse instalado los sacerdotes de la Misión en San Lázaro, fue elegido como sede del primer seminario, a principios del año 1642, en el momento mismo en que también M. Olier fundaba, en Vaugirard, un seminario que sería el origen de San Sulpicio. Sabio y realista, Monsieur Vincent separó muy pronto a los alumnos de los seminaristas propiamente dichos, creando, al lado del "Gran Seminario", el llamado "Pequeño Seminario", del que sería el porvenir.

De esta manera se constituyó un tipo de seminario vicentino en el que se cuidaba, sobre todo, de dar a los futuros sacerdotes una formación moral, espiritual y pastoral, más que una elevada cultura teológica. Tuvo un éxito rápido y numerosos obispos pidieron a Monsieur Vincent que fundara seminarios en sus diócesis. A su muerte, funcionaría una decena de estos establecimientos.

Las grandes creaciones: 4.—Las obras de caridad.

Misiones y seminarios: dos grandes instituciones destinadas a reavivar la fe. Pero ¿qué es la fe sin la caridad? Menos que nada, y nadie estaba más convencido de la verdad de esta gran ley del cristianismo que Monsieur Vincent. En el curso de su infancia, de su adolescencia y de sus años de formación, había visto de cerca de-

masiada miseria —todas las miserias— para permanecer insensible ante ellas. La divisa que daría a sus hijos iba a convertirse genuinamente en la regla de oro de su existencia: "La caridad de Cristo nos apremia."

La posteridad retendría, sobre todo, este aspecto de Monsieur Vincent; a los ojos de ella, permanece sustancialmente como el apóstol de la caridad. Monsieur Vincent, cobijando en las faltriqueras de su holgada esclavina a los recién nacidos abandonados, M. Vincent reemplazando en el remo a un galeote extenuado: imágenes célebres que una película de éxito contribuyó a difundir, pero también imágenes verídicas que completan y redondean el retrato del más humano de los santos.

Hay que recordar, para comprender mejor la importancia de la obra de M. Vincent, que la miseria, en la Francia de su tiempo, era inmensa. Agotado por las guerras de religión, el reino, levantado de nuevo por el sabio rey Enrique IV, se vio otra vez sumido en los disturbios de que le libraría después Richelieu. Pero, muy pronto, la contienda exterior había acrecentado el peso de sus infortunios: por su intervención en la guerra de los Treinta Años, Francia fue invadida: el "año de Corbie" [1] —1636— vio a Picardía, Champaña y Borgoña arrasadas por los enemigos, que llegaron hasta Pontoise. Todas estas causas, unidas a las naturales de las malas cosechas y las inundaciones, provocaron hambres indecibles. La gente luchaba entre sí por comer; sin fuerzas, los campesinos dejaban de labrar las tierras; se contaban abominables historias de madres que devoraron a sus propios hijos. Se declararon epidemias que segaban sin más a esos seres humanos reducidos al estado de esqueletos. En varias provincias estallaron revueltas motivadas por el hambre: *croquants* (villanos) y *va-nu-pieds* (descalzos). Y, en el momento mismo en que la autoridad del Gran Cardenal comenzaba a restablecer el orden, la Fronda, dirigida contra el otro cardenal, su sucesor Mazarino, desgarraba de nuevo el país...

El papel providencial de Monsieur Vincent fue el de ser, en una época fustigada por todos los demonios de la violencia y la desespe-

---

1 Ciudad del partido de Amiens, tomada en 1636 por los españoles y posteriormente reconquistada por Luis XIII, muy castigada por la guerra.—*N. del T.*

ración, la encarnación viva de la esperanza y de la caridad. A los ricos, a los afortunados de la Tierra, supo recordarles, con insistencia seroica, sus deberes para con los desheredados. Cuanto de más puro y generoso había en el alma cristiana, supo ordenarlo a obrar el bien.

Hemos visto cómo, en Châtillon-les-Dombes, había agrupado en la cofradía de "Damas de la Caridad" a las mujeres de corazón generoso, resueltas a llevar socorros a los miserables. Trasladó la obra a París, donde reclutó entre la nobleza y la burguesía a las "Damas" dispuestas a alistarse en la acción caritativa: la presidenta Goussault y las señoras de Villeneuve y de Miramion figuraron entre las principales. La reina Ana de Austria no desdeñó venir a tomar parte en estos trabajos. Y la obra se difundió por toda Francia haciendo bien por doquier.

Fue entre las Damas de la Caridad donde Monsieur Vincent descubrió a la que habría de ser su colaboradora en una de sus más grandes realizaciones: Luisa de Marillac. Era una joven viuda de espíritu discreto y corazón ávido de entrega y sacrificio. Habiéndose puesto bajo la dirección de Monsieur Vincent, le ofreció sus servicios para cuantas tareas pudiese requerirlos. Vicente estudió primero cuidadosamènte a su discípula; luego, habiendo aprendido a estimar su seriedad y su celo, la empleó en inspeccionar las *charités* de provincias y, llegado el caso, en crear otras nuevas, tarea que Luisa de Marillac cumplió a la perfección.

Luisa no tardó en darse cuenta de que, por muy llenas de buenas intenciones que estuviesen las señoras del gran mundo, no todos los grupos de Damas de la Caridad funcionaban bien. Con harta frecuencia, cada cual iba por su lado. Solicitadas por sus ocupaciones mundanas, las buenas señoras no siempre asumían con demasiado celo las tareas cotidianas que la caridad reclama. El entusiasmo de los primeros momentos se perdía a veces en mezquina rutina. "¡Qué batiburrillo!", gruñía Monsieur Vincent. Para preparar la alimentación de los pobres y para cuidarlos regularmente, era preciso crear un cuerpo de auxiliares reclutadas entre las clases más modestas, pero más acostumbradas a trabajar. Así fue constituída la "Cofradía de Caridad de las Servidoras de los Pobres enfermos de las

Parroquias", que llegaría a hacerse célebre con la doble denominación de "Hijas de la Caridad" y "Hermanas de San Vicente de Paúl".

El 29 de noviembre de 1633, después de algunos tanteos, Luisa de Marillac reunió en su alojamiento del barrio de San Víctor a cuatro modestas campesinas que habían comprendido bien lo que se esperaba de ellas. El nuevo instituto tuvo un éxito rápido, afluyeron las vocaciones y pronto Luisa de Marillac pudo trasladar a sus hijas a un local de mayores dimensiones, próximo a San Lázaro.

Las Hijas de la Caridad no eran "religiosas"; en el siglo XVII no se concebía a las religiosas de otro modo que recluídas detrás de una reja. Cuando M. Blaise Méliand, procurador general del rey, recibió por primera vez a Luisa de Marillac, que venía a solicitar que los estatutos fundacionales fuesen aprobados por el parlamento, exclamó: "¿Ustedes son seculares? Pero ¡si no puede ser! Todas las comunidades de mujeres son regulares." No en vano, Vicente era gascón. Los estatutos fueron redactados de forma que cualquier confusión resultase imposible, allanándose todos los obstáculos. En 1646, el arzobispo de París aprobó el reglamento; en 1657, el rey sancionó por real cédula la fundación que, en 1668 —ocho años después de la muerte de los dos fundadores— sería reconocida de derecho pontificio.

¿Se comprende cabalmente la verdadera revolución social que representaba la creación de las Hijas de la Caridad? Hasta entonces, la caridad había sido, sobre todo, obra de clérigos, religiosos y damas acomodadas. Y he aquí que ahora se veía asociarse, y muy en primer lugar, a las hijas del pueblo, esas "buenas muchachas campesinas" que Vicente tanto elogiaba y cuyas virtudes proponía como modelo a las damas del gran mundo. Muchas de esas jóvenes fueron verdaderas santas; una de las más asombrosas, Margarita Naseau, vaquera de Suresnes, que aprendió a leer y a escribir para enseñar a los niños de los villorrios perdidos y que, habiendo escuchado a Monsieur Vincent predicar una misión, se puso totalmente a su servicio, al servicio de la caridad, con un celo que sólo era igualado por su risueña alegría.

Siguiendo las indicaciones de Monsieur Vincent, Luisa de Marillac empleaba a sus hijas en todas las tareas de caridad posibles: visita

domiciliaria de los indigentes, enseñanza de los hijos de los pobres, cuidado de los enfermos en los hospitales... Hasta fueron las primeras enfermeras en los ejércitos; algunas encontraron allí la muerte. Su hábito gris se hizo célebre (aún no habían adoptado el hábito azul oscuro que llevan hoy día). Lo que, al principio, no fue más que una "Pequeña Compañía", en 1660, a la muerte del fundador, habría de tener no menos de cien casas tan sólo en Francia...

A esas grandes fundaciones caritativas, cabe añadir aún una obra destinada a los varones, la "Cofradía de Caridad", que anuncia ya las "Conferencias de San Vicente de Paúl" del siglo XIX. Y también, hasta cierto punto, esa Compañía del Santo Sacramento que prefigura el movimiento de Acción católica, y sobre la cual, a no dudarlo, Monsieur Vincent ejerció una considerable influencia. Detrás de este creador genial se iba perfilando todo un movimiento en nombre de la caridad.

TODAS LAS MISERIAS.

Sería imposible, en estas páginas, enumerar siquiera todas las obras que el infatigable Monsieur Vincent hizo surgir en todos los sectores en que ejerció su vigilante caridad. Nos limitaremos aquí a indicar las más importantes.

Los hospitales. Su situación no era muy buena; organización mediocre, hacinamiento de los enfermos, insuficiencia de personal y de cuidados. Cuando, en 1634, el presidente Goussault le persuade a comprobar *de visu* el lamentable estado del *Hôtel-Dieu,* la determinación de Monsieur Vincent no se hace esperar. Un centenar de Damas de la Caridad, a las que reprende, tienen a su cargo el hospital. Las Hermanas grises, que acaban de fundarse y son todavía poco numerosas, vienen, no obstante, a asegurar el servicio. El *Hôtel-Dieu* se convertirá en el hospital modelo de París.

Los niños expósitos. En París, son innumerables; cada año son recogidos varios millares. La obra —calificada, al menos, de tal— de *La Couche* (Inclusa) que los acoge, los entrega sin discriminar a cualquier persona, a veces a mendigos profesionales que los mutilan para

excitar la compasión. En 1638, Luisa de Marillac crea una nueva obra, para la cual Monsieur Vincent solicita fondos, haciendo llorar, con sus palabras, a las Damas de la Caridad. Desde su fundación hasta 1660, el Hospicio de Niños expósitos recogerá no menos de ¡cuarenta mil pequeñuelos!

Otra plaga de París: los *mendigos* que pululan por todas partes. Muchos están enfermos, mutilados, achacosos; hace falta recogerlos y, al mismo tiempo, no tratarlos como a presos comunes, lo que algunos pretenden hacer. Se abre un primer hospicio, con cuarenta camas; luego, el llamado de *Petits Maisons,* receptáculo de sifilíticos, que las Hermanas grises toman a su cargo. Seguidamente, la *Salpêtrière,* que Ana de Austria hace donar a Monsieur Vincent y sus hijas.

No hay aflicción que no encuentre acceso al caritativo corazón del santo. ¿Existen peores escorias de la humanidad que los presidiarios y forzados? El régimen de prisiones en aquella época es abominable; y lo peor es que, en esas mazmorras, se hacina, mezclándolos con bandidos, a personas que sufren condenas por deudas o a hijos de familia que han cometido algún despropósito. Monsieur Vincent va, en persona, a visitar a esos desgraciados; después visita a los poderosos, pidiendo justicia para ellos. ¡Que, por lo menos, se les aseguren los auxilios espirituales y se cree un vicariato de prisiones! Para los delincuentes juveniles, abre, en San Lázaro, un reformatorio.

Tal vez sea aún más trágica la suerte de los galeotes que reman en los barcos del rey. Monsieur Vincent los ha visto bien de cerca cuando era capellán general de galeras. Entonces protestó contra la crueldad de los *comites* que, empuñando el látigo, aceleraban la cadencia. No se olvida de los pobres galeotes. Les envía a las Hijas de la Caridad para cuidarlos; una de ellas, Bárbara Angiboust, se mostraría tan dulce, generosa y paciente, que se hará célebre entre aquéllos.

¡Dónde se detendrá la caridad de Monsieur Vincent! Ni siquiera ante los turcos. En Berbería, sabe, por experiencia, que hay esclavos cristianos totalmente desvalidos. Es preciso ir a visitarlos y consolarlos. Y, si las autoridades musulmanas se oponen a ello, se obviará el obstáculo pidiendo al rey de Francia que nombre cónsules a mi-

sioneros para que puedan marchar a África. Tal será el caso de Jean le Vacher, lazarista, vicario general de Cartago y cónsul de Francia, quien, después de haber hecho tanto bien, terminará su vida como mártir, atado ante la boca de un cañón turco.

EN LAS ALTAS ESFERAS DEL PODER.

Toda esta inmensa y prodigiosa labor no pasó inadvertida. A medida que transcurrían los años y se multiplicaban las obras, Monsieur Vincent iba adquiriendo cada vez mayor celebridad. Francia entera pronunciaba su nombre. Desde el trono y desde el Gobierno, se seguía de cerca su acción..

El cardenal Richelieu le había estimado, e incluso apoyado, en sus esfuerzos por fundar seminarios, pero jamás le perdonó que fuera amigo de los Marillac y de Juan Francisco Pablo de Gondi, el futuro cardenal de Retz. En cambio, Luis XIII le había otorgado su entera confianza y amistad, llamándole con frecuencia a su lado para hablarle de cosas espirituales. Cuando sintió que se acercaba su muerte, hizo venir al santo a su cabecera, y fue Monsieur Vincent quien le asistió durante las seis semanas que este cristiano auténtico pasó aún en la Tierra.

Ana de Austria, que entonces asumió el Gobierno de Francia en nombre de su hijo, el pequeño Luis XIV, de cinco años de edad, también era creyente. Su generosidad era notoria; a veces se vestía de sencilla mujer del estado llano para ir a visitar a los pobres y enfermos; se había asociado a los trabajos de las Damas de la Caridad. Al enviudar, hizo venir a Monsieur Vincent y le pidió que fuera su director espiritual, guía espiritual que no siempre debió de ser del todo reposada, pues la elegante reina era, un poco excesivamente, aficionada al baile, la comedia y al mundo..., y, a veces, se entregaba a aventuras sentimentales... Las relaciones de la soberana con su director espiritual no por ello dejarán de estar colmadas de confianza. Sucedía a menudo que Ana pidiese a Monsieur Vincent consejo en cuestiones que no se relacionaban sólo con su alma. El humilde

sacerdote se convirtió de esta manera en poder. Un joven diplomático italiano, llamado Mazarino, anotaba: "Monsieur Vincent es el conducto por el que todo llega a oídos de Su Majestad."

La posición de Monsieur Vincent, ¿siguió siendo tan fuerte cuando el tal Mazarino hubo conquistado, a la postre, el corazón de la reina y el poder? Hay quienes aseguran que las relaciones del segundo cardenal con el santo fueron malas; otros, en cambio, pretenden que fue Monsieur Vincent quien favoreció los secretos amores y el matrimonio del ministro con la soberana. Lo que, incluso de ser cierto, no tendría nada de reprobable, ya que Mazarino, como "cardenal por decreto", no era sacerdote. Más bien se tiene la impresión de que el cardenal no tenía gran aprecio al santo, del que se diferenciaba en todo, pero que, sabedor de que la reina se sentía hondamente adicta al "bribón con sotana", jamás le combatió de frente.

En todo caso, es lo cierto que, desde 1643 hasta su muerte, Monsieur Vincent ejerció una influencia considerable, influencia que se titubeará en calificar de "política", pero que trataba de hacer penetrar en todos los ámbitos, incluído el de la política, los principios de la caridad de Cristo.

Entonces, las misiones lazaristas se multiplicaron en las provincias francesas; las Conferencias de los Martes tenían auditorios cada vez más numerosos, los hospitales y hospicios se reorganizaron y, finalmente, fue abordado el problema de la mendicidad... Monsieur Vincent desempeñaba el papel de una especie de ministro de la caridad pública en una época en que la mera idea de "seguridad social" era totalmente anacrónica. Gracias a él, se creó, mucho antes que la letra, una forma de "ayuda católica" que intervino, sobre todo, en las provincias asoladas por la guerra. Donde quiera que se anunciasen grandes calamidades, Monsieur Vincent mandaba a alguno de sus hijos o a las Hermanas grises, y a veces también a Damas de la Caridad, provistos de dinero, medicamentos y víveres. Algunos de sus enviados como, por ejemplo, el buen hermano Mateo Regnard, vivieron, en el desempeño de sus misiones, las más pintorescas aventuras. De cuáles fueron los resultados de todos esos esfuerzos y de la popularidad que adquirió con ellos Monsieur Vincent, se obtiene una idea leyendo la conmovedora carta que le escribió el teniente general de

Saint-Quentin para darle gracias y suplicarle que continuara siendo "el padre de la patria".

Como consejero de la reina, Monsieur Vincent intervino también en otras esferas, donde estaban en juego los intereses superiores de la fe católica y de la Iglesia. Así, desempeñó un papel importante en la cuestión jansenista. Amigo del abate de Saint-Cyran, no vaciló, sin embargo, en mostrarse contrario a él, incluso antes de que apareciese el tratado de la Comunión frecuente. Al ser detenido Saint-Cyran por orden de Richelieu, Vicente de Paúl se negó a acusarle y a deponer contra él, pero cuando, después de 1650, el jansenismo se fue revelando cada vez más como una peligrosa desviación doctrinal, usó de toda su autoridad para hacer que fuese condenado; la famosa condenación de las "Cinco proposiciones", en 1653, fue, en cierta medida, obra suya.

También intervino en la cuestión protestante, siempre latente, a pesar de que "el Estado dentro del Estado" había sido quebrantado por Richelieu. Ciertos fanáticos hubiesen querido ir más lejos y —mientras que el gran cardenal, habiendo destruído la fuerza política de los reformados, quiso respetar su fe— deseaban volver a las persecuciones. Está fuera de duda que Monsieur Vincent se opuso a semejantes tendencias. Para él, los "hermanos separados", no por estarlo, eran menos hermanos. Es conocida una carta suya, admirable, en que enviaba sus instrucciones a un lazarista, en misión en Sedan, acerca de la conducta a seguir con los protestantes de la región, escrito que es un prodigio de inteligencia y generosidad.

Y aún de otra manera defendió los intereses de la fe y de la Iglesia cuando Ana de Austria le hubo llamado, en calidad de secretario, al "Consejo de Conciencia", encargado de examinar todos los problemas religiosos y de vigilar la designación de los obispos. Monsieur Vincent era particularmente sensible a las dificultades con que se enfrentaban estas elecciones, no siempre muy afortunadas. "Tiemblo, escribía, por que ese abominable comercio de obispados no atraiga la maldición de Dios sobre este reino." Fueron nueve años durante los cuales luchó, pues, para que, al frente de las diócesis, se colocase a hombres de vida digna y elevados méritos. Con harta frecuencia se le oponían resistencias y maniobras cuya finalidad era nombrar a

jóvenes hijos de familia o a indignos. Consiguió, no obstante, que fuese elegido un número bastante considerable de obispos excelentes, a los que había conocido en las Conferencias de los Martes o en sus misiones. Sólo cuando Mazarino se hubo convertido en todopoderoso, el santo fue separado del Consejo de Conciencia (en 1652), pues no se podía chalanear con las diócesis ni sus beneficios bajo la inflexible mirada de Monsieur Vincent.

Mazarino, ¿llegó a ver incluso un rival en aquél? Quizá no en el sentido literal; pero le irritaba que otro tuviese ascendiente sobre la reina, y menos aún soportaba que se mezclase en darle consejos, aunque fuese en nombre de los principios de la caridad. En plena Fronda, y en dos ocasiones, Monsieur Vincent intervino: la primera vez, para que fuesen perdonados los parisienses que se habían rebelado, y la segunda, para sugerir a Mazarino que se eclipsara momentáneamente para dejar que se apaciguasen los ánimos excitados. El ministro siguió dócilmente los consejos del santo, pero no le perdonó que se los diera.

Proyección universal de monsieur Vincent.

Durante los últimos quince años de su vida, Monsieur Vincent fue, pues, sin género de duda, y bajo las más humildes apariencias, uno de los hombres más importantes de Francia. Los obispos que él había formado, comenzaron a hacer penetrar sus ideas en sus respectivas diócesis. De los seminarios lazaristas salían promociones de jóvenes sacerdotes ejemplares. Las escuelas populares de las Hermanas de la Caridad se multiplicaban; no se terminaría de enumerar las pruebas de esta prodigiosa irradiación. Esta proyección rebasó incluso las fronteras de Francia. Los sacerdotes de la Misión se habían instalado en Roma desde 1631, donde Monsieur Vincent no dudó en destacar, con carácter fijo, a uno de los fundadores de su instituto, el hábil Coudray. Y los lazaristas emprendieron misiones en varias regiones de Italia. Su éxito fue tal, que el papa Alejandro VII ordenó que todos los jóvenes sacerdotes en ciernes fueran a hacer un retiro con los "Padres de Francia"; era un hermoso logro.

También en otros lugares hicieron su aparición los lazaristas y las Hermanas de la Caridad, a veces en circunstancias trágicas. Así, en Polonia, donde María de Gonzaga, convertida en reina, los llamó, creándose numerosas obras caritativas a imitación de las de Francia. Estas misiones vicentinas en Polonia hubieron de pagar un pesado tributo de vidas cuando, en 1655, la guerra, mitad civil y mitad exterior, arrasó el país a sangre y fuego. En "Hibernia", es decir, Irlanda y Escocia, el establecimiento de lazaristas empezaba a dar resultados cuando se produjo la terrible reacción protestante de Cromwell, obligando a los misioneros a huir.

Monsieur Vincent participó también, directa e indirectamente, en la briosa corriente que impulsaba entonces a tantos católicos de Francia a consagrarse a la evangelización de los pueblos todavía paganos. Las misiones fuera de Europa no estaban exactamente en sus primitivas intenciones; se interesaba, sobre todo, por los labriegos de los campos de Francia. Apoyó con toda su autoridad a los valerosos sacerdotes que, como M. Pallu, crearon la Sociedad de Misiones extranjeras. Pero, cuando la Compañía comercial de Indias le refirió en qué estado de abandono espiritual se había dejado a la isla de Madagascar, no se negó a enviar allí a algunos de sus hijos.

El papel que desempeñaron los lazaristas —los padres Macquart y Gondrée, y, más tarde, Bourdaise y Mousnier— fue admirable y muy digno de las enseñanzas del gran fundador. Oponiéndose valerosamente a las autoridades laicas, que gobernaban con mano dura, esos sacerdotes, tratando de hacer bien a los desgraciados malgaches y sabiendo amarlos, fueron los portadores de un testimonio admirable. Murieron, uno después de otro, víctimas del clima y de las enfermedades, pero tan pronto como desaparecía uno, otro partía en seguida de Francia para ocupar su puesto. Allí se escribió una página de gloria.

Muerte del santo.

Los últimos años de la vida de Monsieur Vincent fueron penosos; la salud le fue abandonando poco a poco. Siempre había padecido lo que graciosamente llamaba "mi pequeña fiebrecilla", tal vez un paludismo crónico contraído en Túnez. A ella se añadieron dolorosas jaquecas y "el mal de la falta de aliento". Su rostro acabó por estar surcado de arrugas. Su cuerpo se quebrantó y sus piernas se volvieron tan débiles, que casi había que llevarlo, lo que le hacía decir, no sin malicia, que se había vuelto de condición igual a la de los obispos.

Su inteligencia, sin embargo, seguía siendo tan viva a los ochenta años como lo fuera a los cuarenta. No abandonó ninguno de los cargos que había asumido, vigilaba a sus misioneros dispersos por tierras lejanas y a sus Hijas de la Caridad, y asistía siempre a las Conferencias de los Martes, donde su palabra era escuchada como un mensaje del cielo. Más que nunca parecía a los ojos de todos un testigo privilegiado de Dios.

A principios de julio de 1660 murió su gran amiga y hermana de alma Luisa de Marillac; Vicente comprendió bien que su muerte era una advertencia para él. Su estado de salud había decaído; se le declaró un absceso en un ojo, que le infligió atroces sufrimientos, agravados aún por curas bárbaras. Cuando se supo que estaba enfermo, de todas partes llegaron mensajes de afecto, incluso del papa. Un pobre negro hizo llegar a San Lázaro plantas tropicales de su país, que, según aseguraba, aliviarían al enfermo. Fue el 27 de septiembre de 1660 cuando se durmió muy apaciblemente en Dios.

Las masas no tardaron en acudir en avalancha para desfilar ante el angosto lecho en que descansaba el amigo de los pobres; luego, invadieron la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois cuando el obispo de Puy pronunció su elogio fúnebre. Se disputaron sus reliquias; el papa mismo expresó el deseo de recibir una de ellas. Desde 1729, la Iglesia lo declaró Bienaventurado y, en 1737, Clemente XII lo elevó a la dignidad de los altares.

La historia ve en Monsieur Vincente una de las más luminosas figuras de la humanidad entera; el propio Voltaire le rindió homena-

je en términos perfectos. También la Iglesia reconoce en él a uno de sus testigos más portentosos, una de esas "figuras de proa", como decía René Grousset, que guían los destinos hacia las más altas metas. Algo de esencial habría faltado al cristianismo si el hijo del campesino de las Landas no hubiese traído su mensaje a la Tierra. En esa época de violencias desatadas en que vivió, en la plenitud de aquel gran siglo de las almas en que la Francia cristiana llegó a su apogeo, ¿cómo dudar de que su misión fue providencial?

(Traducido del francés por Francisco de A. Caballero.)

LOS ÁCIDOS NUCLEICOS Y LOS MECANISMOS BÁSICOS DE LA VIDA

LA ACTIVIDAD VITAL Y LAS NUCLEOPROTEÍNAS.

TODA una serie de fenómenos biológicos de singular importancia, sucesivamente descubiertos a lo largo del pasado medio siglo, han ido aportando pruebas cada vez más patentes de la elevada jerarquía, entre los constituyentes de la materia viva, de los denominados ácidos nucleicos, grupo de sustancias polímeras de gran masa molecular que en conjunción con proteínas particulares constituyen complejos nucleoproteicos existentes en todos los tipos de células.

Ha sido, sin embargo, en el decurso del pasado decenio, cuando por la posesión de técnicas experimentales más idóneas se ha podido iniciar realmente el estudio detallado de su composición y alcanzar con ello algún conocimiento funcional de estas sustancias en las que se daba la desconcertante paradoja de atribuirles un inmenso caudal de posibilidades coexistente con un desconocimiento casi completo de su contextura exacta y su participación en los procesos bioquímicos sobre los que se sustentan las ilimitadas manifestaciones de lo biológico.

Una escueta enumeración de algunos de los puntos clave en los que se ha demostrado o sospechado la participación de los ácidos nucleicos puede servir para destacar hasta qué punto está justificada la preferente atención que actualmente recibe su investigación. Se los encuentra, en primer lugar, asociados a los cromosomas de los núcleos celulares, en los cuales condicionan los caracteres genéticos y por ende la herencia biológica; presentan una acción directriz en la biosíntesis proteínica, y por tanto, a través de ella en la génesis de

los enzimas, proteínas que constituyen los más generalizados activadores y promotores de la actividad vital; son elemento fundamental en los virus, en los que determinan sus llamativas y perniciosas propiedades invasoras, así como su capacidad de automultiplicación; poseen una decisiva significación en la producción de las mutaciones, y, en consecuencia, con ello en la diferenciación orgánica y en la evolución biológica total; y son, finalmente, muy fuertes las pruebas en favor de su participación decisiva en las desviaciones aberrantes de la multiplicación celular que conducen a la aparición de procesos tumorales.

Su estudio, que ha tenido fases de abandono muy acentuadas, pasa en los momentos actuales por un período de actividad extraordinaria en el que ya se han cosechado éxitos muy notables, aunque ciertamente es aún mucho el camino a recorrer antes de que se puedan formular científicamente en todos sus detalles los mecanismos mediante los cuales ejercen los ácidos nucleicos tal cúmulo de funciones singulares. De este florecimiento y atención preferente no es sino un reflejo la concesión de dos de los más recientes Premios Nobel por investigaciones relevantes sobre ácidos nucleicos: el Premio de Química para 1958 a sir Alexander Todd (recientemente investido doctor "Honoris Causa" por la universidad de Madrid), por sus trabajos sobre los integrantes elementales de los ácidos nucleicos, los nucleótidos y nucleósidos, y el de Fisiología y Medicina para 1959 a nuestro compatriota el Dr. Severo Ochoa y su antiguo discípulo el Dr. Arthur Kornberg, por el descubrimiento de los enzimas mediante los cuales se verifica la síntesis biológica de los polímeros ácidos nucleicos.

Sin la pretensión de presentar ni siquiera un extracto representativo del cúmulo de hechos interesantes establecidos y de la multitud de hipótesis presentadas en relación con la multiforme actividad de estas sustancias, trataremos de bosquejar una panorámica somera de algunos de los más llamativos fenómenos en que participan y de su forma supuesta o demostrada de intervención.

El descubrimiento de los ácidos nucleicos.

Con una perspectiva de casi un siglo puede valorarse en la actualidad toda la significación del descubrimiento realizado hacia 1868 por un joven investigador suizo, Friedrich Mischer (1844-1895), al

caracterizar las que llamó "nucleínas", componentes de los núcleos celulares de carácter no protídico, y que obtuvo a partir de células de pus.

El objeto de su investigación era el estudio general de la composición química de las células, y Hoppe-Seyler, su maestro (y el primero en desempeñar en el mundo una cátedra de Química Fisiológica), le sugirió que una buena materia prima por la uniformidad de sus células y la facilidad de su obtendría podría ser el pus. Por tratamiento en frío con un líquido débilmente ácido y agitación posterior con una mezcla etéreo-acuosa consiguió aislar núcleos libres; subsiguientemente, merced a la desintegración alcalina de éstos extrajo sus nucleínas, que precipitaron al reacidificar. La eliminación total de las proteínas residuales la logró por tratamiento con un preparado de pepsina. Su material era fuertemente ácido y contenía fósforo entre sus componentes, pudiéndose aislar también, según demostró el propio Mischer, de otros tipos de células, en especial del esperma de peces como el salmón; asimismo caracterizó el componente proteínico, de naturaleza básica, que se asociaba a sus nucleínas en las células y al que denominó protamina. El carácter marcadamente ácido de las nucleínas sirvió de razón a Altmann para proponer el cambio de este nombre por el de ácidos nucleicos o nucleínicos (1889).

El establecimiento de las características de los componentes monómeros que integran las complejas moléculas de los ácidos nucleicos fue obra iniciada por Albrecht Kossel, quien identificó las bases que forman parte de los mismos, comprobó la presencia de azúcares reductores de tipo pentosa y fue el primero en afirmar que "lo que los histólogos denominan cromatina son realmente derivados de ácidos nucleicos con más o menos proteína". También se debe a él la calificación de "grupo prostético" para definir la relación que guarda el ácido nucleico con la proteína a la que se une para formar nucleoproteínas (heteroproteidos en la nomenclatura actual). Resulta curioso consignar que fue precisamente Kossel el primer bioquímico que recibió el Premio Nobel de Fisiología y Bioquímica, en 1910, y por sus investigaciones sobre las nucleoproteínas, el mismo tema por el que medio siglo después habrían de recibir el último otorgado Ochoa y Kornberg.

Ya desde época muy temprana en la investigación de los ácidos nucleicos se pudo establecer que todos los tipos de células los con-

tienen, si bien en proporciones muy variables. Al principio se consideró que eran distintos los procedentes de células animales y vegetales; en virtud de ello se acuñaron los nombres de ácido timonucleico, para los de procedencia animal (la glándula timo, por su riqueza en células, es un material muy rico en ácidos nucleicos) y de ácido zimonucleico para el de origen vegetal y de levaduras. Sin embargo, al caracterizarse mejor posteriormente las diferencias entre estos dos tipos de ácidos nucleicos, se cayó en la cuenta de que ambos tipos se presentan en realidad en las células animales, unos de preferencia en el núcleo y otros en el citoplasma (a ello se refieren las efímeras calificaciones de ácidos cromonucleico, o de los cromosomas, y plasmonucleico, o protoplasmático). La sucesiva identificación, algo más tarde, por Levene de los dos azúcares característicos de ambos tipos de ácidos nucleicos, la D-ribosa en los citoplasmáticos o zimonucleicos (en 1909) y la 2-D-desoxirribosa en los nucleares o timonucleicos (1929), condujo a la nomenclatura actualmente en uso, basada en estos azúcares y, según la cual, los primeros se llaman ácidos ribonucleicos (en sigla RNA) y los segundos ácidos desoxirribonucleicos (DNA).

Dada la distribución indicada, y como el nombre genérico de ácido nucleico implica un origen nuclear, la calificación sólo resulta en puridad correcta cuando se aplica al DNA, no siéndolo para el RNA, de predominante distribución citoplasmática. Con el uso se ha prescindido, sin embargo, de esta implicación, tanto más cuanto que se ha demostrado que la distribución no es tan rígida como en un principio se estimó, puesto que el RNA existe también en pequeñas proporciones en el núcleo celular (nucleolo), y por su parte, el DNA se ha comprobado que se presenta en el citoplasma, al menos en los plastidios y otros corpúsculos citoplasmáticos de ciertos vegetales, aparte de las denominadas partículas kappa de *Paramecium*, en las que el DNA extracelular parece corresponder realmente a un parásito.

Composición y estructura.

Los ácidos nucleicos de ambos tipos son grandes moléculas de tipo heteropolímeros, es decir, resultan de la polimerización de varios monómeros distintos en forma conjunta. Las unidades monó-

meras se llaman nucleótidos, y una cadena de ellos constituye un polinucleótido o ácido nucleico. Cada nucleótido está a su vez integrado por tres subunidades, un grupo de fosfato, un azúcar de tipo pentosa (ribosa o desoxirribosa), y una base cíclica nitrogenada. Los restos fosfóricos de todos los ácidos nucleicos parecen ser idénticos, y los azúcares sólo de dos formas, totalmente específicas según la índole del ácido nucleico (DNA o RNA). Con todo ello, la diversificación estructural queda confinada casi exclusivamente a las bases y su disposición especial. Estas son heterociclos nitrogenados de dos géneros diferentes, conocidos como purinas y pirimidinas, compuestos, respectivamente, bicíclicos o monocíclicos, y con cuatro o dos átomos de nitrógeno en el núcleo según el caso. Todas ellas, a su vez, son derivados aminados u oxigenados en diferentes posiciones y se distribuyen bastante homogéneamente, según veremos, en las dos clases de ácidos nucleicos. Las purinas integrantes de éstos son sólo dos, adenina (6-aminopurina) y guanina (2-amino-6-oxipurina); ambas junto con una pirimidina, la citosina (2-hidroxi-6-aminoprimidina), se encuentran en la casi totalidad de los ácidos nucleicos, sin distinción de clase (con la sola excepción conocida por el momento de determinados bacteriófagos, en cuyo ácido nucleico (DNA) se halla sustituída la citosina por sus homólogos, la 5-metilcitosina y la 5-hidroximetilcitosina, aunque sólo en proporción limitada). Otras dos bases pirimídicas parecen ser rigurosamente específicas de los respectivos ácidos nucleicos: el uracilo (2:6-dihidroxipurina), que sólo existe en el RNA, y la timina (5-metiluracilo), que sólo es propia, por el contrario, del DNA.

La integración mutua de estos componentes se hace, por lo que se sabe, en una forma bastante análoga en todos los casos. Los azúcares se unen a las bases en forma glucosídica, es decir, por su carbono en 1 (y con el nitrógeno en 3 de las pirimidinas, o en 9 de las purinas). El enlace es del llamado tipo β. Las unidades base-azúcar son los denominados nucleósidos; sobre ellos se inserta ácido fosfórico para dar los respectivos nucleótidos, que ya son ácidos y reciben una denominación que refleja esta circunstancia a la vez que se deriva de la base específica (ácidos adenílico, guanílico, uridílico, citidílico, etc.). A través del ácido fosfórico, que tiene hasta tres valencias ácidas o posibilidades de enlace, se unen entre sí sendas unidades de nucleótido para integrar las cadenas lineales del DNA (sólo dos uniones sobre cada fosfórico) o las aparentemente algo ramifica-

das del RNA (tres uniones ocasionalmente). La inserción del resto fosfórico se hace en cualquier caso sobre los oxhidrilos libres de la molécula del respectivo azúcar; la unión es en el carbono en 3 de un azúcar y en 5 en el siguiente (cuyo carbono en 3, a su vez, por su oxhidrilo soportará otro resto fosfórico que le servirá para unirse al subsiguiente nucleótido por la posición 5 del azúcar de éste). En esta disposición indefinida, las bases quedan en cierto modo exteriores a la cadena y dotadas de la reactividad y polaridad residuales que les confieren sus respectivos sustituyentes.

El problema más importante que esta disposición plantea, en orden a deducir de la estructura alguna significación específica, es el del ordenamiento sucesivo de los diferentes nucleótidos o secuencia. Por lo que se sabe hasta el momento, al menos en el caso del DNA, el tipo de ácido nucleico más conocido, por su mayor facilidad de aislamiento, esta secuencia puede ser sumamente variable de unos casos a otros, y de esta posibilidad depende precisamente su individualidad. Aun siendo, en efecto, pocos relativamente los integrantes distintos, su número y el elevado índice de polimerización permiten unas posibilidades combinatorias que arrojan un valor ampliamente superior a la necesidad teórica de suponer uno o varios DNA rigurosamente diferentes y específicos para cada clase de célula. Su distribución cuantitativa parece acomodarse, no obstante, a una serie de relaciones, entre las cuales destaca la circunstancia de que la suma de los nucleótidos purínicos equivale a la de pirimidínicos, siendo también igual el número de grupos 6-amino y el de 6-oxidrílicos.

El grado de polimerización que alcanzan los distintos ácidos nucleicos es distinto, como lo es en consecuencia su masa molecular. Por lo general, los ácidos desoxirribonucleicos alcanzan magnitudes mayores, con pesos moleculares superiores al millón (DNA de *Arbacia,* $2{,}3 \times 10^6$; de timo de ternera, 6×10^6; de bacilo tuberculoso aviario, $14{,}4 \times 10^6$). En los ácidos ribonucleicos, la mayor tendencia a la despolimerización hace que haya que tomar con muchas reservas las cifras bajas que en ocasiones se han dado para sus masas moleculares. Su orden de magnitud, parecer ser, a pesar de todo, menor, más bien en el entorno de 100.000, lo que correspondería a cerca de un centenar de nucleótidos encadenados, mientras que son al menos un millar los que se estima existen en las moléculas de DNA.

Los estudios físicos, y en especial los diagramas de difracción de rayos X, han permitido postular un modelo de la disposición es-

pacial de la gigantesca estructura de los DNA. Según el esquema propuesto por Watson y Crick en 1953, estas macromoléculas filamentosas adoptan una forma de helicoide, disponiéndose sobre el mismo eje dos cadenas colocadas análogamente, aunque en direcciones opuestas; por cada vuelta de espiral hay 10 residuos nucleotídicos y el paso de la hélice es de 34 Å. Las helicoides conjuntadas son entre sí complementarias y la secuencia de nucleótidos en cada una de ellas viene fijada por la que posee la otra. Entre sí, se mantienen unidas por enlaces residuales, entre pares de adenina-timina y guanina-citosina, a expensas de los respectivos grupos amino y oxhidrilo. En las correspondientes nucleoproteínas la cadena protídica parece ser que se dispone en forma totalmente extendida y enroscada alrededor del menos profundo de los dos surcos de la doble helicoide del DNA.

Hay ciertas indicaciones que sugieren que una disposición espacial semejante puede existir en el RNA, aunque ciertos indicios apuntan a una posible ramificación en las cadenas lineales, a expensas del oxhidrilo en posición 2 de la ribosa; en cuanto a su asociación con la respectiva proteína, los estudios en el microscopio electrónico de virus vegetales, compuestos esencialmente por ribonucleoproteínas, demuestran que la parte proteína se dispone en el exterior del conjunto, siendo la unión mutua relativamente débil.

RNA Y BIOSÍNTESIS DE PROTEÍNAS.

La dinámica vital se mantiene casi íntegramente gracias a las versátiles posibilidades de un segundo tipo fundamental de macromoléculas, las proteínas, capaces de desempeñar las funciones especializàdas más diversas y, entre ellas, con rango especial, la dirección catalítica de la variada gama de reacciones enzimáticas encadenadas que se verifican en los organismos. Por poseer esta amplia capacidad directriz y por ser el nivel mínimo de organización en el que aparece perfectamente delimitada la especificidad biológica, se estimó durante bastantes años como idea pausible la posibilidad de automultiplicación de las protcínas. Era ésta una simple concepción lógica, sin base experimental, con la que se pretendía salvar la dificultad que se plantea de admitir que se precisen catalizadores enzimáticos, es decir, proteínas, para la síntesis de estas mismas pro-

teínas, estableciendo así un círculo vicioso, puesto que no se conocía tipo alguno de molécula biológica al que se pudiese hacer responsable de este tipo de síntesis con la multitud de problemas que plantea.

Hacia 1941, avanzaron, sin embargo, Brachet y Caspersson, casi simultáneamente, una disyuntiva distinta al afirmar la posibilidad de que los ácidos ribonucleicos del citoplasma celular participasen directamente en la biosíntesis proteínica, al menos de ciertas proteínas especiales. Aunque no se aportaron tampoco por entonces pruebas experimentales de esta hipótesis mereció una gran atención, tanto por la autoridad de los investigadores que la defendían como porque con ella se lograba salvar la multitud de objeciones que ya por entonces se presentaban a la automultiplicación proteica. De esta forma se otorgaba al ácido nucleico del citoplasma una categoría casi equipable a la atribuída al nuclear, puesto que si éste facilitaba la información necesaria para la herencia de los caracteres biológicos, aquél sería el efector directo del desarrollo ontogénico y el inmediato responsable del crecimiento orgánico que, como es sabido, depende esencialmente de las proteínas.

Como primera base de apoyo para esta asociación entre RNA y biosíntesis de proteínas se presenta la dependencia entre el contenido de RNA de cada tipo de células y sus posibilidades de crecimiento; así son particularmente ricos en RNA los tejidos embrionarios (y también los cancerosos) y en las bacterias su riqueza en RNA es proporcional a la velocidad de crecimiento. Por otra parte, la producción de proteínas en Amebas y en *B. megatherium* es inhibida por incubación de los microorganismos con ribonucleasa, enzima que degrada el RNA. Aún más significativas son, entre el cúmulo de pruebas aportadas, las experiencias de Gale. En ellas se desorganiza primero la estructura celular de un cultivo de *Staphylococcus aureus* y se extraen después los ácidos nucleicos, con lo que cesa la actividad de síntesis de proteínas; ésta se reanuda, sin embargo, por adición de nuevos ácidos nucleicos de tipo RNA, no haciéndolo con los DNA. Brachet ha demostrado igualmente, para refrendar esta última comprobación, que en algas de tipo *Acetabularia* es posible la supervivencia durante meses de células desprovistas de núcleo (y por tanto de DNA) que no sólo sintetizan nuevas proteínas, sino que hasta lograr regenerar fragmentos separados.

También existen, ciertamente, algunas experiencias que pueden introducir ciertas dudas. De ellas, unas parecen referibles sólo a la

necesidad de formación simultánea de proteínas para la síntesis de RNA; así, por ejemplo, si a ciertas mutantes de *Staphylococcus aureus* se les priva de aminoácidos, también cesa la formación de RNA junto con la de proteínas. En otros casos, ciertos organismos como las levaduras en ausencia de fosfatos no forman nuevo RNA, pero sí proteínas; la síntesis de RNA sólo se reanuda cuando se agrega de nuevo fosfatos al medio. Todas estas anomalías pueden, sin embargo, explicarse con más o menos dificultad y no restan realmente peso a las pruebas que establecen una relación unívoca entre RNA y biosíntesis de proteínas.

Donde realmente está planteada la cuestión es acerca del modo exacto cómo se establece la correlación entre ambos tipos de macromoléculas. El proceso de la síntesis de proteínas, dada la especial arquitectura de esta moléculas, se estima que se realiza, al menos, en tres fases sucesivas: 1) activación de los aminoácidos que han de integrarse; 2) producción de las reacciones de encadenamiento dirigido para dar la secuencia específica de la proteína, y 3) configuración o moldeado tridimensional de esta cadena (o de varias cadenas en un conjunto) con los plegamientos y enlaces secundarios y terciarios que tanta importancia poseen en la determinación de su carácter propio. Han sido muy variadas las hipótesis formuladas acerca del modo cómo se establece la correlación entre ambos tipos de macromoléculas. Se supuso, ppr ejemplo, que el ácido nucleico serviría de molde sobre el que se dispusieran ordenadamente los aminoácidos, actuando, por tanto, el RNA como determinante de la secuencia específica, por contener en una especie de clave el dispositivo necesario. Una especulación matemática de Gamow permitió comprobar incluso que el número de combinaciones ternarias posibles de nucleótidos (triadas) era precisamente 20 en el caso del RNA, número que coincide con el de aminoácidos que habitualmente integran las proteínas naturales. Cada triada dirigiría, según ello, la colocación de un aminoácido. Para Haurowitz, la función del RNA sería mantener a la molécula proteínica durante su formación en un estado de expansión máxima que facilitaría el acoplamiento de los sucesivos aminoácidos.

Los datos más concretos obtenidos en la investigación posterior de esta cuestión, que constituye quizá el más fundamental y apasionante problema que tiene planteado la investigación bioquímica en el momento actual, apuntan en otro sentido. Se ha podido establecer

que la síntesis proteica no sólo es estimulada por el RNA preformado, sino también, y aún más directamente por sus integrantes monómeros los nucleótidos. La biosíntesis parece iniciarse, en efecto, con una activación de los aminoácidos a expensas precisamente de la energía química aportada por un nucleótido (adenosintrifosfato u otro semejante) que queda acoplado en forma de aminoacil-adenilatos, retenidos muy firmemente por los enzimas responsables de este proceso de activación. A esta fase inicial sigue, al parecer, la transferencia de estos aminoácidos a poliribonucleótidos de bajo peso molecular, dotados de especial capacidad para la fijación de aminoácidos. Finalmente, estos productos intermedios o fragmentos activos de los mismos serían incorporados íntimamente, para su configuración final, en la estructura de ribonucleoproteínas de los microsomas. Para esta incorporación parece indispensable la presencia de otro nucleótido aportador de energía, el trifosfato de guanosina (GTP). En esta concepción, en la que todavía existen lagunas evidentes, se hace patente, sin embargo, la significación adicional del RNA como suministrador de fragmentos activos y fuente de coenzimas esenciales para la activación de enzimas.

DNA Y HERENCIA BIOLÓGICA.

Hace ya muchos años que se estableció como una ley biológica la transmisión de los caracteres hereditarios por obra directa de los cromosomas nucleares y de sus integrantes los genes, que al pasar de una generación celular a otra, constituyen una especie de código de información capaz de mantener íntegramente (con arreglo a las leyes mendelianas de la herencia) las peculiaridades de que son portadores. Aunque los genes no han sido aún aislados en el sentido químico del término, se sabe que están constituídos por ácidos nucleicos de tipo DNA y gran magnitud molecular, asociados probablemente con proteínas. Se ha demostrado incluso que la cantidad de DNA de las células somáticas normales de cada especie (diploides) tiene un valor característico, que en la rata es de 0,7 picogramos de DNA por núcleo ($0{,}7 \times 10^{-12}$ g.) y en la rana de $1{,}5 \times 10^{-10}$ g. Como los gametos son células haploides, es decir, con un número de cromosomas reducido a la mitad por la meiosis, también es solamente la

mitad la cantidad de DNA existente, por ejemplo, en los espermatozoides; por el contrario, se duplica o multiplica, como era de esperar, en los núcleos tetraploides o poliploides.

Son muchas las pruebas que demuestran que es precisamente el DNA nuclear el portador de la información genética, y a su duplicación durante la división celular se debe con toda probabilidad la transmisión de aquélla. Con arreglo a los trabajos ya clásicos de Beadle y Tatum (que recibieron con Lederberg el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1958), cada uno de los genes es específicamente responsable de la presencia en el genotipo de un determinado enzima; la dotación de éstos viene, por tanto, estrictamente regulada por el equipo genético, según pudo establecerse en mutaciones dirigidas realizadas en organismos simples (*Neurospora,* etc.). Diversas enfermedades hereditarias se deben análogamente a un defecto genético que priva al organismo de un enzima esencial. Han sido precisamente estas experiencias de mutación estudiadas bioquímicamente con gran detalle, las que han establecido la relación más unívoca entre DNA y herencia. La moderna genética ha llegado a una gran precisión en el arte de "cuantificar" estos cambios al nivel de los genes, aislando los que afectan en cada caso a uno solo de ellos, y a través de él a un sistema enzimático determinado, cuya pérdida, al inducir un bloqueo de una sucesión de reacciones, permite su caracterización en ese punto, convirtiéndose así en un inestimable instrumento de investigación bioquímica. La inducción de mutaciones que puede hacerse con variados agentes físicos y químicos (mutágenos) se considera que se traduce en la rotura de determinados enlaces internucleotídicos en las moléculas de DNA, previa la formación de triésteres inestables. De otra parte, las roturas en las cadena de DNA pueden dar lugar adicionalmente a soldaduras en posiciones distintas, con lo cual el cambio genético no quedaría limitado a una simple pérdida, sino que provocaría la aparición de una característica no preexistente, y de índole quizá positiva y valiosa a efectos de la supervivencia de la especie. A través de estas apariciones de nuevos caracteres, como resultado de mutaciones, se explica el proceso integral de la evolución biológica.

Incluso en los pocos casos en que se ha podido establecer la transmisión de caracteres hereditarios por factores extranucleares (no cromosómicos), como en el cruzamiento de bacterias en que se verifica la llamada "recombinación genética" (Lederberg), se ha demostrado

que los agentes determinantes de este cruce de caracteres eran también ácidos nucleicos existentes en el citoplasma.

Un fenómeno que constituye una prueba patente de la relación directa del DNA con la transmisión de caracteres es la denominada transformación. En 1928, Griffith descubrió que ciertos tipos de neumococos podían sufrir una súbita transformación en su zona capsular que los convertía de hecho de tipos de cultivo liso en formas rugosas. Hasta 1944, sin embargo, no se pudo demostrar por Avery y sus colaboradores, que era la adición de un factor químico la responsable de esta nueva capacidad sintética en virtud de la cual el neumococo que anteriormente no podía hacerlo llegaba a elaborar los polisacáridos específicos de su nueva cápsula. El material responsable fue identificado como DNA, extraíble de la raza de neumococos naturalmente dotada de esta cápsula. Son muchas las experiencias de transformación verificadas desde entonces, entre las que tienen particular interés las que logran transferir la resistencia a los antibióticos adquirida por una cepa microbiana a otra no dotada previamente de ella. Se han intentado también experiencias de transformación, aunque con éxito muy dudoso, en organismos superiores. Un fenómeno similar lo constituye la transducción, en la que el cambio de alguna peculiaridad de determinadas bacterias se verifica por incorporación de ácidos nucleicos aportados por un bacteriófago, es decir, un virus poco virulento que actúa de inductor.

Dos cuestiones bioquímicas fundamentales plantea la naturaleza nucleínica de los genes y el papel que se les atribuye. La primera es la forma en que pueden dirigir, de un modo indirecto, la síntesis de enzimas específicos, dado que el DNA no sale del núcleo y que aquéllos, por el contrario, se producen en el citoplasma; esta dificultad puede resolverse quizá si se tiene en cuenta la acción directa que para ejercer el otro tipo de ácido nucleico, el RNA concentrado en los microsomas, y la circunstancia de que este último se forma en apariencia en el núcleo, emigrando después al citoplasma. Su papel sería, por tanto, de mediador en la transmisión de información genética, que recibiría del DNA durante su síntesis, y que imprimiría, en forma aún desconocida, en el proceso de elaboración de proteínas específicas. La segunda cuestión reside en el modo de generarse el propio DNA durante el proceso reproductor. La idea más generalizada se apoya en la conocida estructura de la doble hélice de estas macromoléculas y prejuzga la existencia de un mecanismo de

duplicación, según el cual en una primera fase se produciría una gradual separación de las dos cadenas, al modo como se abre una cremallera, pasando luego en una segunda fase, cada una de ellas, a la construcción de la cadena complementaria. La especificidad de la correlación espacial y de los enlaces de hidrógeno aseguraría que cada nucleótido libre solo se dispusiera en un orden definido, fijándose un nucleótido timínico sobre un resto adenílico de la cadena, y a la inversa. Finalmente, la formación enzimática de enlaces diester, por la acción del enzima de Kornberg, al que luego se alude, actuando sobre este molde iniciador completaría la reconstrucción de las dos nuevas hélices "hijas" con su estructura doble e idénticas cada una a la original. El proceso, sin duda, es bastante más complicado de lo que esta escueta descripción hace ver; no obstante, existen pruebas experimentales que corroboran algunos de sus puntos esenciales. Estudios con isótopos marcadores en células vivas han confirmado que en la división genética la mitad de la radiactividad pasa a cada una de las células hijas formadas en la bipartición; como la radiactividad indicadora procede del DNA marcado, hay que suponer que el reparto se debe a que cada una de las nuevas moléculas de DNA está constituída por una mitad "vieja" y otra "nueva".

NUCLEOPROTEÍNAS Y VIRUS.

En estrecha relación con los fenómenos genéticos hay que situar a uno de los tipos de formación biológica de más elevado interés tanto por su significado patológico como por su relevante interés bioquímico; las formas más elementales de microorganismos a los que se engloba con el calificativo de virus. Este grupo de estructuras biológicas mínimas es en realidad muy heterogéneo en distribución, forma y magnitud, e incluso en posibilidades biológicas, ya que las formas de virus mayores se aproximan a las bacterias poseyendo hasta alguna actividad enzimática mínima, mientras que las menores y más interesantes desde el punto de vista que aquí se considera son prácticamente nucleoproteidos puros que han llegado a ser cristalizados como si se tratase de sustancias químicas ordinarias (Stanley).

La característica común y más fundamental de los virus parece ser el papel que en ellos desempeñan las nucleoproteínas condicio-

nando sus posibilidades infectivas y de rápida multiplicación en el interior de las células de un huésped apropiado, cuyo metabolismo desvían en provecho propio, interfiriendo y bloqueando en cambio su desarrollo. Este tipo particular de interferencia ha sido calificado de parasitismo endocelular al nivel genético.

Aunque por la gravedad de las enfermedades que pueden producir, entre las que se incluyen algunas frente a las cuales sigue la humanidad casi totalmente indefensa (poliomielitis, rabia, fiebre amarilla, influenza, linfogranuloma, viruela, etc.), tienen sin duda mayor significación los virus animales, la dificultad de su aislamiento y su naturaleza más compleja hace que hasta el momento hayan sido soslayados, concentrándose los estudios bioquímicos en cambio en los virus vegetales, de insectos y de microbios (bacteriófagos). Entre estos tres últimos, que presentan en común su riqueza en ácidos nucleicos, y de los que se conocen múltiples especies o tipos (en este nivel resulta sumamente delicada y frágil la definición de especie), existe una señalada discrepancia; mientras que los virus vegetales son ribonucleoproteínas, es decir, derivados del RNA, los bacteriófagos y virus animales corresponden a la serie del DNA (con la sola excepción notable del virus de la encefalomielitis equina, en el que es negativa la reacción de Feulgen y parecen carecer, por tanto, de DNA).

Cada tipo de virus posee su ácido nucleico específico y su proteína característica (no limitados necesariamente a una sola molécula de cada clase), que se mantienen unidos entre sí por efecto dipolar y enlaces de hidrógeno, protegiéndose mutuamente hasta cierto punto; ello explica que sea a veces más sencilla la separación de ambos constituyentes que la degradación de cada uno de ellos por sus enzimas hidrolíticos específicos (gran parte de los virus vegetales, por ejemplo, precipitan con la ribonucleasa, pero no son atacados por ella; tampoco los degradan fácilmente las protidasas como pepsina o papaína). Parece un carácter general, al menos en las formas más simples, que en la estructura el ácido nucleico quede en el interior de una vaina proteínica; si el ácido nucleico se separa mediante técnicas conservadoras, es posible observar al microscopio electrónico los característicos "espectros" de virus, que son las vainas proteínicas vacías.

De los dos componentes, la porción proteica es la responsable de las características inmunitarias, y a ella se debe también, al menos

en los bacteriófagos, la acción selectiva de elección de huésped y fijación al mismo; en cambio, el ácido nucleico es de los dos el único que penetra en la célula parasitada, permaneciendo en el exterior, fijado a la membrana el espectro proteico. Las experiencias de Schram han demostrado que si el ácido nucleico aislado se introduce en la célula huésped es capaz por sí solo de inducir todas las fases posteriores de proliferación. Una vez en el interior de la célula, el ácido nucleico origina una auténtica revolución en los mecanismos metabólicos normales de aquélla, que pasan a servir la necesidad inducida por el nuevo ácido nucleico de sintetizar nuevas moléculas de virus completo, es decir, como nucleoproteína total. El fenómeno presenta una evidente relación con la transformación y transducción descritas anteriormente y originadas, de modo análogo, por la acción inductiva de los ácidos nucleicos. Por otra parte, su continuidad genética demostrada y su capacidad de automultiplicación los hacen equiparables a los genes; hasta cierto punto puede decirse que en la reducción hasta un esquema mínimo de sus actividades vitales los virus más elementales han llegado a prescindir de todo, excepto de su equipo genético propio, cuya fortaleza le dota de la capacidad suficiente para desplazar al propio de la célula parasitada.

Por el hecho de que algunos de los virus presenten efectos patógenos tan marcados no hay que suponer que todos los virus tengan necesariamente este carácter; la dificultad estriba en reconocerlos si carecen de él. Sobre todo entre los virus vegetales son frecuentes las formas de virus que prácticamente no producen trastorno aparente alguno en la planta, limitándose su efecto a alguna modificación más o menos perceptible (manchas o irisaciones en hojas o flores, por ejemplo). También entre los virus animales se pueden lograr formas escasamente infecciosas de determinados virus (influenza, vacuna, etcétera) que tienen apariencia y poder antigénico normal, pero con un contenido submarginal de ácido nucleico. También se da en ciertos tipos de bacteriófagos, y probablemente en otros virus, una forma particular de estado latente en reposo en el interior de las células parasitadas; es el denominado estado lisogénico en el cual las células bacterianas llevan asociados a su material genético, al parecer de modo permanente, progafos indistinguibles de su propia sustancia cromosómica. Estos microorganismos transportan, por consiguiente, de modo hereditario, la semilla de su propia destrucción y de la de sus semejantes. Los profagos sólo raramente pasan de

un modo espontáneo al estado de fagos (una proporción inferior al 0,1 por 100); no obstante, por influjo de variados estímulos metabólicos o físicos, se altera el quimismo de las células lisógenas y se originan entonces los bacteriófagos de modo en apariencia espontáneo. A partir de este momento, los fagos de origen lisogénico ya no difieren en nada de los libres virulentos. La lisogenización con ciertos fagos puede alterar las características de una cepa microbiana; razas atóxicas de bacilo diftérico se transforman, por ejemplo, en razas tóxicas por lisogenia.

ÁCIDOS NUCLEICOS, VIRUS Y CÁNCER.

Entre los activadores de las células lisógenas que promueven una maduración más rápida de éstas se encuentran toda una serie de agentes mutágenos como los rayos X o ultravioleta, cancerígenos químicos, etc., con los que se alcanza transformaciones del 100 por 100 con dosis muy inferiores a las necesarias para ocasionar la muerte de la célula. Esta capacidad de las células lisógenas para activarse por los cancerígenos es sólo uno de tantos nexos que establecen una singular correlación entre virus y cáncer, o con más amplitud y propiedad, entre cáncer y ácidos nucleicos.

Sin entrar a considerar aquellos evidentes casos en que el proceso tumoral es causado directamente por la presencia de virus, se ha acumulado en los pasados años una gran cantidad de pruebas que indican que en la carcinogénesis, cualquiera que sea el agente inductor responsable de ella, se originan cambios celulares hereditarios. En unos tipos de cáncer puede establecerse una clara relación con mutaciones de los genes nucleares, es decir, con alteraciones de su dotación de DNA; en otros, por el contrario, la cancerización parece producirse por alteraciones en determinados factores citoplasmáticos, en forma análoga a la que ha sido investigada por Ephrussi en ciertos procesos de transformación que se pueden inducir en levaduras. Los colorantes aminoazoicos actúan probablemente por este mecanismo, fijándose a proteínas del citoplasma de las células hepáticas.

Fenómenos muy semejantes a los de transducción o lisogenia antes descritos son, por lo demás, conocidos de hace muchos años por los investigadores del proceso canceroso. Hacia 1912 ya describían

Rous y sus colaboradores el hecho de que un extracto de osteocondrosarcoma, totalmente privado de células, puede producir lo que calificaríamos actualmente de "transducción", transformando tejidos conjuntivos normales en osteocondrosarcomas. Es igualmente bien conocida la importancia que juega la herencia en la predisposición cancerosa, lo que podría traducirse por una mayor sensibilidad a la mutación desencadenante del proceso.

Aun siendo evidente que las causas de la aparición de cáncer son múltiples y muy diversas en sus manifestaciones, en todos los casos, una vez establecida la alteración maligna en una célula o grupo de células el desarrollo de éstas lleva automáticamente a la transmisión a su descendencia de sus características propias. Según el lugar de aparición del tumor, las alteraciones que se registran en las funciones celulares especializadas pueden ser muy distintas, viniendo determinado el curso futuro de estas células y la malignidad del proceso tumoral por lo dominante que sea la posición de la función celular alterada.

Toda una serie de factores hormonales, constitucionales, etc., viene a modificar y modular la marcha posterior del desarrollo celular anormal; en ambos períodos subsiguientes a la inducción inicial, las fases denominadas de promoción y de diseminación, las células mutantes en las que se produjo el cambio decisivo inicial tienden a proliferar y a extenderse en lucha con los tejidos circundantes y con las defensas generales del organismo que se ponen más o menos pronto en juego contra el mutante invasor, que se ha hecho un extraño en el sentido genético para el huésped invadido.

En cualquier caso parece evidente que lo decisivo es la alteración en el origen de los ácidos nucleicos, auténticos directores y determinantes de la vida celular. Una parte importante de la quimioterapia anticancerosa está en la actualidad basada en esta premisa (antimetabolitos de las unidades integrantes, agentes mutágenos, etcétera) y se dirige a interferir en el metabolismo de los ácidos nucleicos; su dificultad más obvia en este sentido es precisamente la ubicua significación de los ácidos nucleicos, sin cuya formación normal no sólo no puede prosperar el desarrollo canceroso, sino tampoco el organismo en el que éste se aloja.

La síntesis biológica de ácidos nucleicos y su significación.

Sobre este cuadro, asaz esquemático, en el que hemos pretendido destacar la inmensa significación de ambos tipos de ácidos nucleicos, hay que situar el descubrimiento realizado por Ochoa y Kornberg de los enzimas responsables de su síntesis intraorgánica. Se trata en realidad de dos enzimas, cada uno de ellos específico de uno de los tipos de ácido nucleico: descubierto el primero por Ochoa y sus colaboradores en 1955 en cultivos de *Azotobacter vinelandii*, un microorganismo que vive en las aguas estancadas, y que cataliza la síntesis de RNA y polinucleótidos semejantes a partir de nucleótidos difosforados (ribonucleótido transferasa), y el segundo por Kornberg en 1958, específico del DNA, aislado de cultivos de *Escherichia coli* y denominado paralelamente desoxirribonucleótido transferasa.

De acuerdo con las ideas preestablecidas, ninguno de los dos enzimas parece capaz de actuar en ausencia total del correspondiente ácido nucleico o de productos de su degradación parcial que actúan como iniciadores de la serie de reacciones de encadenamiento merced a las cuales se sintetizan los polímeros. En condiciones adecuadas, por ejemplo, el enzima de Kornberg incrementa en 10-20 veces la cantidad de DNA añadido como iniciador.

Es evidente que el descubrimiento de Ochoa y Kornberg, al permitir la obtención en el laboratorio de macromoléculas de tan elevada significación y explicar la forma de su biosíntesis, ha aportado un gran paso para el mejor conocimiento de los procesos fundamentales mediante los que se gobierna la vida. Unido a las experiencias de reconstrucción de virus a partir de sus dos tipos de integrantes (Fraenkel-Conrat), con los que se logra en apariencia regenerar materia viva, y a los impresionantes progresos logrados en la síntesis química de proteínas, no parece que pueda dudarse de la posibilidad de obtención en un futuro más o menos próximo de virus casi totalmente sintéticos. En realidad para ello sólo hay ya dos dificultades esenciales: que con los enzimas y los medios disponibles sólo se puede lograr una síntesis no dirigida, totalmente al azar o impuesta por el iniciador en su secuencia y no, por tanto, la específica de un virus determinado, y que las secuencias exactas de las fracciones protei-

nica y nucleínica se desconocen todavía en la totalidad de los virus estudiados.

Esta vida límite, y aun con la restricción de precisar enzimas, o sea, materia preorganizada procedente de otros seres vivos, para su proceso de obtención, es todo lo que cabe esperar razonablemente que se consiga en el laboratorio en un período no demasiado largo. Y todavía hay que recordar que esta chispa mínima de aliento vital, por carecer de metabolismo en absoluto precisaría para su mantenimiento y duplicación de células vivas, o como mínimo de protoplastos, células desorganizadas en su membrana, pero en las que todavía sigue el metabolismo activo y en las que se puede cultivar bacteriófagos.

La dificultad de mayor cuantía en el camino de reconstrucción de sistemas vitales en el laboratorio sigue siendo la inherente inestabilidad del mecanismo vital, que no parece concebible en forma autónoma sin estar provisto de un metabolismo, al menos rudimentario, capaz de proporcionarle el continuo flujo de energía que precisa cada ser vivo para el mantenimiento de su estado dinámico.

Se ha dicho también reiteradamente que los descubrimientos enzimáticos de Ochoa y Kornberg tendrían inmediata repercusión en genética aplicada y, sobre todo, en la lucha contra el cáncer. El objeto de esta revisión ha sido precisamente poner de relieve la íntima asociación en que se encuentran estos fenómenos con las actividades de los ácidos nucleicos. Ahora bien, debe tenerse presente que, tratándose de investigación pura en su más paladino sentido, sus trabajos son transcendentes en cuanto arrojan algo de luz sobre el modo de generarse unas sustancias tan ligadas a los fenómenos más básicos de la vida. Carecen, por el contrario, de aplicación directa alguna, sin que quepa anticipar otra cosa sino que el avance logrado en el terreno científico, al ampliar las posibilidades de comprensión e interpretación de toda la gama de fenómenos vitales a los que se ha pasado revista, alcanzará sin duda con el tiempo una repercusión aplicada mucho más amplia que la que suelen tener los descubrimientos utilitarios directos.

VICENTE VILLAR PALASÍ.

NOTAS.

[1] Miescher, que trabajaba en el laboratorio del anatómico His, recibió de éste el encargo de estudiar las características químicas de determinados constituyentes celulares. Sus primeros trabajos se publicaron en revistas de escasa difusión, casi inaccesibles, apareciendo después, en parte, en la revista "Hoppe-Seyler's Med-Chem. Untersuchungen", 4, 441, 452, 502 (1871). Después de su muerte se reimprimieron sus publicaciones conjuntas en la obra *Die histochemischen und physiologischen Arbeiten von Friedrich Miescher*. F. C. W. Vogel, Leipzig, 1897, en cuyo volumen 2 aparecen sus trabajos sobre las nucleínas.

[2] ALTMANN, R.: "Arch. Anat. Physiol.", 524 (1889).

[3] LEVENE, P. A., y BASS, L. W.: *Nucleic Acids*. Nueva York, Chemical Catalog Co., 1931.

[4] BRACHET, J.: *Le rôle des acides nucléiques dans la vie de la cellule et de l'embryon*. París, Masson, 1952.

[5] FEULGEN, R.: *Chemie und Physiologie des Nukleinstoffe*. Berlín, Borntraeger, 1923.

[6] JONES, W.: *Nucleic Acids, their chemical propierties and physiological Conduct*. Londres, Longmans-Green, 1920.

[7] EGAMI, F.: *Nucleic Acids and Nucleoproteins. Physics, Chemistry, Biology and Medicine*. Tokio, Kyoritsu, 1951.

[8] HOTCHKISS, R. D.: *The Nucleics Acids*. Nueva York, Academic Press, 1955.

[9] DAVIDSON, J. N.: *The Biochemistry of the Nucleic Acids*. 2.ª ed. Londres, Methuen, 1953.

[10] MARKHAM, R., y SMITH, J. D.: *Nucleoproteins and Viruses*, vol. II, parte A, págs. 1-122 de la obra *The Proteins*, dirigida por H. Neurath y K. Bayley. Nueva York, Academic Press, 1954.

[11] BRACHET, J.: *Embriologie chimique*. Lieja, Deseer, 1945.

[12] CASPERSSON, T.: "Naturwiss", 29, 33 (1941).

[13] WATSON, J. D., y CRICK, F. H. C.: "Nature", 171, 737 (1953).

[14] SCHMIDT, G., y colaboradores: "Biochim. Bioph. Acta", 20, 135 (1956).

[15] CHANTRENNE, H.: "Proc. Roy. Soc. Ser. B.", 1948, 285 (1958).

[16] HOAGLAND, M. B.: *Enzymatic Reactions between Amino Acids and Ribonucleic Acids as intermediate steps in Protein Synthesis*. Symposium VIII, IV Congreso Internacional de Bioquímica, Viena, 1958.

[17] HIRSHEY, A. D.: *Chemistry and viral Growth*, en *Currents in Biochemical Research*; compilador, D. E. Green. Nueva York, Interscience, 1956; pág. 1.

[18] RUSCH, H. P.: *An integrated concept of Carcinogenesis*, en *Currents in Biochemical Research*. Compilador, D. E. Green. Nueva York, 1956; pág. 675.

[19] OVEREND, W. G., y PEACOCKE, A. R.: *La base molecular de la herencia*. "Endeavour", 16, 90 (1957).

[20] PERUTZ, M. F.: *Recientes progresos en biología molecular*. "Endeavour", 17, 190 (1958).

[21] FAIRLEY, J. L.: *Nucleic Acids, Genes and Viruses*. "J. Chem. Ed.", 36, 544 (1959).

[22] HALDANE, J. B. S.: *The Biochemistry of Genetics*. Nueva York, Mac Millan, 1956.

[23] HAUROWITZ, F.: *Progress in Biochemistry*. Nueva York, Karger, 1959.

[24] OCHOA, S., y HEPPEL, L. A., en *Chemical Basis of Heredity*. Compilado por W. C. Mc. Elroy y B. Glass, pág. 615. Baltimore, Johns Hopkins Press, 1957.

[25] GRUNBERG-MANAGO, N., y OCHOA, S.: *Enzymatic synthesis and breakdown of polynucleotides: polynucleotic phosphorylase*. "J. Am. Chem. Soc.", 77, 3165 (1955).

[26] OCHOA, S.: *Enzymatic synthesis with higly purified polynucleotide phosphorilase*. "Biochim. Bioph. Acta", 26, 445 (1957).

[27] OCHOA, S.: "Arch. Bioch. Bioph.", 69, 119 (1957).

[28] KORNBERG, A., y colaboradores: "Proc. Nat. Acad. Sci.", 44, 633, 641, 1191 (1958). Ibid., 45, 772 (1959).

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LAS *COPLAS* DE JORGE MANRIQUE

JORGE Manrique es el primer poeta español de versos conocidos. Conocidos, se entiende, por todos; sus *Coplas* a la muerte de su padre son un saber común. El hombre español encuentra, se encuentra en ellas con la lengua en su estado, podemos decir, definitivo. Barceo quiso expresarse en la lengua en que suele el pueblo hablar a su vecino; actualmente esa lengua será todo lo sabrosa que queramos para los que saben algo de filología, pero queda distante y difícil, prácticamente ininteligible, para el lector que no sepa esa filología.

Un poeta, excelente poeta, de la generación anterior a Manrique, Juan de Mena, se lamentaba de los pocos medios que para traducir a Homero le ofrecía "el rudo y desierto romance". No sólo al traducir debía de tener Mena esta conciencia de la limitación. Decía Simone Weil que la verdadera forma de escribir es escribir como se traduce. Juan de Mena al traducirse a sí mismo no sólo tenía que crear *su* lenguaje poético, sino más que cualquiera, hacer *el* lenguaje. Su riesgo fue el cultismo; pero de ese riesgo nace algo tan difícil y misterioso como es el enriquecimiento de la lengua. Jorge Manrique no tensa los recursos del idioma; se atiene al que se usa. En él, habla a su vecino, pero esta vecindad en la lengua será ya a través del tiempo.

Jorge Manrique goza de permanencia y, por tanto, de actualidad. Permanencia no quiere decir que siempre se le vea lo mismo; sería un modo de permanencia calcáreo y fósil. Permanecer es ante alguien; esto supone puntos de vista más o menos diversos en las distintas épocas; permanecer una obra es ir siendo interpretada. El punto de arranque más preciso para la interpretación de Manrique,

como para tantas cosas de nuestra literatura, es Menéndez Pelayo. Menéndez Pelayo utiliza para la valoración estética unos excelentes conocimientos históricos de la literatura. Punto previo para entender a Manrique es el problema de la originalidad, ante la evidencia de los comunes que son sus formas de expresión y el núcleo de su contenido. El que se incorporen en la obra imágenes, tópicos, etc., ya sabemos que no afecta a la originalidad de la misma. Esto puede explicarse teniendo en cuenta los tres fundamentos de relaciones que considera Bühler en el lenguaje: expresión, apelación y representación. Lo que el escritor encuentra ya dicho, lo da en su valor, en su aspecto, de representación. Lo que él pone al repetirlo (si así puede decirse) es la expresión. Manrique, al emplear esas formas de decir las creencias comunes, las renueva con su expresión, y con una directa, viva y dramática apelación, como veremos más adelante.

Dos textos clásicos en las coplas.

El conocimiento de los tópicos ha sido llevado a un sorprendente grado de precisión por Curtius. Respecto de Manrique, el estudio de este aspecto lo han enriquecido Anne Krause, M.ª Rosa Lida, Salinas. La idea más obvia es que nuestro poeta recibe los elementos de una tradición anónima, indirecta. En este sentido se pueden hacer afirmaciones sin fundamento. Por ejemplo, en un libro no muy afortunado, de Eustaquio Tomé, se dice: "La influencia de los clásicos, si en realidad existió, es lejana e indirecta, lo que la vuelve inapreciable en todos los pasajes" [1]. La misma A. Krause, en su riguroso trabajo, piensa que "no es necesario suponer que Jorge Manrique consultó la magnífica biblioteca del marqués o la más modesta colección de su tío Gómez Manrique" [2]. Estima que don Jorge fue un caballero más que un intelectual. Tiene razón en esto; pero todo está en la amplitud que se dé al *más*. También Gómez Manrique usó el argumento —que no creo deba considerarse como tópico— de que su profesión de guerrero no excluye el cultivo intelectual y la lectura amplia.

---

1 Tomé, Eustaquio: *Jorge Manrique.* Montevideo, 1925; pág. 17.

2 Krause, Anne: *Jorge Manrique and the cult of death in the cuatrocientos.* California, 1937.

Creo interesante analizar unas estrofas de las *Coplas* de Manrique, en las cuales se pone de manifiesto que, en contra de las opiniones anteriores, existen relaciones directas de palabras del poeta castellano con textos clásicos.

Una es la estrofa 20:

Pues su hermano el inocente
que en su vida sucesor
se llamó,
¡qué corte tan excelente
tuvo, y cuánto grand señor
le siguió!
Mas como fuese mortal,
metiólo la Muerte luego
en su fragua.
¡O jüicio divinal!:
cuando más ardía el fuego
echaste agua.

A propósito de esta copla, el citado Tomé recoge una opinión que es absurda, pero que muestra claramente la sorpresa por la metáfora final, y el interés por explicarla por parte de quien así opinaba, escritor poco conocido, Campillo. "Campillo —dice Tomé— critica la pintura de la muerte con una fragua en lugar de una guadaña, de una hoz, de otra herramienta semejante; y atribuye esa mala elección a la necesidad de hallar consonante al vocablo agua."

Con idéntico interés, pero con más criterio y prudencia, A. Krausse también se fija en esta metáfora, en "esta curiosa imagen", pero tampoco nos muestra su exacta justificación. Sin embargo, esta imagen se encuentra en un texto antiguo muy leído siempre, y típico de la dialéctica —permanente como la vida misma— sobre las edades; es el diálogo de Cicerón *Cato Maior de Senectute*. Dice allí XIX, 71):

"Itaque adulescentes mihi mori sic videntur, ut cum aquae multitudine flammae vis opprimitur, senes autem sic ut cum sua sponte nulla adhibita vi consumptus ignis exstinguitur." Por esto, la muerte de los jóvenes me hace el mismo efecto que cuando se sofoca con un torrente de agua el poderío de la llama; la de los viejos, como el fuego que, consumida su materia, se va apagando por sí mismo sin usar violencia alguna.

Manrique toma, pues, fielmente la imagen. Desde luego, no es lo importante que una imagen se tome, sino cómo se incorpora y funciona este elemento en la obra. En primer lugar, Manrique prescinde de las restricciones *(sic videntur ut)* con que la introduce Cicerón; con lo cual gana en fuerza. Por otra parte, en el diálogo latino tiene un valor genérico; mientras que en la elegía castellana la aplica el autor a un personaje concreto; es precisamente el personaje que en el desfile de muertos recientes puede despertar en don Jorge un eco de adhesión más personal: es el príncipe don Alfonso, en cuya proclamación como rey, sin haber muerto su hermano, intervinieron los Manrique. Al referirse a don Álvaro de Luna, no es que haya el odio de quienes fueron sus adversarios, pero el final de su mención *(sino sólo que lo vimos / degollado)* resalta acaecimientos apasionados y complicaciones humanas. Con don Alfonso, no; lo único de donde viene el lamento, el sólo origen de ese final temprano, lo dice un octosílabo: *mas como fuese mortal.* ¿No está este verso explicando la palabra *inocente* del primero?

Pero la imagen de Cicerón la vuelve a emplear dos estrofas más adelante:

aquella prosperidad...
¿qué fue sino claridad
que estando más encendida
fue amatada?

Vemos que la frase latina se ha refractado en dos en las Coplas. En la primera, la intensidad expresiva se concentra en el *echaste agua* recogiendo el *aquae multitudine.* En la segunda, se destaca con fuerza sobre las demás palabras el verbo *opprimitur;* el sentido que aquí tiene este verbo, contrapuesto a *exstinguitur,* era grato a Cicerón; en *Laelius de Amicitia* (XXI, 78), también se encuentra: *ut exstinctae potius amicitiae quam oppressae videantur.* La traducción que en esta estrofa 22 hace de él Manrique es exacta: *fue amatada.* Y precisamente las dos construcciones *echaste agua* y *fue amatada* están situadas en lugar relevante: en la ceñida soledad del pie quebrado, y a final de estrofa.

De las dos comparaciones contrapuestas que escribe Cicerón, Manrique hemos visto que hace un doble aprovechamiento de la primera, la que explica la muerte en la juventud. Pero el tema del autor latino es el que viene a aclarar la otra cara de la imagen, la que bus-

ca valorar el cumplimiento total de la vida del hombre cuando la muerte sucede como consecuencia de la natural extinción de esa misma vida, es decir, la muerte en la vejez. Este elogio ciceroniano de la vejez, que se ilustra con la imagen del fuego, está sonando en las palabras con que don Jorge resume la vida de su padre.

Es en aquellos *después* anafóricos:

> Después de puesta su vida
> tantas veces por su ley
> al tablero,
> después...

En la sucesión anafórica se expresa siempre una progresiva acumulación de contenido. Cada vez que vuelve a aparecer el elemento repetido, subsiste en él la fuerza significativa de lo ya comunicado en las anteriores apariciones, y pone sobre ello, incrementa el sentido anterior al acumular la nueva realidad hacia la que se dispone a dirigirse la palabra reiterada. Aquellos *después* van aumentando el contenido biográfico, van dando idea de esa vida prolongada y concluyente del hombre lleno de años que se comenta en el *De Senectute*. Por eso el mismo tono de voz con que es dicha la anáfora se eleva ligeramente en cada repetición.

La relación entre la alabanza a don Rodrigo y el tratamiento del tema por Cicerón no se aprecia solamente en la fidelidad a la idea, sino que hay en las *Coplas* un rasgo de léxico que es seguramente una deliberada alusión a la obra antigua que acompaña a Manrique en esta evocación del difunto Maestre. Este rasgo es el uso de la palabra *senectud*. A. Krausse manifiesta su extrañeza al encontrar en medio de un lenguaje tan sencillo y natural este cultismo. Aun con extrañeza, acierta a ver el sentido y función de esta palabra en la forma interna de la elegía. "*Graveza* y *senectud* —dice— apuntan ya a la serena vejez que corona la vida de su padre."

Efectivamente. Usa la palabra dos veces, y no sólo por su significado apunta a la vejez lograda de su padre, sino también por su forma, por ser transcripción literal del título mismo del diálogo ciceroniano, y llevar en sí la resonancia de aquél. Este cultismo es como una argumentación completa, una señal de la autoridad estoica en quien se apoya Manrique para este elogio [3]. Que su propio tío hubie-

[3] No se hace aquí una apreciación de la figura total de Cicerón. Habría que tener en cuenta reservas importantes. Sus *Catilinarias* han venido siendo

se usado ya esta palabra, legitima el derecho a ser admitido como signo válido.

La segunda estrofa a que me refiero es la 26:

¡Qué amigo de sus amigos!
¡qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Qué benigno a los subjetos,
a los bravos y dañosos,
un león!

Como señala Salinas, esta manera de elogio nos recuerda sin lugar a dudas unos versos de Gómez Manrique que precisamente hablan del mismo don Rodrigo cuando aún vivía:

En las armas virtuoso,
en la corte buen galante,
a los amigos gracioso,
a los contrarios sañoso.

Todavía amplificará más G. Manrique esta forma de contraposición, en unos versos de arte mayor de la *Defunzión del noble cavallero Garci-Laso de la Vega*:

Este es aquel que sangre ponía
antes que otro en los enemigos,
este es aquel que por sus amigos
la vida e facienda de grado ponía.

---

texto educativo como si en ellas aprendiesen los jóvenes el verbo de la honradez frente a un monstruo de maldades, cuando en realidad son un conjunto retórico, un mecanismo de palabras de cartelón, que faltan al primer fundamento, la verdad, usando como arma la deformación, la caricatura, la demagogia, para combatir a un enemigo que representaba tendencias políticas de consideración, y que las representó con claridad y valentía.

Ahora bien, en las *Coplas* de don Jorge se perfilan más estos conceptos. Por un lado está la contraposición

> Qué amigo de sus amigos.
> Qué enemigo de enemigos.

Pero el último terceto de la estrofa profundiza en la tradición, y reproduce un texto clave en la idea política de la guerra. Esos versos

> Qué benigno a los subjetos;
> a los bravos y dañosos
> un león.

traducen un hexámetro de Virgilio: "parcere subiectis et debellare superbos" (*Eneida,* VI, 853).

En el "Qué enemigo de enemigos" parece estar refiriéndose a la enemistad personal, al *inimicus*. En los versos últimos se trata sin la menor duda del adversario en guerra, del *hostis*. Jorge Manrique quiere dar grandeza a la acción guerreadora de su padre; desde luego no era un momento de neta claridad en tantas discordias internas y luchas de bandos. Aplicar a la memoria de su padre este hexámetro de Virgilio agranda y ennoblece su actividad política. Es ponerle junto a los creadores de la Roma antigua.

Al mismo tiempo, nos ayudan a justificar las dos estrofas que siguen; son las dos estrofas que, indudablemente, como le parecía a Menéndez Pelayo, dan una primera impresión de pedantes. Salinas las ha conectado con la tradición de que nacen, dándoles su auténtica significación. En cuanto a su situación en el poema, parece mucho más clara viéndolas dimanar de unos versos que son traducción de uno de los hexámetros temáticos de la Eneida, aquellos en que Virgilio pone el centro del poema; centro del sentido (el largo discurso del padre Anquises, que empieza con un principio cosmológico resumido de las filosofías antiguas y termina justamente con el verso que oímos en Manrique); y en el centro material de la Eneida, al final del canto VI.

Sobre que nuestro poeta leyese a Virgilio, Anne Krause cita a Shift, quien dice que Manrique debió de conocer una traducción en prosa de Virgilio.

La poesía, como todo hacer humano, es una obra de colaboración. Pero en la Edad Media este carácter comunitario de la creación artís-

tica es aún más evidente. Lo mismo que en la sintaxis de una catedral gótica se integran las aportaciones individuales (y decir individuales desvirtúa el sentido originario con que ellas mismas se hacían), en las *Coplas* de Jorge Manrique están los materiales que toda una época fue elaborando. Jorge Manrique viene a ser como el arquitecto que unifica y resume una línea poética, sostenida más sobre intentos que por resultados geniales. Manrique recoge solidariamente la herencia dispersa de la poesía sobre la vida, y no hay elemento que no salga mejorado, simplificado, como nuevo y único. Junto a estos elementos reiteradamente dichos, tópicos, vemos que Manrique toma también directamente de tradición más antigua, incorpora más inmediatamente, otros ingredientes literarios. Unos y otros apuntan hacia dos direcciones: una, el origen de donde llegan; otra, el contexto en que nuevamente se estructuran. Si no se cohesionasen en el conjunto, quedarían como pedruscos sueltos; si se desarraigan totalmente de su origen, se desvitalizan y enronquecen.

La imagen de la muerte.

La muerte es el tema de las *Coplas*. Pero la muerte, como el ser mismo, se dice de muchos modos. Cada momento histórico, cada pueblo, y sin que pueda caber exageración, cada individuo, tiene una idea distinta de la muerte, y como el morir es según la idea que del morir se tiene, cada uno tiene una muerte distinta. Luego, hay la muerte sin idea alguna de ella, la muerte en serie de que habla Rilke.

Como de la muerte no podemos tener experiencia propia, lo que se ha de alcanzar respecto de ella es una disposición. De esta disposición nace la escultura funeraria de Egipto, en que la figura humana se petrifica, y las estelas griegas, donde el mármol se humaniza con serenidad ante la muerte. En nuestra literatura, oímos el anhelo de fray Luis, que sin detenerse en ella, en la muerte, sin casi decir su nombre, la desea traspasar para llegar a lo eterno; a Quevedo, nombrándola a pensamiento tañido, pero no como suceso último, sino como presencia y maduración en la vida.

Jorge Manrique nos da una idea de la muerte. La imagen que de la muerte nos comunica Jorge Manrique va configurándose gradualmente en las *Coplas*. Este proceso de esclarecimiento de la muerte constituye la estructura misma de la elegía.

Manrique parte de la situación cotidiana del hombre: la distracción. De esa distracción, de ese sueño, hay que saltar a la lucidez:

Recuerde el alma dormida. En esta primera sextilla, ya nos encontramos con la palabra *muerte.* Es en una significación todavía elemental; parece no bastarse por sí misma, y va junto a su concepto correlativo, *vida,* dándose mutuamente sentido: *cómo se pasa la vida / cómo se viene la muerte / tan callando.*

Ya la presencia de las dos palabras, izadas en el final del verso, plantea la dialéctica fundamental. Pero es que los dos versos, paralelos, están trabados y complementándose: *se pasa la vida,* quiere decir, *se viene la muerte. Tan callando;* por esto, por el sigilo de la muerte, se necesita aquel recordar del principio.

Las tres primeras estrofas son una intensa argumentación sobre los dos versos citados. En la tercera, vuelve a expresarse la idea de la muerte:

> Nuestras vidas son los ríos
> que van a dar en la mar
> que es el morir.

Pero la palabra ha cambiado. No es la muerte, sino el *morir.* Leo Spitzer ha estudiado este uso en las *Coplas,* poniendo de manifiesto su poder significativo. Es menos abstracto que *muerte;* es más activo y de carácter propio [4].

Por otra parte, la misma contraposición *vida-muerte,* se ilustra aquí con una imagen: *vida-río, muerte-mar.* La representación de la realidad por medio de esta imagen sería suficientemente rica; pero la imagen va a añadir un punto de contacto con el aspecto social de esa vida humana; la palabra río sugiere al poeta el adjetivo *caudales,* caudalosos, y situado en esa palabra se dirige por su otra acepción de riquezas hacia el motivo de la muerte como igualadora.

> Allí los ríos caudales,
> allí los otros, medianos
> y más chicos,
> allegados son iguales
> los que viven por sus manos
> y los ricos.

Viene luego la invocación. Lo primero, que en ésta, lo mismo que en las otras dos menciones que hace de Cristo, no dice su nombre, sino que hace una alusión respetuosa y reverencial, frecuente en su

---

[4] SPITZER, Leo: *Una particularidad sintáctica en las coplas de Jorge Manrique.* "Nueva Revista de Filología Hispánica", IV, 1. Méjico.

tiempo, prefiriendo mentarle por algún momento o aspecto de su vida. Ahora bien, ¿no esperaríamos aquí que ese momento trajese alguna referencia a la muerte? Sin embargo, no es así; toma un texto del principio del Evangelio de San Juan:

Aquel sólo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo,
el mundo no conosció
su deidad.

No me atrevería a llamarlo explicación, sí coincidencia interesante que invoque a Cristo precisamente en el aspecto del rechazo que le hizo el mundo. Coincidencia interesante, con el título y contenido de un libro de Marcel, *Del rechazo a la invocación.*

Lo que sí explica este modo de invocar a Cristo es que está anticipando las dos estrofas siguientes; en ellas habla del sentido del mundo. Como en el Evangelio de San Juan, la palabra mundo ofrece distintos significados: *este mundo es el camino*... como lugar y situación, como dimensión en que el hombre lleva a cabo su vida; *este mundo bueno fue*... como posibilidad de dar un sentido al mundo afectado por el pecado. Y previamente, esa acepción primera, la esencial para el cristiano, la situación del mundo por su actitud ante el Verbo y la Redención.

Hay que subrayar en este punto la íntima conexión con que se suceden los elementos con que se van construyendo las *Coplas*. A un hexámetro de Virgilio veíamos seguir dos estrofas en las que se atribuyen a don Rodrigo virtudes de emperadores romanos y personajes de la antigüedad. De esta invocación fluyen otras dos estrofas que explican el concepto central de aquélla.

También merece observarse que, lo mismo en estos dos casos que en otros muchos, este poema tiene una distribución binaria de su contenido; es de gran frecuencia en él este ritmo que empareja las estrofas.

Siguiendo con la idea de la muerte, en la estrofa 5 leemos de nuevo las palabras con que la nombra:

Partimos cuando nascemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenescemos,
así que cuando morimos
descansamos.

5

Con dos palabras habla de la muerte: *fenescemos* y *morimos*. La primera, por su etimología, por ir rimando con *nascemos*, señala lo instantáneo, lo terminal de la muerte. *Morimos*, en rima con *vivimos*, se destensa en el pie quebrado que es justamente *descansamos;* apunta más bien a la muerte como situación definitiva.

Al llegar a la estrofa 14, pasa el poeta a mirar las muertes de los hombres en particular. Son los sucesos de muertes personales; también la Muerte, por primera vez con mayúscula, está personalizada.

> ... que a papas y emperadores
> y perlados
> así los trata la Muerte
> como a los pobres pastores
> de ganados.

Ya antes, con la imagen de los ríos y el mar, nos había dicho que la riqueza no disfruta privilegio alguno ante la muerte. Aquí aparece nuevamente el motivo. Este motivo sabemos que es común con las *Danzas de la Muerte*. Sin embargo, el modo de tratarlo, la actitud, es completamente distinta en las *Danzas* y en Manrique.

Para ambos, la Muerte es la igualadora. Sin embargo, la clase de convencimiento será distinta según el plano desde donde se contempla esa igualación. No se trata de incardinar la obra literaria en órdenes sociales. Si se exagera el valor de lo social en lo literario se llega a una forma de positivismo parecida a la del *medio* de Taine. Indudablemente, poco tiene que decir el condicionamiento social y económico sobre la esencia y la verdad íntima del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz. Sobre Manrique, nos puede decir algo, pero es precisamente el desasimiento de esa circunstancia.

Las *Danzas* macabras proclaman la igualdad que establece la muerte, pero con fruición del derrocamiento. La actitud sarcástica del mismo recurso dramático, el bailar al son de la muerte, no está exenta de rencor; la palabra resentimiento no es cosa de usarla, porque nacida al uso moderno por una apreciación injusta de Niestzche, se usa a veces como un instrumento para descalificar lo que puede ser legítimo, y aun generoso sentimiento de justicia. El modo de sentir que reflejan las danzas macabras no es exclusivo de ningún estamento social en cuanto tal; y hemos de reconocer que en el andar de la historia unas veces se manifiesta de palabra y otras de hecho:

la orgía de la muerte, que al no poder conseguir esqueletos en el acto de matar, los desentierra.

Cuando Manrique se enfrenta con el poder igualador de la Muerte, es para comprometer algo de sí mismo. Supone despegarse espiritualmente de la situación privilegiada en que está inserto. Manrique pertenece a la nobleza clase social. Pero al escribir las *Coplas,* su ejercicio es de la nobleza virtud. La nobleza como privilegio es uno de los valores humanos que el poeta *(el linaje y la nobleza / tan cescida...)* siente caducos y sin trascendencia. La nobleza virtud, al alcance de cualquier hombre por el camino del espíritu, es la que brilla cuando don Jorge habla de aquellos muertos de quienes, en vida, su familia fueron enemigos.

Se podría decir que la enumeración de los que han muerto no nombra más que a reyes y nobles. Parecería que los seres humildes, los mortales del estado llano, no le interesaban. No es así; cuando habla de éstos, tiene aciertos expresivos llenos de sencillez y casi diríamos deseos de participación; frente a *ricos* —así, escuetamente—, dice *los que viven por sus manos;* y en el pasaje que comento, dice *los pobres pastores / de ganados.* No es a estos a quienes tiene que persuadir de la fugacidad de los bienes terrenos, sino a los que disfrutan de ellos, principalmente. Él el primero. La pregunta del *dónde están,* el tema del *ubi sunt,* es una cuestión sincera que se plantea.

Desde la estrofa 15, en que aparece la Muerte personificada, más que el nombre de ésta, vienen encadenadas las preguntas, al fondo de las cuales está la muerte como origen y respuesta.

Este tópico de las preguntas, ¿significará en definitiva algo? La pregunta retórica no es en realidad una pregunta, claro está. Preguntar es buscar algo que no se tiene averiguado; que no se tiene averiguado del todo, pero sí lo suficiente para poder buscarlo. Por esto aquellas frases de San Agustín que Pascal resumió con eficacia: "Consuélate, no Me buscarías si no Me hubieses encontrado". En las preguntas de Manrique, ¿queda algo que no sea evidente? Sí, algo que es evidente, pero que causa extrañeza. El hecho mismo de que se pueda hacer esa determinada pregunta, el que la pregunta *¿qué se fizo,* se pueda hacer precisamente del rey don Juan, y de don Enrique, y de cuantos parecían menos vulnerables a la muerte.

La pregunta se hace a alguien. También se puede hacer a sí mismo y el *that is the question* puede suponerse en todo monólogo. ¿A

quién dirige Manrique sus preguntas? Desde el primer momento viene hablando en plural, y dialogando con los otros: *decidme...* Es esa viva apelación que indiqué anteriormente. Cuando hace estas preguntas, todavía habla con los demás. O por lo menos traslada a los demás las cuestiones que se hace él mismo. Pero al concluir esta serie de evocaciones, cambia el vosotros por el tú. Este tú con quien ahora habla es la Muerte. De hablar sobre ella pasa a hablar con ella en estas dos estrofas que cierran el desfile histórico, pero reciente, *lo de ayer*. Todas las preguntas anteriores, como al no encontrar respuesta en aquellos a quienes habla, se condensan y aumentan su tono en una búsqueda más dramática

di, Muerte, ¿dó los escondes
y traspones?

Por fin, es la Muerte la que habla. Viene al morir de don Rodrigo Manrique:

en la su villa de Ocaña
vino la Muerte a llamar
a su puerta.

Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas / regumque turres, dice Horacio; *la muerte macilenta llama con igual pulso en las chozas de los pobres y en los palacios de los poderosos.* Pero en los versos castellanos no se nos dice que sea macilenta, ni se la describe de ninguna manera. Nada de efectismos ni truculencias. A lo largo del poema, como a lo largo del vivir, ha ido germinando una muerte que habla, dotada de palabra; se ha dicho que la muerte es la soledad radical, y he aquí que la Muerte viene a ser ella la compañía del caballero en su morir. Esta personificación, ¿es pura alegoría, en el sentido de que no tiene ninguna base real? Sería negar demasiado. La muerte es el último obrar del hombre; es la decisión definitiva. La muerte está en la vida, como el gesto de despedirse pertenece aún a la presencia. Es última decisión que puede tomarse cuando todavía hay tiempo. Esta personificación de la muerte representa que está ahí algo, alguien, distinto de lo sometido a la muerte. Ese alguien puede representar la conjunción de dos asistencias: una, la propia idea y disposición que con vistas a la muerte el hombre tenga elaborada; otra, la del poder sobrenatural. Es muy posible que

Manrique tuviese presente la agonía de Getsemaní, donde es un ángel el que viene a confortar al Señor.

Al maestre don Rodrigo, ¿qué clase de posibilidad le queda? Don Rodrigo recibe a la muerte. *Recibir a* la muerte no es lo mismo que *recibir* la muerte. Recibir la muerte tiene una significación totalmente pasiva; más propiamente pasiva que la forma gramatical que así se llama. Sobre el uso de la preposición *a* con el complemento directo, la gramática sólo distingue si ese complemento es persona o no; sin embargo, vemos cómo en este caso cambia la significación del verbo, y no por pura consecuencia de la naturaleza del complemento. *Recibir a* la Muerte es una forma de actividad; es disponer las cosas con arreglo a la persona que hace la visita.

Don Rodrigo lleva a cabo la decisión: acepta.

y consiento en mi morir
con voluntad placentera
clara y pura.

Este consentimiento hace que el morir no sea un morir cualquiera, sino *su* morir.

JORGE MANRIQUE Y LA ACTUALIDAD.

Jorge Manrique es de los pocos poetas que no han necesitado redescubrimientos. Ahí está Góngora que, al cabo de los años, volvió a ser entendido. Quevedo, que en antologías de no hace tanto tiempo apenas figuraba con alguna poesía divertida; y —lo que más hubiera sentido el autor de los sonetos graves— juzgado con cierto rigor como conceptuoso por Menéndez Pelayo.

La valoración de Manrique goza de permanencia. En nuestros días, los poetas suelen decir que es de los que prefieren de la lírica española. Sin embargo, su poesía no es de las que despiertan imitación ni seguimiento formales. Es cierto que al leer

Y todo el campo un momento
se queda mudo y sombrío
meditando,

nos damos cuenta que la meditación manriqueña se oye por los caminos de la tarde de Machado. En el desigual *Cancionero* de Unamu-

no hay alguna poesía con la forma métrica de las *Coplas*. En el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* de García Lorca, hay un eco de la elegía de Manrique. Pero no se puede hablar de imitación como de Garcilaso o Góngora, de Rubén o Aleixandre. Estos poetas son expresionistas; vuelcan su lenguaje sobre el mundo exterior. El lenguaje se enriquece por planos desusados; el signo pretende y vale por sí mismo. Todo esto ofrece muchos elementos aprendibles, y aun en Garcilaso hay retenida una leve retórica que, si quien le imita no es verdadero poeta, se dispara esa retórica y se queda con su propio vacío.

El camino que puede indicar Manrique no se anda con la adopción de instrumentos formales, sino por un renunciamiento que no puede apoyar semejanzas externas; lo mismo que fray Luis o Machado.

La actualidad de Manrique ha consistido en su mejor conocimiento. Entre los comentarios se pueden señalar uno de Azorín en *Al margen de los clásicos*. Pero Azorín, que tan acertadamente ha leído e interpretado a los clásicos, en este comentario no acertó del todo. A. Cortina, en la edición del *Cancionero,* opina que esas apreciaciones de Azorín se pueden refirir a las *Coplas,* no al resto de la poesía de Manrique. Creo que a las *Coplas* menos que a nada; es una evocación muy romántica, o mejor, postromántica, inspirada seguramente en un pasaje de Ticknor que reproduce Menéndez Pelayo en la *Antología*. Por ejemplo, Ticknor habla de que esos versos nos conmueven "*a la manera que hiere nuestros oídos el compasado son de una gran campana tañida por mano gentil...*". Esto nos recuerda ese toque de campanas que se llaman clamores. Azorín lo traslada a "*la impresión que nos produce el son remoto de un piano en que se toca un nocturno de Chopin*".

Antonio Machado decía:

Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.

Hemos visto una resonancia en *Yo voy soñando caminos*. Precisamente en este poema el tiempo se desliza de palabra en palabra. Las frases verbales durativas son abundantes: *voy soñando, voy cantando...;* la memoria canta el tiempo interior: *tenía, ya no siento*. No es extraña esta coincidencia del ritmo de Manrique en el tema de esta

composición de Machado. Porque en otra ocasión [5], Machado dice que Manrique nos da una intensa y profunda impresión del tiempo. Compara la estrofa *¿Qué se ficieron las damas?* con el soneto de Calderón a las flores *Estas que fueron pompa y alegría,* y concluye que la emoción del tiempo lo es todo en la estrofa de Manrique; nada o casi nada en el soneto de Calderón. (Que sea cierto lo primero no hace totalmente verdadero lo segundo. Kayser ha hecho una interpretación distinta del mismo soneto [6]. Y se puede precisar algo más: este soneto lo leemos fuera de su contexto de situación, que es una obra de teatro, *El príncipe constante.* Allí tiene todo su sentido. No se conceptualizan las cosas, porque el *estas* primero, al mismo tiempo que la mano del personaje, señala a unas flores presentes, en un momento concreto.)

Entre otros puntos de vista para los comentarios a Manrique, merecen destacarse, finalmente, dos observaciones sobre su estilo. Siempre se ha dicho que su lenguaje es elegante, pero esta palabra no se explica a sí misma. Cernuda ha formulado con bastante claridad dónde reside el valor del lenguaje de las *Coplas.* En ellas, lenguaje hablado y lenguaje escrito coinciden; en Garcilaso, lenguaje hablado y lenguaje escrito comienzan a diverger; en Góngora, lenguaje hablado y lenguaje escrito se oponen [7]. El contexto en que esto se dice añade especial interés a la observación. Otra, de Blecua, es igualmente aclaradora, y se fija en el predominio de sustantivos y el modo de su uso [8].

ANTONIO GÓMEZ GALÁN.

---

5 *Poesías Completas.* Col. Austral, 1949 (5.ª ed.), pág. 300.

6 KAYSER, Wolfgang: *Interpretación y análisis de la obra literaria.* Madrid, 1954; pág. 98.

7 CERNUDA, Luis: *Estudios sobre poesía española contemporánea.* Madrid, 1957; pág. 17.

8 *Historia general de las Literaturas Hispánicas.* Barcelona, 1951; t. II, página 122.

INFORMACION CULTURAL DEL EXTRANJERO

SITUACION ACTUAL DE LA UNIVERSIDAD ALEMANA (*)

DESDE muy distintos puntos de vista pueden formularse enunciados sobre una "situación". Estos, por ejemplo, es posible que sean de carácter histórico, aclarando, en cierto modo, una situación dada desde el ángulo de su génesis u origen, y también puede describirse aquélla relacionándola con las circunstancias momentáneas. En ambos casos, puede procederse por vía de comparación, y también es factible definir una situación en sí, sin referencia alguna extrínseca. Si se trata de la situación de una institución como la Universidad, pueden examinarse su idea y misión, sus bases y premisas espirituales, su esencia o función, lo mismo que su posición jurídica, sus formas de organización o su fundamento económico. No es posible considerar todos estos aspectos *in extenso* en un solo trabajo; sin embargo, intentaremos evocarlos hasta donde sea preciso para trazar un cuadro lo más expresivo y claro posible de la actual situación de la Universidad alemana.

ANTECEDENTES Y ORIGEN DE LAS UNIVERSIDADES EUROPEAS.

En la temprana Edad media, Occidente desconoce las universidades, si bien algunos fragmentos de las llamadas universidades de la baja antigüedad continuaron existiendo hasta el medievo, por ejemplo, en la Escuela de Derecho de Bolonia, que, en el siglo XII, se convierte en establecimiento universitario. De las florecientes escuelas

(*) El presente trabajo es el texto de la conferencia pronunciada por el autor en el Instituto alemán, de Madrid, el día 20 de octubre de 1959. Muchos de los puntos y aspectos abordados constituyen, en la hora presente, problemas y preocupaciones comunes a las universidades del mundo occidental. El profesor MERZ es rector de la universidad de Friburgo de Brisgovia y catedrático de farmacología de la misma desde 1948.—*N. de la R.*

de aquel tiempo en París, donde se estudiaba teología, jurisprudencia, medicina, retórica y dialéctica, surgió la universidad, "madre de madres". Su forma de organización se convirtió en modelo de todas las altas escuelas posteriores. Tenía cuatro Facultades, en las que se hallaban agrupados los respectivos profesores. Especial significación tenía la Facultad de los "Artistas" —hoy día se diría de Filosofía y Letras—, que era preciso cursar para poder estudiar derecho, teología y medicina. De esta manera, la filosofía y lógica, por ejemplo, eran introducidas también en las demás Facultades. El rector, elegido en un principio exclusivamente por las "naciones", es decir, las agrupaciones de estudiantes, de la Facultad de Artistas, pronto reemplazó al canciller, como representante de la autoridad eclesiástica, a la cabeza de la universidad en su conjunto. La universidad de París era, al igual que las que no tardaron en surgir en otras partes, una agrupación espontánea. Esto no excluía que las universidades recibiesen una serie de privilegios pontificios y regios, que les aseguraban cierta autonomía. Otras universidades (a partir del siglo XIII) fueron fundadas por los príncipes o por ciudades acaudaladas, otorgándoseles igualmente privilegios. Siguiendo el ejemplo de la de París, estas universidades ya regulaban con autonomía las cuestiones relativas a la renovación de sus claustros, concedían grados académicos y autorizaban a ejercer la enseñanza.

Las primitivas universidades enseñaban y actuaban de modo diferente a nuestras actuales. La escolástica se servía, en las lecciones, de textos, pero no se limitaba a transmitir el saber autoritario y tradicional, sino que lo interpretaba y discutía. Incluso en el campo de la teología, era posible que, entre límites en modo alguno estrechos, si bien inamovibles, coexistiesen paralelamente diversas doctrinas y opiniones, a veces contradictorias. Lo mismo vale para la filosofía. La dialéctica es ejercitada en las disputaciones, bajo la dirección de los maestros *(magistri)*, mediante la defensa de tesis. Esta forma del diálogo científico —planteamiento y defensa de una tesis contra un opositor— aún hoy día se usa en algunas universidades alemanas en la prueba o examen para la habilitación de un profesor universitario *(Habilitation)*. Un aspecto, empero, era ajeno a la esencia de las primitivas universidades: la investigación y, sobre todo, la investigación experimental. Y también otro extremo se cultivaba en ellas sólo en medida limitada: la formación profesional. Su finalidad y objetivo era la cultura, es decir, proporcionar "el sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad, que el hombre de entonces poseía...; el repertorio de convicciones que había de dirigir efectivamente su existencia" (Ortega).

Existe, por lo tanto, entre las universidades de la alta Edad media y las actuales, un nexo no sólo desde el punto de vista de su organización, sino también en lo que concierne a la enseñanza, y en más de un aspecto nos movemos todavía sobre las bases que se sentaron entonces.

En la baja escolástica no se advierte, en muchas partes, en Alemania ningún cambio fundamental en la estructura ni en el modo de actuar. No es raro que la organización se petrifique en una "estrechez gremial" y que la discusión y disputación degeneren en mero "juego convencional con conceptos"; el profesor universitario transmite de una manera impersonal y reiterativa el saber que corresponde a una imagen fija del mundo.

Más tarde, el ideario de los humanistas hace su entrada en la Universidad, siendo adoptado —sin cambios en los métodos de enseñanza— por las universidades, bastante numerosas y no siempre dotadas de todas las Facultades, que se fundan en los siglos XV al XVII. A estas universidades, incumbe también la tarea de formar para su profesión a los funcionarios superiores que, en medida creciente, van siendo necesarios. Todavía en esa época se mantiene, como forma de organización, la de la corporación académica provista del remate teológico.

La universidad alemana del siglo XVIII.

En el siglo XVIII, queda abolido el latín como idioma empleado para la enseñanza, profundizándose ésta mediante los seminarios. Pero, sobre todo, poco a poco se enseñan en las universidades también las llamadas ciencias empíricas, es decir, disciplinas especiales de carácter puramente secular, con lo que éstas adquieren una nueva significación para la sociedad. Pero, con ello se va sembrando al mismo tiempo el germen de una expansión que incluso encierra ya el peligro de atomización o disgregación. Se iniciaron entonces —en Alemania, sobre todo, a ejemplo de la universidad de Gotinga, fundada en 1737— acusadas tendencias reformistas. En primer término, pasaron a figurar ahora las ciencias de la naturaleza, la filología clásica, la historia y el derecho positivo. Estas disciplinas ya no estaban coordinadas en el marco de la teología. El ideal era que el universitario culto reuniese el dominio de las ciencias aisladas, el de la investigación científica y la preparación para una profesión práctica. A pesar de que, en lo material, el Estado cuidaba de las universidades, gozaban éstas, como corporaciones, de una amplia independencia.

En cuestiones de enseñanza, concesión de grados, provisión de cátedras y renovación de sus claustros de profesores, las Facultades tenían autonomía. Sus peticiones eran armonizadas en el "senado", que se componía de representantes de las Facultades. *Primus inter pares* era, como jefe de la universidad en su conjunto, el vicerrector electo, ya que la dignidad de rector correspondía entonces al soberano.

La obra de Guillermo de Humboldt.

El desarrollo histórico de las universidades alemanas termina, en una primera etapa, con la forma que le dio Guillermo de Humboldt y que cristalizó, por vez primera, en la fundación de la universidad *Friedrich-Wilhelm* de Berlín (1810). En ella se recogió y perfeccionó el modelo de Gotinga. Este nuevo tipo de universidad, que también se ha calificado de idealista, ha sido imitado con frecuencia dentro y fuera de Europa. La Universidad alemana había sido quebrantada, hacia 1800, por determinadas repercusiones del racionalismo, que coincidían en el tiempo, aunque, sin duda, no por azar, con la amenaza exterior que, para aquélla, representaban las conquistas napoleónicas. Empezaron a escucharse voces pidiendo la separación de la enseñanza e investigación en universidades, por una parte, y academias, por otra, así como la disgregación de las universidades en escuelas especiales. Como fruto del espíritu del idealismo clásico y del realismo romántico se produjo, hacia 1810, la renovación de la idea de la Universidad, es decir, como resultante de auténticas tensiones, que ésta se ha incorporado, y que, desde entonces, alberga en su seno. Sin embargo, en un punto único y esencialísimo hubo y sigue habiendo comunidad y uniformidad de criterios: en el respeto a la unidad moral del saber, que es tanto como decir respeto a la unidad de la Universidad. Habremos de volver todavía sobre esta idea humboldtiana de la Universidad; aquí, nos limitaremos, de momento, a citar brevemente sus principales aspectos de organización. Todas las Facultades de una universidad alemana tienen los mismos derechos; el claustro docente se amplía con los encargados de curso *(Dozenten)*, las cátedras pueden ser provistas sin reparar, para los nombramientos respectivos, en las fronteras nacionales. La prueba de madurez de los centros de enseñanza media, especialmente de los "gimnasios" humanísticos, se implanta, con carácter uniforme, como condición para tener acceso a la Universidad. En ésta y en todos sus institutos rigen, por principio, la libertad de enseñanza y la de estudio. Pertenece a la *esencia* de la Universidad el que todos sus miembros —por

lo tanto, también los estudiantes— se dediquen a la *investigación y enseñanza.*

Con toda seriedad puede y debe plantearse la cuestión de si la concepción humboldtiana es todavía aplicable en nuestros días y si no se convertirá en "preciosa reliquia", en el supuesto de que no se la habilite para insertarse en el futuro que, en este caso, realmente ha comenzado ya. Ahora bien: como quiera que esa inserción tiene que producirse en forma de evolución, parece conveniente examinar más de cerca, en algunos de sus rasgos esenciales, la base de semejante desarrollo, o sea, la idea de la Universidad tal como la concibiera Humboldt; y esto también por la razón de que las universidades alemanas, incluso en sus Constituciones y estatutos de época muy reciente, están marcadas por su impronta o bien orientadas por aquélla. Como misión de la Universidad, se señalan "la investigación y enseñanza científicas, así como la formación y preparación técnica de la juventud estudiante". "Esta misión, la universidad la cumple como una comunidad de los que enseñan y los que aprenden", adoptando la forma de "corporación de derecho público". Sin perjuicio de la libertad de investigación y enseñanza, garantizadas por las Constituciones de los Estados alemanes y la de la República federal de Alemania, el Estado vigila a la Universidad, emplea al profesorado y al personal auxiliar técnico y cuida de que aquélla reúna las condiciones materiales necesarias (locales, inventarios, medios de investigación y enseñanza). Existen, en las universidades, generalmente cinco Facultades y, a veces, seis. Con sus institutos, seminarios y clínicas, deben cumplir las tareas que les incumben en el ámbito de la enseñanza y el de la investigación. Cuando una cátedra haya quedado vacante o deba ser creada, las Facultades someten al ministro de Educación, por conducto del rector, una lista en que figuran generalmente los nombres de tres candidatos, sobre la cual debe pronunciarse el "senado", al que corresponde cuidar de los intereses generales de la Universidad. Basándose en esta lista —y normalmente por el orden en que las personalidades han sido propuestas—, el ministro invita al nuevo catedrático a desempeñar su cargo. De esta forma, el cuerpo docente se va renovando por sí mismo llamando a nuevos catedráticos, al igual que por el derecho, reservado con carácter exclusivo a las Facultades, de otorgar a jóvenes científicos la autorización para enseñar *(venia legendi)*. El rector que, lo mismo que los decanos de las Facultades, es elegido por un año y no requiere ser confirmado en su cargo, por ejemplo por el ministro, es el presidente del "senado" y representa a la Universidad en el exterior en todos los asuntos que afectan a la institución como totalidad;

también le incumbe dirigir la administración estatal de la enseñanza, en tanto ésta haya sido delegada, por el Estado, en la Universidad, en sus asuntos propios.

Los estudiantes son miembros de la comunidad académica, extremo que conviene recalcar de modo especial. Dentro de esta comunidad, constituyen una unidad, con estatutos propios, elaborados por ellos y aprobados por el "senado". Al cuerpo estudiantil corresponde administrar por sí sus propios asuntos; también puede manifestar su criterio en cuestiones que tengan una repercusión directa, por ejemplo, sobre los estudios. Sus representantes son llamados a participar, con voz consultiva, en las sesiones del "senado" en que se examinen asuntos relaciones con los estudiantes.

Así, pues, el estatuto o Constitución de una universidad alemana está impregnado aún hoy día de algunos rasgos esenciales de la idea humboldtiana de la Universidad. Constituye un problema discutido continuamente con gran detenimiento y desde muchos ángulos, si esta concepción de la Universidad, al menos en sus características fundamentales, es todavía adecuada a nuestra época y si aún se corresponde con la situación actual de la Universidad alemana. Ciertamente, en los ciento cincuenta años transcurridos desde la fundación de la universidad de Berlín, bastantes aspectos de esa idea han experimentado cambios. Así, por ejemplo, en los años de transición del siglo XIX al XX, se discutió acaloradamente si los bachilleres que habían terminado sus estudios en un centro de enseñanza media en cuyo plan de asignaturas el latín y el griego no figuraban con la amplitud con que se cursaban en los "gimnasios" humanísticos, debían ser admitidos en las Facultades de derecho. Se temía que semejantes "tendencias empirizantes" tendrían que conducir a una "casta de operarios" y que, si se fraccionaban la unidad de la cultura y sus fundamentos, "se entregaba la cultura espiritual, en su totalidad, a la ruina" (citado según Wucher).

CULTURA Y ESPECIALISMO.

¿Qué significa unidad de la cultura, y cultura, en general? Ortega tiene ciertamente razón cuando dice que no se puede ser "culto" en física o matemáticas; en tales materias, sostiene, se es "sabio". Y continúa diciendo que, si un hombre de las clases sociales directoras ignora lo que el cosmos físico significa hoy día para el europeo, ese hombre será un perfecto bárbaro; y de tal califica también a todo técnico que *sólo* sea especialista. La cultura es algo más amplio; es la posesión de ideas claras y firmes sobre el universo y de con-

vicciones positivas acerca de la esencia de las cosas y del mundo. Es "el sistema vital de las ideas en cada tiempo". En nuestros días, la instrucción y cultura proceden, en su mayor parte, de la ciencia; el conocimiento científico en particular o, dicho de otro modo, la instrucción técnica especializada es, sin duda, un elemento de cultura, y el especialista se encontrará en el mejor camino de convertirse en hombre culto si se esfuerza por conocer la importancia y acotar el lugar que corresponden a su especialidad en nuestra época. Facilitarle para ello, y en forma adecuada, las ayudas necesarias, es una de las tareas urgentes, pero también más difíciles, de las escuelas superiores de rango universitario. Ya al estudiante *joven* será posible hacerle ver este cometido: mas es probable que sólo pueda abordarlo seriamente quien, en el estudio de sus especialidades, haya aprendido a distinguir lo esencial de lo accesorio, sepa abstraer y no se pierda en detalles. La libertad de estudio, que es norma en las universidades alemanas, con su mínimo de coacción escolar, parece brindar todavía las óptimas oportunidades para esa formación cultural.

Para Humboldt, la ciencia y la investigación y, con ellas, la búsqueda afanosa de la verdad, constituyen el objetivo primordial y la finalidad genuina de la Universidad. En las conocidas controversias de eminentes espíritus científicos de aquella época con el Gobierno —junto a Guillermo de Humboldt, habría que citar, en primer término, a Schelling, Fichte, Schleiermacher y Steffens—, sólo de mal grado se accedió a que las universidades sirviesen a la formación de las personas que se necesitaban especialmente para las funciones estatales, declarando que una universidad solamente podria asumir esta tarea si semejante formación podía derivarse directamente del cultivo de las ciencias. Con otras palabras: se estimaba que únicamente la preparación científica para una profesión práctica estaba en armonía con el sentido de la Universidad, mas no la formación en la profesión misma. Esta concepción es la que, en lo esencial, sigue perdurando en la actualidad: no puede ser misión de la Universidad instruir, ni mucho menos adiestrar, para cualesquiera profesiones prácticas. Lo mismo antes que ahora, su finalidad es proporcionar los fundamentos científicos para las mismas; sus exámenes, es decir, las llamadas pruebas académicas, son exámenes científicos finales y no pruebas de aptitud para el ejercicio de una profesión.

El exceso de estudiantes.

Las dificultades actuales, casi cabría decir el agobio de estos tiempos, radican en que las escuelas superiores apenas pueden ya aten-

der de manera igual y ponderada a su triple misión de investigación, enseñanza —que profese de una manera viva los resultados de la investigación y continuamente se oriente por los mismos— y de preparación científica para la profesión, proporcionada de este modo. Todas las ramas de la ciencia consideran uno de los problemas más importantes resolver este problema. Su causa más inmediata es el enorme aumento del censo de estudiantes.

La afluencia masiva a las escuelas superiores de categoría universitaria se basa, en parte, en exigencias *reales* de la sociedad moderna; pero, en parte, también está determinada por el hecho de que, para muchas actividades de la vida pública, se exigen hoy día calificaciones académicas que, en rigor, no son necesarias para las mismas. La "avalancha estudiantil" es favorecida, además, por los cambios de la estructura social y la nivelación social que hemos experimentado; hace mucho que han desaparecido los privilegios de clase en punto a cultura y formación universitarias. Un régimen de becas que no se vigilara con el mayor esmero y que no sólo beneficiase a los mejores, no haría sino incrementar la aglomeración en las universidades. Frente a las masas de estudiantes, se cuenta con un contingente, con mucho, demasiado exiguo de personal docente —catedráticos, profesores y encargados de curso— cuyo número, por multitud de razones, no puede aumentarse rápidamente en proporción adecuada al censo de estudiantes, al menos no por el procedimiento usual.

Por ello habrá que examinar cuidadosa y seriamente si, para todos los círculos que hoy día afluyan a la Universidad y para todos los que requieren ser instruídos en los *resultados* de la ciencia, el estudio precisamente en las escuelas superiores de rango universitario es el medio más adecuado, y si no será aconsejable crear, al margen de las universidades, escuelas especiales de elevado nivel para la formación en aquellas profesiones que, para su ejercicio, si bien requieren determinadas técnicas fundadas científicamente, no necesiten de la investigación científica como tal. Porque una parte muy considerable de los estudiantes actuales, en efecto, sólo desea, apoyada meramente en los resultados científicos, capacitarse para una profesión sin estar interesada en la labor científica de investigación propiamente dicha. Mas, de esta manera, falta el genuino sentido de un auténtico estudio universitario. La *Universitas litterarum,* la unidad de la ciencia en las universidades, se podría salvaguardar y mantener mejor si de ella formasen parte, también en calidad de *estudiantes,* únicamente quienes estuviesen capacitados y dispuestos para servir por sí mismos a la ciencia como investigadores o, al menos —al

salir de la Universidad y entrar en la vida—, a determinar su propia posición y la de su quehacer en aquélla, por haber aprendido a relacionar de una manera correcta la ciencia con los problemas de la existencia.

ENSEÑANZA E INVESTIGACIÓN.

Y aún viene a añadirse a lo anterior un segundo aspecto: cuanto más el personal científico de las universidades sea absorbido por puras tareas docentes, tanto menos puede dedicarse a la investigación. El estímulo, procedente de la técnica, la economía y la vida pública, para ocuparse en cuestiones científicas, puede o podría conducir a que, en mayor escala todavía que hasta ahora, se crearan instituciones de investigación pura al margen de las universidades, que, precisamente por la ausencia de las obligaciones inherentes a la actividad docente, que tanto esfuerzo, trabajo y tiempo exigen en las universidades, harían que los jóvenes investigadores más productivos, calificados y entusiastas abandonasen sus tareas docentes universitarias —con sus numerosas y frecuentemente engorrosas obligaciones de examinar— y trabajasen en esos institutos de investigación pura. La función, que se va perfilando cada vez más nítidamente, de la escuela superior como establecimiento de enseñanza, exige urgentemente la creación de centros especiales para aquellas personas que hayan de atender, en primer lugar, a esa tarea de la enseñanza profesional. Deben madurarse bien estos extremos si no se quiere que las universidades se conviertan poco a poco, pero cada vez más, en un conglomerado de escuelas técnicas o profesionales, en las que ya no sea posible el cultivo de las ciencias por la investigación ni la genuina preparación científica para las profesiones universitarias, que sólo es concebible en conexión con aquél. Así como para los establecimientos de formación profesional extrauniversitarios cabe aceptar un plan de estudios de duración limitada, si bien con una rigurosa base científica, para el estudio universitario debe conservarse su forma tradicional, la libertad de estudio, o sea: la responsabilidad del estudiante ante sí mismo, ya que sólo esta libertad se corresponde con la libertad de enseñanza de los catedráticos.

Sin embargo, no puede ignorarse que, en la situación actual, la libertad de estudio y la de enseñanza ya no existen en su forma absoluta, aunque sea por el sólo hecho de que un número considerable de las pruebas que rematan los estudios universitarios son "exáme-

nes de Estado" (por ejemplo, en el caso de los juristas, médicos, farmacéuticos y catedráticos de enseñanza media). El nivel de conocimientos exigido en estas pruebas lo fija, en definitiva, el Estado, aunque asesorado por las escuelas superiores y otras corporaciones. Significa esto que la Universidad —si quiere ayudar a los estudiantes de tales carreras y cumplir con la tarea de la preparación profesional científica en el interés de la generalidad—, por lo menos, tiene que tener en cuenta los reglamentos estatales de exámenes, ofreciendo todos los elementos que permitan al estudiante sintetizar, con su propio trabajo intelectual, lo que el reglamento respectivo exija de él.

Universidad y Estado.

También en otras esferas, el Estado puede interferirse eficazmente en la libertad de la investigación y enseñanza sin recurrir a la coacción de la ley ni a normas administrativas que, como es sabido, le están ambas vedadas por el fuero fundamental de la Universidad alemana. De tales posibilidades hay que mencionar, por ejemplo, todas las que se desprenden de la situación de dependencia económica de las universidades con respecto al Estado. En su mano está, en gran medida, en qué forma quiere dotar a las universidades existentes en los aspectos personal y material. Estudiará hasta qué punto y en qué dirección está en condiciones de hacerlo. Puede dar satisfacción a determinadas necesidades de la investigación y enseñanza con preferencia a otros, y llevar a cabo, de este modo, un cierto encauzamiento. De ello pueden resultar tensiones que, sin embargo, es posible que, también para la Universidad, sean útiles por cuanto ésta, una y otra vez, se verá obligada de esta manera a revisar qué es lo más urgente para sus fines y metas. Y así, llegará a tener conciencia de que posee su libertad, no en contra del Estado, sino dentro del mismo, y que las mutuas esferas de acción sólo pueden ser delimitadas por una colaboración confiada, con comprensión y tacto, y que únicamente de esta manera es posible resolver también los problemas mismos. Sin embargo, existe de esta forma la posibilidad de un intervencionismo estatal en la enseñanza e investigación, al menos en lo que concierne a su extensión.

Mas, por otra parte, el Estado tiene un bien entendido interés en salvaguardar y respetar la libertad de la Universidad en las esferas de la ciencia, investigación y enseñanza. Investigar significa "buscar, en el conocimiento de lo que es, la verdad que valga para *todos*"; por causa de esta verdad, el Estado confirma a la Universidad, ya que, por ella, ve corroborada su propia existencia (Jaspers). Ahora bien: un

sistema político que no conozca la autolimitación ni la autocrítica, que, antes bien, tema las consecuencias de la investigación de la verdad, jamás consentirá una auténtica Universidad. Semejante Estado procurará por todos los medios que, en sus llamadas universidades, se manifieste, sobre todo, la ideología que lo inspira y valerse de la Universidad como instrumento de propaganda, al que, en cierto modo accesoriamente, estarán acopladas escuelas superiores técnicas con la menor comunicación posible entre sí. Éstas tendrán entonces por misión amaestrar a los especialistas que sirvan a las necesidades de su sociedad y Economía, y que, dentro de sus respectivas especialidades, sin duda pueden ser autores de valiosas realizaciones.

La amenaza del especialismo.

Acabamos de señalar el peligro que amenaza a la *Universitas litterarum* por el exceso del número de estudiantes. Un segundo peligro, no menos grave, se cierne sobre esta *Universitas* a resultas de la evolución misma de las ciencias. Se trata de la cada vez más acentuada diferenciación y subdivisión de las disciplinas, que se aprecia no sólo en las ciencias de la naturaleza —si bien aquí, más perceptiblemente—, sino también en el ámbito de las del espíritu. Ya desde el punto de vista de la organización, este hecho provoca ciertas dificultades. En las ciencias naturales, por ejemplo, los distintos institutos son los centros de investigación y enseñanza propiamente dichos, y no sólo meros apéndices, sino partes integrantes necesarias de toda universidad moderna (Raiser). La tradición de autoadministración de las universidades no era, sin embargo, a fines del pasado siglo —fecha desde la cual los institutos comenzaron a desarrollarse hasta alcanzar su actual importancia— lo suficientemente sólida para que los mismos quedaran encuadrados en el organismo universitrio. Aún hoy día, es la regla que catedráticos numerarios de universidad sean nombrados directores de instituto. En estos nombramientos, las Facultades no intervienen *de iure*. Una vez nombrado, el director es responsable de su gestión del instituto, no ante la Facultad ni ante otros órganos de la Universidad, de administración autónoma, sino, en rigor, únicamente ante las autoridades de control del Estado. El director de un instituto decide sobre el empleo y despido de auxiliares científicos y otros colaboradores, que están sometidos exclusivamente a sus instrucciones; y también le incumbe dirigir con carácter exclusivo —sin la cooperación de las Facultades, por ejemplo— la administración del instituto con miras a su plan de tra-

bajo. De esta manera, podrían desarrollarse en el cuerpo de la Universidad algo así como órganos independientes que ya no guardarían una correcta relación con el conjunto y llevarían una existencia más o menos desligada que podría llegar a resultar perjudicial para el "espíritu corporativo". Apenas será posible eliminar esta eventualidad por un mero cambio del estatuto jurídico de los institutos, sino sólo robusteciendo, en todos los miembros de los mismos, su conciencia de pertenecer a la corporación universitaria.

De modo especial, esto vale también para los estudiantes, jóvenes o mayores, que trabajan en esos institutos y que con harta facilidad propenden a sentirse exclusivamente químicos, físicos o mineralogistas. Ciertamente habrán de aprender y ejercitar el método del trabajo intelectual y de la investigación científica en sus respectivas disciplinas, e incluso en campos especiales del saber, sólo que, no por ello, deberán perder la visión sobre y para la ciencia en sí y su unidad en la cultura. Porqué esto es lo que corresponde a la evolución de la ciencia, que depende del *ethos* del especialismo, cuyo alto valor —precisamente para el progreso de los conocimientos— no debiera subestimarse.

Nuevas tareas.

Un examen de todos los aspectos de la situación de la Universidad alemana actual rebasaría los límites de este trabajo; por ello, sólo hemos podido señalar algunos de los más esenciales.

Sin duda, las universidades del mundo de hoy, en su totalidad, se enfrentan con nuevas tareas que afectan su propia existencia (Tellenbach). Tal vez los problemas así planteados conciernan a las universidades alemanas más que a las de otros países, por seguir aferradas al principio de la unidad de sus dos funciones: la investigación científica y la enseñanza basada en la misma. Por esta razón, se enfrentan tanto con cuestiones relativas a la adecuada organización de la investigación como con problemas de formación, y en modo alguno quieren olvidar a este respecto la cultura. Los centros docentes de rango universitario que, por sus misiones y metas, consideramos como instituciones internacionales occidentales, aunque trabajen dentro del recinto de una nación y, sin duda, preferentemente para la misma, siguen figurando, en Alemania, entre los establecimientos de investigación más productivos. La opinión pública alemana, y muchos de los principales estadistas, políticos y jefes de la Economía, están perfectamente percatados de que la investigación y la educa-

ción y formación científicas deberían y necesitan ser dotadas de un modo sustancialmente diferente. Esto no se refiere tan sólo a la inversión de recursos financieros, sino igualmente a un esfuerzo intelectual que, aunque exento de prejuicios e incluso audaz, tenga por objeto, de manera cuidadosamente meditada en cada caso, las formas de organización y enseñanza. Se está estudiando actualmente una adecuada cooperación entre la República federal alemana, los diferentes Estados alemanes *(Länder)*, la Economía y la ciencia para fomentar la investigación y enseñanza. Sobre la base de las experiencias hechas en otras partes, importa evitar los peligros del dirigismo, las alteraciones del equilibrio, tanto de la ciencia misma como de las proporciones entre sus diferentes disciplinas, así como el empleo desacertado de los recursos. La mejor manera de conseguirlo será que, en todas las deliberaciones futuras, persista la atmósfera de confianza entre las partes interesadas que se manifestó en los primeros comienzos y que responde a la gravedad del problema; que, por los sabios y catedráticos, sea respetada plenamente la responsabilidad democrática de los políticos, y que, por otra parte, el Estado abandone el ordenamiento interno de las corporaciones científicas y sus instituciones, como materia de su propia incumbencia, a las universidades y demás escuelas superiores de rango universitario y las academias.

KURT WALTHER MERZ.

(Traducción del alemán por Francisco de A. Caballero.)

BIBLIOGRAFÍA.

TELLENBACH, G.: *Tradition und Neugestaltung der Universität* (Festvorträge bei der Jubiläumsfeier der Universität Freiburg, 1957). Friburgo, 1957.

JASPERS, K.: *Die Idee der Universität*. Berlín y Heidelberg, 1946.

Mitteilg. d. Hochschulverbandes, 7, núm. 3 (1959).

Ibíd., 7, núm. 4/5 (1959).

Schriften des Hochschulverbandes, fasc. 3. Gotinga, 1953.

ORTEGA Y GASSET, José: *Misión de la Universidad*. Espasa-Calpe, 1936, "Obras", volumen II.

PLESSNER, H.: *Untersuchungen zur Lage der deutschen Hochschullehrer*, vol. I. Gotinga, 1956.

Die Idee der deutschen Universität. Publ. por E. Anrich. Gotinga, 1956.

RAISER, L.: *Die Universität im Staat. Schriften des Hofgeismarer Kreises*. Heidelberg, 1958.

LITT, Th.: en *Universität und moderne Gesellschaft*. Publ. por Ch. Dr. Harris y M. Horkheimer. Francfort, 1959 (págs. 41 y sigs.).

THIEME, W.: Ibíd., págs. 38 y sigs.

GERBER, H.: *Dtsch. Univ. Ztg.*, 1958; fasc. 12, pág. 719.

Comentarios de actualidad

II SEMINARIO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE PRENSA SOBRE INTEGRACIÓN ECONÓMICA EUROPEA

A principios de octubre del pasado año, el Instituto internacional de Prensa (IIP) organizó en Bruselas una reunión de estudio para examinar el estado actual y los progresos de la integración y cooperación económica en Europa. El instituto, cuya secretaría permanente tiene su sede en Zurich, había convocado ya en otoño de 1958 el primer seminario de este tipo, en Luxemburgo; así como éste se había ocupado, más que nada, de la estructura y los problemas generales de las organizaciones supranacionales europeas en el sector económico (OECE, mercado común, CECA y Euratom), los participantes en el seminario de Bruselas —una veintena de ponentes y medio centenar de periodistas de varios países— se consagraron a examinar los problemas concretos planteados en la hora actual a esos organismos y los países que los integran. Entre los ponentes, todos sobremanera calificados para la exposición de los respectivos temas, figuraban el profesor W. Hallstein, presidente de la comisión de la Comunidad económica europea; Fritz Berg, que lo es de la Asociación federal de la industria alemana; George Villiers, quien ocupa este cargo en el *Conseil national du Patronat français;* sir Paul H. Gore-Booth, del *Foreign Office* británico; el profesor Van Tichelen,

del ministerio belga de Economía; René Sergent, secretario general de la OECE, y Dirk Spierenburg, vicepresidente de la Alta Autoridad de la CECA, por citar sólo a los más destacados. Los debates que siguieron a la lectura de las ponencias fueron dirigidos con pericia y energía por el vicedirector de IIP, doctor L. F. Tijmstra.

El seminario de Bruselas —a través de sus conferencias y discusiones— ha permitido obtener una clara visión de conjunto de la índole y envergadura de los problemas fundamentales con que se enfrenta la integración económica europea en su fase actual. Así, resultó superlativamente interesante escuchar de labios del profesor Hallstein que las industrias privadas de los seis países del mercado común están animadas de un dinamismo que hará necesario acortar en su mitad el prudente plazo de doce a quince años que los tratados de Roma, que instituyen la Comunidad económica europea, habían establecido como período de transición hasta llegar a la integración completa y la total eliminación de trabas, barreras aduaneras y discriminaciones entre los seis países asociados. La industria privada ha realizado con tal diligencia los necesarios reajustes estructurales e imbricaciones de empresas de diferente nacionalidad, con miras a las nuevas condiciones de competencia creadas por el gran espacio económico que representa el mercado común europeo, que esta evolución —que supera las máximas esperanzas de la hora fundacional— presionará sobre todo el sistema en el sentido de acelerar, también institucionalmente, una integración más rápida que la prevista. Las asociaciones entre grandes empresas privadas alemanas, francesas, belgas e italianas —unidas a una racionlización y automatización paralelas de los procesos de producción— han dado lugar a que surgieran grandes consorcios europeos con participaciones plurinacionales, cuyo conjunto representa, ya hoy día, una amenaza cierta de rivalidad para la industria norteamericana en no pocos sectores. Esta situación se refleja en el hecho de que las grandes empresas de Estados Unidos, esforzándose por conservar sus mercados europeos y su capacidad de competencia (y no sólo en el viejo continente), se apresuran con ritmo creciente a crear fábricas y sucursales en Europa y a asociarse estrechamente con las firmas más representantivas en muchos ramos.

Sin embargo, no todo se desarrolla en el ámbito de la cooperación económica europea con el dinamismo con que las industrias privadas proceden a adaptarse a la nueva situación. La parte de los debates dedicada a la "Crisis del pensamiento supranacional" no se ocupó únicamente de cuestiones estrictamente económicas —como la crisis de la minería del carbón y las dificultades para hallar un procedimiento común y solidario para obviarla—, sino también de sus im-

plicaciones políticas e ideológicas. En lo puramente económico, las causas profundas de las dificultades con que se enfrente la salida de las crecientes reservas de carbón en los países de la CECA, especialmente Alemania y Bélgica, no fueron abordados sino someramente: entre aquéllas debe registrarse principalmente la creciente utilización del petróleo y gas natural como combustibles que van desplazando la hulla de sus aplicaciones tradicionales en la energética. Esta utilización masiva de hidrocarburos líquidos y gaseosos —y las mayores disponibilidades de carbón— han hecho también que los ambiciosos proyectos del Euratom —la organización de los seis países del mercado común para la explotación cooperativa de la energía nuclear—, que preveían en un principio 15.000 megavatios de potencia electronuclear instalada para 1967, se hayan reducido a 2.000 ó 3.000 megavatios, todo lo más, en 1965, teniendo en cuenta que, hoy por hoy, la producción de energía eléctrica resulta mucho más económica por los procedimientos convencionales (centrales térmicas, geotérmicos e hidroeléctricas) y que la disponibilidad de combustibles parece asegurada para los próximos años.

Y aún hay otras dificultades que se cruzan en el camino de la progresiva integración económica, suscitadas, empero, por consideraciones extraeconómicas. La crisis del pensamiento europeísta en algunos de sus aspectos institucionales y, por ende, políticos, puso sobre el tapete del seminario bruselense del IIP la bella fórmula de la "Europa de las patrias", tan cara al ala derecha del conservadurismo francés y a sus círculos afines en otras partes. La "Europa de las patrias", grandes y chicas, es aquella en que parecen querer abroquelarse —rodeándose de adjetivos y calificaciones respetables y biensonantes— quienes se oponen a ceder a las grandes organizaciones supranacionales aquellas parcelas de la tradicional soberanía nacional de cada país de que será preciso desprenderse en aras de la integración europea, ya sea ésta económica o política. Detrás del concepto retórico, manejado con sorprendente entusiasmo por algunos, se tiene la impresión de que se esconde todo un arsenal de chauvinismos, nostalgias y temores, ataviados de pura ética, que tratarán de interponerse en la inexorable marcha del acontecer histórico. *Ducunt fata volentem*...

El tercer punto de importancia examinado en Bruselas fue la posible asociación de la pequeña zona de libertad comercial (Gran Bretaña, Suecia, Dinamarca, Noruega, Suiza, Austria y Portugal) —entonces aún en ciernes— con el mercado común. Fue éste el aspecto menos alentador de cuantos se pusieron a discusión, pues resultó claramente que ya entonces no existía la fundamental disposición, por parte de ninguno de los dos grupos, de llegar a un acuerdo e integrarse en una "zona grande" de libertad comercial. Fue, sobre todo,

uno de los pocos ponentes franceses, M. Villiers, quien reiteró enérgicamente la negativa de la industria francesa a aceptar semejante incorporación o asociación. Ahora bien: desde entonces a esta parte, la coordinación entre "los seis" y "los siete" ha progresado poco. He aquí, pues, un auténtico riesgo para la unidad europea, ya que una rivalidad abierta sería ruinosa y sólo podría beneficiar a las potencias que, desde el Este, acechan para explotar cualquier flanco descubierto y vulnerable. La aproximación entre los dos grandes bloques económicos será probablemente lenta y fruto de arduas negociaciones. El día que su asociación sea un hecho, marcará uno de los grandes hitos en el camino de la integración europea.

F. DE A. C.

UN MINISTRO DE CIENCIAS EN INGLATERRA

DESDE hace unos meses, lord Hailsham desempeña, en el Gobierno británico, una función verdaderamente insólita. Se trata, en efecto, del primer ministro de Ciencias y Tecnología que registra la historia política del país. La finalidad del nuevo puesto de Gobierno es la promoción del desarrollo científico y técnico de la nación. Para ello, el nuevo ministro acentuará la importancia de la ya existente Comisión asesora de la Investigación y coordinará las actividades de la Dirección de Energía atómica, el Departamento de Investigación científica e industrial, los Consejos de Investigación médica, agrícola y de ultramar, la conservación de los recursos naturales y la colaboración británica en la investigación del espacio.

Como es lógico, nada puede decirse aún acerca de los frutos de esta innovación política británica, cuyos resultados se observarán a largo plazo. Cabe señalar, eso sí, que la iniciativa es compartida en sus líneas generales por los dos grandes partidos políticos del país, así como que otras naciones, como Norteamérica y Francia, estudian desde hace tiempo proyectos similares.

En principio, desde luego, la innovación parece responder a una necesidad obvia. Al describir sus funciones, lord Hailsham se apoya en el hecho básico de que "en Inglaterra, la ciencia roza cada día más con la vida". Dada la estructura política de Gran Bretaña, esto supone que gradualmente la ciencia se convierte *eo ipso* en un asunto más político cada vez, de cuyo desarrollo, orientaciones y consecuencias no puede desentenderse el Gobierno. Un importante paso hacia

la consecuente intervención gubernamental es el nombramiento de un ministro de Ciencias, con atribuciones y responsabilidades un tanto generales, como corresponde a un período de tanteo.

La fuerte tradición de libertad académica que, por fortuna, existe en Gran Bretaña, puede contribuir a moderar las ambiciones intervencionistas del nuevo estilo político que, poco a poco, parece ir adueñándose del mundo entero. Sin duda, en la sociedad técnica de nuestros días, en esa vida "crecientemente afectada por la ciencia" a que hace referencia el nuevo ministro inglés, es precisa una labor central de coordinación que sólo puede desarrollar el Estado. Esto es así en todos los países, tengan o no detrás una tradición académica democrática. La diferencia estriba en que los países donde una tradición de libertad intelectual ha permitido el florecimiento de grupos e individuos con un fuerte sentimiento de autonomía y responsabilidad, la intervención del Gobierno puede hacerse de acuerdo con las directrices de esa tradición y apoyada por ella. Por el contrario, en los países donde esa tradición no existe, o es atropellada por el Estado, la labor ordenativa del Gobierno se desarrolla con características muy diferentes, poco favorables, por lo general, al desenvolvimiento de la creación intelectual y científica. A juzgar por los comentarios de las revistas científicas inglesas, por las declaraciones del propio lord Hailsham y por la posición un tanto ambigua que ostenta el nuevo ministro (*no* se trata de un auténtico ministerio, en realidad), el Gobierno inglés ha dado este nuevo paso hacia la ordenación estatal de la actividad científica sin abandonar el camino democrático seguido hasta ahora.

En sus declaraciones de hace unos meses [1], lord Hailsham refleja, en efecto, esta preocupación por conciliar el orden nacional con la espontaneidad individual y la tradicional autonomía de las instituciones existentes. Repetidamente hace alusión a su firme propósito de no "interferir" con la integridad e independencia del mundo científico inglés. Levemente habla de una orientación general —"*general guidance*"— que quizá pudiera ejercer desde su nuevo puesto, contando naturalmente con que los hombres de ciencia le ayuden a formular y resolver los inevitables problemas políticos que plantea hoy en día el desarrollo de la ciencia y de la técnica. Su papel es, sobre todo, obtener una visión general de las actividades científicas parciales que se llevan a cabo en el país, facilitar la comunicación entre los centros y personas que realizan semejantes actividades, y ayudar

---

[1] *The First Minister for Science*, por el Viscount Hailsham, Q. C., Lord Privy Seal and Minister for Science. "Nature", 24 de octubre de 1959, vol. 184, número 4.695.

a que las relaciones entre los organismos y el Gobierno sean más intensas y claras. No se trata de absorber las responsabilidades científicas de los distintos ministerios, concentrándolas todas en uno, sino de unificar información y coordinar actividades hasta ahora poco conectadas entre sí. En definitiva, se advierte que lord Hailsham trata de conciliar, con esa habilidad para el "compromiso" tan propia de los políticos británicos, fuerzas y criterios que son en cierta manera antagónicos, aunque inevitables. "Mi propósito —son palabras textuales del nuevo ministro— es articular y dar coherencia a la voz de la ciencia bajo el estímulo del Gobierno, y en realidad, hacer que la ciencia se gobierne a sí misma bajo la inspiración gubernamental."

Lord Hailshman y la política inglesa han avistado el dilema que se cierne sobre todos los países avanzados. A saber: el hecho de que la autonomía académica fomenta el desarrollo de la ciencia, pero el progreso científico amenaza a su vez la posibilidad de tal autonomía. El problema no es nuevo ni exclusivo de Inglaterra. Ya se sabe que el éxito mismo de la investigación científica, las mismas consecuencias técnicas de su desarrollo, provocan en todas las sociedades modernas medidas intervencionistas muy diversas, y no siempre, ni mucho menos, procedentes de la esfera de la política. Con su fino sentido político, empero, Gran Bretaña se anticipa a los acontecimientos y se prepara para resolver gradualmente —y con la cooperación de todas las partes interesadas— un problema tan vital como es el de hacer compatible el orden social con la libertad científica.

Hasta ahora, y por lo que cabe juzgar desde fuera, la actitud del Gobierno inglés es prudente y francamente cooperadora. La única medida administrativa de importancia parece ser que consiste en intensificar, como ya hemos indicado, las actividades de la ya existente Comisión asesora de la Investigación, que actuará de órgano coordinador y mediador entre el mundo científico y el gubernamental. Es muy pronto aún para juzgar la eficacia del nuevo sistema, cuyos resultados sólo podrán estimarse a largo plazo. Pero con todo, algo hay acerca de lo cual ya puede darse un parecer fundamentado. Nos referimos, claro está, al hecho mismo de que el Gobierno inglés se plantee seriamente este problema, adopte medidas para resolverlo, y lo haga con un gran espíritu de respeto y comprensión para esa esfera de la vida social que se llama "la cultura". Porque sólo con una cultura libre, que espontáneamente colabora con el Estado en la tarea de ordenarse a sí misma dentro de la estructura social, será posible lograr que la espontaneidad de la creación intelectual y el orden social convivan dentro de un mundo progresivo.

J. L. P.

Noticiario de ciencias y letras

En el pasado año se cumplió el **II centenario del Museo británico,** de Londres. La famosa y riquísima colección de antigüedades y objetos de arte tuvo su origen en la donación que, en 1759, hizo sir Hans Sloane de su colección privada a la nación inglesa. Este primer fondo fue incrementado poco después con las colecciones del primer lord de Oxford, y pronto, desde todos los confines del imperio británico, comenzaron a afluir al museo obras de arte donadas por expedicionarios y viajeros. Entre las más valiosas piezas figuran los objetos funerarios de Ur, las grandes efigies de los dioses asirios, obras de arte sagrado y los famosos "mármoles de Elgin" (estatuas griegas traídas, en 1800, a Gran Bretaña para "protegerlas contra el saqueo y vandalismo"). El *British Museum* cuenta, además, con una biblioteca de 8 millones de volúmenes, en la que figuran asimismo obras únicas de excepcional valor.

* * *

A fines del pasado año, el Consejo de la UNESCO ha dirigido un llamamiento al mundo entero para que sean salvados **los monumentos arqueológicos amenazados de desaparecer bajo las aguas del Nilo** cuando esté terminada la nueva presa de Assuan (en 1967). La República árabe unida, que por sí sola no está en condiciones de

financiar el salvamento de los tesoros de arte que desaparecerán irremisiblemente bajo las aguas, ha brindado condiciones extraordinariamente ventajosas a los arqueólogos que deseen realizar excavaciones en el área que será anegada. En efecto, les ha sido prometida la mitad de los objetos y construcciones que sean puestos al descubierto hasta 1967; además, los cinco templos nubios de Dabot, Tafe, Dendur, Elyssia y Dair podrán ser desmontados piedra por piedra y emplazados en el extranjero. Por si fuera poco, el Gobierno de la RAU ha ofrecido a quienes cooperan en los trabajos arqueológicos la cesión de importantes colecciones antiguas que actualmente forman parte del patrimonio nacional del Estado. Con razón, el profesor J. Otis Brew, presidente del Comité internacional de Monumentos y Excavaciones arqueológicos, ha podido decir que se abre una "nueva edad de oro" para los arqueólogos.

Los monumentos más valiosos e interesantes que desaparecerán serán los dos famosos templos de Ramsés II en Abu Simbel, con las cuatro colosales estatuas sedentes, de 20 m. de altura cada una. Para salvar el templo de Isis, de File, se han trazado planes que prevén su emplazamiento en medio de un lago artificial, de nivel más bajo que el de las aguas del futuro embalse de Assuan.

* * *

Con **Albert Camus,** muerto en accidente de carretera el día 4 de enero, ha desaparecido uno de los más destacados escritores franceses del grupo llamado existencialista. Natural de Argelia —hijo de madre de origen español—, empezó su carrera literaria y artística dirigiendo pequeñas compañías de teatro que representaban obras de Molière, y traduciendo a Esquilo. Fruto de sus tempranas aficiones de director de escena serían más tarde sus soberbias adaptaciones francesas del *Réquiem por una monja,* de Faulkner, y de los *Endemoniados,* de Dostoyevski. En 1942, publicó su primera novela, titulada *L'Etranger,* a la que siguieron *El mito de Sísifo, Calígula* (1945), a cuya celebridad y éxito contribuyó decisivamente la interpretación del malogrado actor Gérard Philipe y —en 1951—, *La peste,* la famosa novela que describe simbólicamente, como azote de los hombres encerrados en Orán, las lacras de la ocupación de Francia por los alemanes. Esta obra —puesta en escena por Jean Louis Barrault con el título de *Estado de sitio*— contribuyó de modo determinante a que, en 1957, fuera otorgado a Camus el premio Nobel de literatura. Otras obras del autor son *L'Envers et l'Endroit, L'homme revolté, La chute* y el drama *Les justes.* Camus no tenía ninguna vinculación religiosa; su obra, que le encuadra entre los mejores escritores de nues-

tro tiempo, refleja consecuentemente la áspera y amarga desesperanza del hombre en el mundo, tal como la concibe el existencialismo literario francés.

* * *

El Vaticano está procediendo a constituir los fondos de una filmoteca, que comprenderá todas las películas de corto y largo metraje, así como documentales y noticiarios, que traten de la Iglesia católica y sus instituciones o de cuestiones religiosas, en general. También formarán parte de la colección "películas de elevado nivel humano o artístico" y las que se entreguen al Romano Pontífice en calidad de regalo o donación.

* * *

Con ocasión de cumplirse el **I centenario del nacimiento del gran poeta y dramaturgo ruso Anton Chejof** (29 de enero de 1960), se publicará en la URSS una nueva edición de las obras completas, en doce volúmenes, y otra reducida, en tres tomos. De especial interés para los estudiosos de la literatura rusa promete ser el volumen que, con motivo del centenario, publicará la Sección de Lengua y Literatura de la Academia de Ciencias de la URSS en la serie titulada "Nuestra herencia literaria". El volumen contendrá obras poco conocidas de Chejof, tales como la última versión de *Las tres hermanas,* descubierta en el Teatro de Arte, de Moscú, el texto íntegro del último cuento del autor *El prometido,* una selección de sus primeros escritos y cartas y documentos hasta ahora inéditos.

Además de estas publicaciones, la URSS piensa conmemorar con otros numerosos actos culturales (entre ellos, la producción de tres películas basadas en cuentos de Chejof) la memoria del famoso autor ruso.

* * *

La Agencia internacional para la Energía atómica (con sede en Viena) está preparando un estudio, en escala mundial, de la **distribución de los isótopos de hidrógeno y oxígeno en las aguas de los mares, ríos y lagos.** Este estudio tiene por objetivo un conocimiento más exacto del ciclo hídrico de la Tierra, en el que el agua se evapora de la superficie de los mares y vuelve a la Tierra en forma de lluvia, ciclo que aún no se conoce en todos sus aspectos. Los trabajos proyectados por la IAEA se basan en el hecho de que la relación

entre los isótopos estables de O y H varía para el agua de mar, de río y la de lluvia. Además, hay en el agua cantidades mínimas de isótopos inestables y radioactivos de H (tritio).

Los resultados de esta investigación, basada en una red mundial de estaciones de muestreo y el trabajo de científicos muy calificados, permitirá a los diferentes países estimar mejor sus reservas actuales y futuras de agua y llevar a cabo estudios hidrológicos y climatológicos sobre una base más segura.

* * *

El **"Conseil européen pour la Recherche nucléaire"** (Consejo europeo de Investigación nuclear), con sede en Ginebra, ha recibido, en el pasado mes de diciembre, de la Fundación Ford, una subvención de medio millón de dólares (30 millones de pesetas). Esta aportación permitirá a la citada entidad científica internacional invitar también a investigadores procedentes de países que no sean miembros de aquélla a participar en trabajos de laboratorio en el sector nuclear. Ya en 1956, la Fundación Ford había concedido al CERN una ayuda de cuatrocientos mil dólares.

* * *

El cancerólogo norteamericano Dr. Emil Grubbe, que cuenta actualmente ochenta y cinco años, ha legado su fortuna de **185.000 dólares (más de 11 millones de pesetas) a la universidad de Chicago,** para que sea invertida en la investigación del cáncer. Grubbe, que trabaja desde sesenta y cuatro años en esta especialidad, a la que ha dedicado toda su vida, ha tenido que sufrir 93 intervenciones quirúrgicas mayores y menores para extirpar peligrosas quemaduras producidas por los rayos X.

* * *

La URSS proyecta la creación de un Instituto central para la Prolongación de la Vida humana. Su tarea consistirá en la elaboración y el ensayo de métodos para la elevación del límite de envejecimiento del hombre y no en el "rejuvenecimiento" de personas ya envejecidas. Su objeto principal será la prolongación de la etapa juvenil de la vida mediante procedimientos científicos.

* * *

En pleno desierto del Sahara, **técnicos franceses han conseguido alumbrar agua a 1.700 metros de profundidad.** El preciado líquido aflora a la superficie en las cercanías de Tugurt (Argelia) con una presión de 33 atmósferas y un caudal de 370 litros por segundo. Por vez primera en su historia, la citada población dispondrá de agua potable propia. Existe, además, el proyecto de plantar 400 hectáreas con palmeras.

* * *

Del 1 al 6 de septiembre del año en curso se reunirá en Atenas el **IV congreso internacional de estética,** bajo la presidencia del profesor E. Souriau, miembro del Instituto de Francia. Tema general de estudio será la "Situación actual de los problemas de estética", que está subdividido en dos secciones: comunicaciones sobre un tema de libre elección y trabajos relativos a varias cuestiones fijadas en el programa, tales como la noción de lo clásico y el arte moderno, el arte y lo sagrado, arte y psicología profunda, etc. Están previstas, además, visitas a los monumentos arqueológicos de Delfos y Epidauro y la representación de una antigua tragedia griega.

* * *

Del 6 al 10 del pasado mes de noviembre, se celebró en Braga el **Congreso histórico del Portugal medieval,** en cooperación con la Facultad pontificia de Filosofía y otras entidades culturales. El temario del congreso comprendió tres secciones: a) Problemas de introducción general y fundamentos de la ciencia histórica; b) Historia política interna y externa, y c) Instituciones y cultura. Las numerosas aportaciones españolas fueron presentadas por los señores Otero, Beneyto, Moralejo, Ferro, Sarrablo, Solsona, Udino, Chao, L. Suárez, Cruz, Benavides, Mercedes Costa, V. Martínez, Prieto y marqués de Lozoya.

* * *

Con el título **"The Liturgical Drama in Medieval Spain"** [229 páginas, 1958] el Pontificio Instituto de Estudios medievales, de Toronto, ha publicado un excelente y erudito libro sobre los autos sacramentales españoles en la Edad Media. Su autor, el padre Richard B. Donovan se ha documentado sólidamente en las bibliotecas españolas y francesas, especialmente la del monasterio de Ripoll, que probablemente "desempeñó un papel muy importante en el temprano desarro-

llo y la propagación del drama litúrgico". El padre Donovan estudia los autos medievales catalanes, castellanos y de otras regiones españolas, donde abundan menos, y no se limita a un análisis histórico-literario y lingüístico, sino que también incluye en su trabajo cuestiones de tanto interés como la penetración, en España, de la reforma cluniacense.

* * *

En la primera quincena de diciembre último, se celebró en Salamanca la investidura de doctor *honoris causa* por aquella universidad del **profesor Gustavo Cordeiro Ramos,** presidente del Instituto de Alta Cultura de Portugal. Más tarde, en el banquete que el claustro de la universidad ofreció al doctor Cordeiro Ramos, éste condecoró, en nombre del Gobierno portugués, al rector, don José Beltrán de Heredia, con la Gran Cruz de la Orden de Instrucción pública de Portugal.

* * *

El día 18 de enero ha dado comienzo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad central un curso sobre **Introducción a la Indología,** a cargo del **Dr. Jean Roger Rivière,** jefe del servicio de documentación científica del CSIC y distinguido conocedor de los países del sudeste asiático [1]. Las lecciones del profesor Roger tienen lugar los lunes, miércoles y viernes (aula 217 de la citada Facultad, de 10,45 a 11,45 h.) y, en ellas, son estudiados sucesivamente los temas siguientes: Historia de la Indología, geopolítica de la India, historia de las instituciones políticas (el *Artha*), la sociedad hindú tradicional (el *Dharma*), la búsqueda de la Gran Salvación (el *Mokṡa*) y la vida estética (el *Kâma*). El curso durará tres meses.

---

1 Cfr. sus colaboraciones en ARBOR sobre Tibet y la India, núms. 163/64 y 168.

INFORMACION CULTURAL
DE ESPAÑA

Crónica

COLOQUIO SOBRE EVOLUCIÓN BIOLÓGICA

Bajo los auspicios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Facultad de Ciencias de la universidad de Madrid, se ha celebrado un coloquio, del 14 al 19 de diciembre, sobre problemas actuales de la evolución biológica. Han sido organizadores de dicho coloquio los doctores R. Alvarado, B. Meléndez, E. Aguirre y E. Ortiz, presididos por don Salustio Alvarado, director del Instituto de Zoología "José de Acosta".

Si el fenómeno de la evolución resulta evidente para todo biólogo, no ocurre lo mismo cuando se intenta explicar el mecanismo evolutivo, pues sigue siendo problema debatido precisar qué factores determinan los grandes cambios que en el transcurso del tiempo han experimentado los seres vivos. Actualmente está muy en boga entre los biólogos —especialmente entre los genéticos— la teoría neodarwinista de la evolución o teoría genética de la selección natural y mediante ella se quiere aclarar por completo todo el proceso evolutivo. No faltan tampoco quienes critican o ponen limitaciones a esta teoría.

La idea primordial de este coloquio ha sido, justamente, tratar de precisar el alcance de las ideas neodarwinistas confrontando el punto de vista de los paleontólogos (la evolución en el pasado) con el de los genéticos (la evolución en el presente), y situando entre ambos a los ecólogos.

La primera sesión, pues, estuvo dedicada a los problemas que se presentan en paleontología. La primera ponencia, del profesor Meléndez, trató de los "eslabones" de las series evolutivas, poniendo de relieve lo extraordinariamente difícil que es que coincidan todas las

circunstancias precisas para que fosilicen y se conserven tales eslabones sucesivos; "del *árbol* a que puede compararse una filogenia —resumió en frase gráfica el ponente— sólo se han conservado las *hojas,* rara vez las últimas *ramas,* nunca el *tronco*"; quedando explicado de este modo lo fragmentarios que resultan los datos paleontológicos. A continuación el doctor Crusafont, basándose en detallados estudios biométricos sobre carnívoros fósiles, desarrolló el concepto de "sintetotipo" o forma originaria de un grupo, a partir de la cual se diversificarían a lo largo del tiempo distintas líneas de descendencia, dando lugar a formas más especializadas. Finalmente, el padre Aguirre, S. I., en "Problemática paleontológica y selección natural", tercera de las ponencias, consideró que la paleontología nos proporciona más datos directos sobre los resultados que sobre los agentes evolutivos en detalle, pero que sin duda cualquier teoría ha de ajustarse a las características que se deducen del estudio de aquellos datos. Finalista desde un punto de vista filosófico, el padre Aguirre dejó de lado el finalismo en el campo biológico y, dentro de este campo, consideró la teoría neodarwinista como la más completa hoy día, puesto que explicaría bien la mayoría de los problemas planteados.

Con "Las adaptaciones orgánico-funcionales", de los profesores S. y R. Alvarado, comenzó la segunda sesión. En realidad esta ponencia constaba de dos partes, dedicada la primera (R. Alvarado) al estudio de las adaptaciones convergentes, las cuales serían el resultado de la actividad de factores genéticos diferentes, encarrilados por una acción ambiental determinada; la segunda parte (S. Alvarado) versó sobre la adaptación desde un punto de vista fisiológico, analizando los factores que pueden intervenir en una de las adaptaciones que más se han estudiado: la de las extremidades de los équidos a la carrera. El profesor S. Alvarado puso de relieve la acción de factores tales como los nerviosos y humorales, que ampliarían el efecto de ciertas micromutaciones. Seguidamente, en su trabajo "Adaptación, ecología y evolución" el doctor Margalef, tras señalar el paralelismo entre "sucesión ecológica" y cierta "modalidad de evolución orientada", intentó situar el problema de la evolución en el marco de los llamados sistemas generales aplicando la teoría de la información —tan adecuada para tratar de todo cuanto representa organización y orden— a los fenómenos evolutivos. Aunque la teoría de la información, como es lógico, no va a resolver de golpe los problemas planteados, esta directriz de trabajo permite vislumbrar formas de expresión cuantitativa, unifica campos científicos tradicionalmente separados y quizá elimina el factor subjetivo que suele lastrar el tema de la evolución. Por último, el doctor Balcells trató el

tema "Evolución y biogeografía", señalando las bases ecológicas de que parte la biogeografía moderna y criticando algunos conceptos tradicionales —como el de los "puentes" intercontinentales—, bastante desacreditados en la actualidad; asimismo detalló el papel que desempeñan factores biogeográficos, tales como el aislamiento, en el proceso evolutivo.

En la tercera sesión se trató de la teoría genética de la selección natural. La primera ponencia, titulada "Dinámica de poblaciones y selección natural", estuvo a cargo del doctor Prevosti; en ella expuso el planteamiento actual del "principio" de la selección natural, establecido por Darwin, al integrarlo con los nuevos datos aportados por la genética, datos susceptibles de tratamiento biomatemático y comprobables experimentalmente. A continuación el doctor Ortiz, partiendo de lo expuesto en la ponencia anterior, desarrolló el tema "Integración genética, selección natural y evolución". "La herencia —dijo el doctor Ortiz— es estabilizadora, la mutación es fuente de cambios evolutivos." Así, pues, de la genética de poblaciones se deducen dos componentes, uno de estabilidad y otro de cambio, este segundo sería el cimiento del proceso evolutivo. Como la estructura del sistema genético es el resultado de una larga historia, las variaciones del genotipo no se producirían totalmente al azar, sino en determinadas direcciones que serían consecuencia de la organización anterior del sistema. Las estirpes, por tanto, acumulan historia evolutiva.

Las sesiones tuvieron lugar los días 14, 16 y 18 de diciembre, dedicándose los días alternos a la discusión de las ponencias presentadas el día anterior. Las discusiones fueron animadas en todo momento y dieron lugar a un fructífero intercambio de ideas y de informaciones entre especialistas procedentes de distintos campos de la biología. A lo largo del coloquio quedó de manifiesto, una vez más, lo sólidamente que se halla fundamentada la teoría genética de la selección natural, frente a la falta de datos experimentales en qué apoyarse que padecen otras teorías evolutivas. Lo que no quedó suficientemente claro, quizá, son las limitaciones que presenta, hoy por hoy, dicha teoría para explicar *todos* los fenómenos evolutivos. Habrá que insistir en este aspecto de la cuestión en futuros coloquios.

En la sesión de clausura, pronunció unas palabras el profesor S. Alvarado subrayando el interés alcanzado por el coloquio y, seguidamente, el profesor S. Alcobé, decano de la Facultad de Ciencias de Barcelona y miembro de la "Görresgesellschaft", habló de las reuniones organizadas por esta entidad y especialmente de la reunión habida el verano pasado, en la cual se trató del problema de la evo-

lución biológica desde un punto de vista extraordinariamente amplio y en la que participaron científicos, teólogos y filósofos de fama internacional.

JOAQUÍN TEMPLADO.

NOTAS SOBRE CINE

Molokay.

La increíble aventura del padre Damián en la isla de Molokay ha sido llevada al cine por la mano experta y decidida de Luis Lucia. La película ha obtenido las más altas consideraciones oficiales y eclesiásticas y viene gozando de entusiasta acogida por parte del público.

Con mesura y sobriedad muy encomiables recoge el guión en apretado dramatismo la vida del padre fabuloso en la isla maldita. Y la expresión cinematográfica en blanco y negro para mejor jugar en claroscuros la tenebrosa y celestial aventura, se desenvuelve con una técnica sobria y fácil que define plásticamente con exactitud huyendo de virtuosismo innecesarios el relato increíble de la vida de aquel hombre predestinado, en aquel mundo enfermo y sin esperanza. Tienen tal majestad la planta y el propósito del fraile que es difícil sustraerse a su misterioso encanto para definir con frialdad crítica si el propósito cinematográfico se logró o no se logró del todo.

El padre Damián está allí con su celestial audacia. Si su larga y sobrehumana aventura no fue del todo como nos la cuenta el cine en sólo un apretado y dramático compendio de hora y media, pudo haberlo sido y sin duda lo fue en más larga y pavorosa medida.

La película cumple con desahogo el noble propósito que la inspiró. Rápida, directa y sin desmayo, casi con laconismo, relata en fáciles imágenes la vida de aquel hombre desde su desembarco en la terrible orilla. La juventud y la alegría del fraile le hacen el contrapunto al sombrío paisaje humano en que se hunde. Y es entonces cuando el veterano conocimiento cinematográfico de Luis Lucia, sirviéndose sólo de elementos indispensables, nos cuenta al oído con una voz conocida y antigua este gran cuento de amor, de caridad y de valentía.

El baile.

Edgar Neville ha retratado para el cine su preciosa comedia. El juego poético y literario en tono menor de la mejor clase que fue *El*

baile sobre los escenarios viene a encerrarse con las mismas medidas estéticas en los límites cinematográficos. Sin otras ambiciones expresivas que acaso tampoco hubieran sido posibles por la deliberada y minúscula medida material de la pieza.

Obra de intimidad y de ensueño para verla y oírla en el teatro con los ojos y los oídos a medio voltaje, para sonreírla con ternura inocente afinada y a punto, así quedó también en este experimento fotográfico. Dirigida por la misma mano de su autor, montada en el estudio secuencia tras secuencia con la misma paternal y sonriente blandura, interpretada por los mismos excelentes actores salvo uno distinto aquí y que en nada desmerece al de carne y hueso de la escena, da la impresión de haber conseguido el milagroso trasplante en un solo intento, sin interrupciones, de un modo absolutamente distinto a la habitual, complicada y lenta mecánica del cine.

Apenas en un par de ocasiones se respira en *El baile,* película, el aire de la calle. Todo lo demás es "escenario", casi un solo escenario. Y hasta un pobre y mediocre escenario, donde con el fácil engaño del cine pudo haberse fingido una perspectiva más suave, rica y profunda, como más noble envase para la estupenda y literaria mercancía.

El baile en el cine sigue siendo teatro. Un viejo son de caja de música y de verso romántico bueno, sin otros análisis para la fácil sonrisa y hasta para la lágrima fácil. Y no es poco.

Los diez mandamientos.

Esta obra cinematográfica póstuma y gigantesca de Cecil de Mille, testamento profesional del gran director americano, canto a la libertad del hombre según la base fundamental de los libros sagrados, sugiere una serie de rápidas consideraciones quizá no del todo conformes con el resultado del fabuloso proyecto. El nombre de De Mille va unido casi siempre en nuestro recuerdo a realizaciones grandilocuentes, a una especie de cine torrencial y multitudinario realizado con potencia de medios materiales, con amplias ambiciones geográficas y a veces, como en este caso concreto, y no por primera vez, con inspiraciones sobrenaturales. Es un cine sin intimidad, sin penetración en el pequeño gran misterio del hombre y de su alma; un cine, en el caso de la obra que comentamos, extravertido hacia el simple conocimiento visual de aquellos grandes misterios que en el secreto de nuestro pensamiento se resisten por su propia grandeza a cualquier clase de materializaciones.

Asombra pensar en el esfuerzo que ha supuesto la realización de esta película. Sólo una industria de tan poderoso resuello como la

norteamericana, con resortes de explotación material del negocio estratégicamente dispuestos en todo el mundo, pudo llevar adelante empresa material de tanto riesgo. Se conjugan así dos ambiciones legítimas, la del gran resultado comercial y la otra, noble en mayor medida, de llevar visualmente al conocimiento de las gentes, con todos los recursos de la moderna técnica cinematográfica, el tremendo significado de los libros sagrados. Y en este segundo propósito es donde no estamos conformes.

La última gran obra de De Mille sugiere de un modo claro el rápido análisis en esas mismas dos vertientes que significaron su nacimiento. Nadie pudo negar a De Mille su singular maestría en el manejo cinematográfico de las multitudes. En *Los diez mandamientos* las gentes innumerables hormiguean en los mismos paisajes bíblicos de la Historia Sagrada. Son admirables los planos generales del pueblo de Israel en pavorosa esclavitud, el color, el sonido, los encuadres, las habilísimas transparencias. Pero cuando el ojo atento de la cámara desciende al detalle personal de aquel mismo pueblo o penetra en la intimidad de los palacios faraónicos siguiendo el curso dramático de la historia, aparece, sin saber cómo, la fría naturalidad del cine, perfecto, sí, pero un tanto desenfadadamente "a la americana". El color chilla, los metales preciosos gritan, las piedras pulimentadas —escayolas ennoblecidas—, cantan. El misterio se va dejando sólo al cine con su estupendo bagaje de heladas perfecciones. La técnica, con ser moderna y perfecta, no sabe entrar en aquel mundo sobrenatural.

Los trucos de laboratorio que abundan en *Los diez mandamientos* resuelven a su modo y como pueden los grandes milagros del Antiguo Testamento. El báculo de Moisés cobra vida, el mar deja paso al pueblo que huye; en el monte sagrado, entre centellas truena la voz de Dios dictando su Ley. Pero toda la grandeza visual de estos artificios se empequeñece, se atomiza casi, ante la soberana grandeza de esa Voz nunca oída más que en el secreto cerrado de la conciencia y de esa Ley que tan afanosamente queremos cumplir y no cumplimos.

Pero aquí está Moisés, joven imberbe y hermoso en su juventud, barbado y ennoblecido en su madurez después de la primera revelación y copiosa y excesivamente barbado en sus últimos años. Un Moisés andariego y combativo, demasiado humano y artificioso en esta gran aventura cinematográfica. Un hombre, en fin, que tampoco puede ser el gigantesco Moisés de nuestros sueños.

En *Los diez mandamientos* falla fundamentalmente la palabra. Pudo haber sido sin ella un grande y nebuloso poema bíblico, acompañado acaso de una gran música de un Bach o un Brahms —esa

gran música que es el logro humano más próximo a las voces celestiales—, pero entonces se hubiera quedado en una obra de minorías lejos del propósito de quienes la realizaron. Por otra parte, es imposible de humanizar la voz de Dios; no cabe en ninguna lengua conocida, ni cabrá nunca. Por eso, al oírla aquí con la mejor disposición de ánimo, algo se quiebra por dentro ante la monstruosa desafinación. Habla Moisés, gritan las muchedumbres, habla el Faraón, todos en un doblaje no muy afortunado materialmente, de emoción escasa, de poca fuerza y de pobreza dialogal. No sabemos cómo sonarán *Los diez mandamientos* en su inglés de origen, cómo clamarán las gentes y cómo retumbarán los ecos de las voces sobrenaturales entre los fabulosos cartones y escayolas de los decorados.

Los diez mandamientos, el último gran trabajo de Cecil de Mille, cumple a nuestro juicio un simple fin educativo, sin duda importante para la gran masa del público de buena voluntad. Es un trozo de la Historia Sagrada, de aquella pequeña Historia Sagrada de nuestra infancia, prodigiosamente iluminado y vivo por el estupendo artificio del cine.

G. G. E.

DOS ESTRENOS

"La cornada", de Sastre, en el Lara.

Es posible que, guiados por el título, hayan ido algunas personas a ver esta obra, pensando en una conmovedora historia con hospicio, capeas de pueblo, algodones, hija del ganadero, madre rezando ante una Virgen, etc. El caso es que se encuentran con otra cosa, que no coincide con el programa de sentimientos que ya llevarían dispuestos y enchiquerados para salir en cuanto el presidente sacase el pañuelo.

La cornada es una obra simbólica. Esto, desde luego, no tiene mucha novedad, porque el tema de los toros, aun en las novelas y obras de teatro, según aquel patrón, tenía carácter simbólico. Es que los toreros han sido siempre media docena. No pasa como en el fútbol, que cuenta además con las inmensas posibilidades del extranjero, lo cual resulta bastante descorazonador, ya que obliga a pensar que los futbolistas pueden existir en los países más diversos y sin carácter propio, y que no necesitan virtudes específicas. De cualquier modo, una diferencia fundamental entre toreros y futbolistas es que éstos hablan, se ven obligados a hablar en negrita una infinidad de veces, mientras que los toreros han sido de siempre los seres que menos pa-

labras han dicho, quizá porque su tarea la realizan con un viviente de lo más serio, bronco y desentendido, a quien, a lo mejor por esto, le cortan las orejas. Lo cual que Paúl Claudel habla de ello, y dice que, en caso de querer persuadir, lo que menos se debe hacer es cortar la oreja como a Malco.

Como son media docena, y cuando se los veía era con el atuendo más irreal y coruscante, los toreros apenas han tenido significación civil, y eran todo un símbolo expansivo. Simbolizaban el riesgo, la dependencia aproximadamente religiosa, y, sobre todo, la fortuna; el dinero, la riqueza fulminante, como un tesoro ofrecido al vencedor de dragones en un castillo encantado. Que simbolizasen el dinero tampoco es extraño; era casi el único medio del que se tenía noticia para conseguir riqueza subitáneamente. Para que se notase bien la diferencia, en aquellas obras era condición indispensable que de niño fuese pobre, tan pobre, que hasta sus mismos padres se avergonzaban de él y rescindían el contrato de paternidad. Que un muchacho que tuviese qué comer en casa se enriqueciese de pronto hubiese tenido menos gracia, y hasta podía ser menos generoso cuando al final hace regalos. Las pesetas del torero llegaron a ser expresión proverbial. Ahora es lógico que su capacidad simbólica en este sentido —antaño casi monopolística— se vea lamentablemente diluída.

La cornada es una obra simbólica. Alfonso Sastre no dirige la atención a la materia misma del toreo. Busca otro fondo y en él descubre referencias más universalmente humanas. El caso es que algo del mismo asunto, la Tauromaquia de Goya, que uno creería expresión directa y literal, hay quien como Sedlmayr, piensa que significa "la siniestra locura de la masa y la bestialización". De todos modos, aunque este autor exagere, el toreo ha sido un mito, y como tal, contiene fundamentales arranques figurativos.

La cornada es una obra cuyo significado se nos pone de manifiesto principalmente en la construcción. Lo más corriente es que la obra teatral tenga una estructura ternaria. Los actos trazan en conjunto una línea, y su desarrollo es la sucesión de los distintos elementos en la dirección temporal. La obra de Sastre no sigue este esquema. Tiene más bien una construcción simétrica: el eje cruza entre el primero y segundo acto; en los extremos están el epílogo y el prólogo. La zona de intensidad son los dos actos; el prólogo y el epílogo tienen su correspondencia.

Esta distribución es el campo donde se enlazan los elementos. Más que una sucesión lineal, los vemos situados a cierta distancia, como la rima en los versos. El núcleo del tema es expuesto también por este sistema. A este núcleo pertenecen, el médico y su ayudante por un lado; el apoderado y el torero por otro. El primer par de

personajes tiene la misma función, pero opuesta, que el negro en la pintura tenebrista. Aparecen como un plano de claridad sobre el que hacer resaltar lo oscuro, el par de personajes centrales. El médico y el ayudante representan una relación humana basada en comunidad de misión, en jerarquía espontánea, en la mutua participación de cada uno en el haber del otro: el médico mayor tiene con quien jugar al ajedrez, juego típico de desinterés y de hábito; el joven encuentra la novedad desorientadora hecha ya costumbre en la experiencia del otro. Una relación de carácter discipular en la condición natural del quehacer.

Al mismo tiempo, el médico antiguo va a diseñar al personaje contrapuesto a él: el apoderado. "Marcos es como Cronos devorando a sus hijos."

La zona de intensidad lo es con todo rigor, porque condensa en dos actos la tensión crítica de una relación donde el más poderoso sólo busca la utilización del hombre con facultades. El inocente ajedrez de la enfermería aquí se convierte en realidad; las figuras humanas van siendo puestas en juego y lanzadas a desaparecer.

Hay un momento en que parece que la ambición de Marcos es sinceramente creadora, que habla con un apasionamiento incondicional de los auténticos valores de que es capaz la lidia. Llegamos a sospechar que el autor está contradiciendo la convicción que nos había dado. Pero lo que sucede es que la ambición de este hombre de presa necesita de lo auténtico para conseguir su triunfo. Porque no es el triunfo de la obra lo que busca, sino de él mismo.

En el prólogo se tocaba ya la realidad de la mecánica de la ambición. Pero sólo era una última consecuencia de la que no nos enterábamos con detalle. Este primer trazo anuncia su desarrollo en el acto segundo, que es donde por este procedimiento recurrente se explican la serie de encumbramientos y destrucciones que constituyen la ocupación del apoderado. Aquella herida inexplicable que en el prólogo se nos dice se la ve originarse en la persona de José Alba, el torero que está justamente en la cumbre, pero que parece convenir sustituirle por otro nuevo. La herida, en sentido literal, no queda explicada, es cierto; hay que verla como un elemento simbólico en sí, como puro efecto sin causa directa, la cual causa sólo podría ser la mano de Marcos.

El epílogo está en estrecha relación con el prólogo. Ambos tienen también contactos con el núcleo. El epílogo cumple una función constructiva, pero en contenido desmerece notablemente de lo restante. El que pretendía ser torero, Pastor, recibe la misión de trasladar el valor simbólico a la esfera más general de lo humano en la estructura de la obra. Esta explicitación del asunto no era necesaria, y po-

día perfectamente haberse embebido sustancialmente en el segundo acto.

La realización en escena contribuye a que no se pierda ningún valor del texto. Los intérpretes actúan con extraordinaria verdad en medio de un ambiente lleno de sugestión.

"Los fantasmas de mi cerebro", en el Recoletos.

Los fantasmas de mi cerebro tiene su origen en una experiencia personal del autor, José María Gironella. Esta experiencia ha sido tratada anteriormente en un libro cuyo título lleva la obra de teatro compuesta por el mismo Gironella y Julio Manegat. Estos dos datos, ser experiencia personal y provenir de un libro, están influyendo en el punto de vista de quien se dispone a ver lo que sucede en escena. Si es experiencia personal, ¿qué será lo fielmente trasladado para el espectador?, parece preguntarse éste. Si está ya contado en un libro, ¿en qué cambia ese contenido al ser encomendado a los actores que lo representan?

Lo mejor, lo más correcto, ha de ser no hacerse estas preguntas, mirar sencillamente y sin puntos de vista previos lo que la obra de teatro diga por sí misma. ¿Qué es lo que nos dice?

El primer acto nos presenta al personaje. Su mujer y la hermana de ésta se encargan de ello. Es una preparación indirecta. Se trata de un escritor; un escritor que obra con verdadera alegría; en los dos sentidos de la palabra, de visión optimista y de casi ligereza. Este modo de obrar, su locuacidad, da señales de ser agudización nerviosa. A otro personaje, el muchacho que lleva un magnetofón comprado con la dicha alegría, se le escapa el diagnóstico. En efecto, la crisis sobreviene. En el segundo acto se nos dice el proceso de la depresión. Y en el tercero, la mujer del escritor, al cabo del tiempo de cuidar a su marido, cae en una situación de salud semejante. Esto despierta en el protagonista una voluntad de ayudarla que acelera en él su ya notable mejoría.

El tema es, pues, la depresión nerviosa. Llevar este tema al teatro supone una dificultad escasamente superable. La depresión vemos que ha paralizado a Daniel. Este nombre es un símbolo intencionado, que el mismo personaje nos explica: "Daniel, el que estuvo en la cueva con los leones.

La cueva es el propio interior, y los leones están dentro. Un dentro que, esencialmente, carece del fuera hacia donde ir y de donde volver. Un dentro sin fuera es un vacío donde el ser se paraliza. ¿Cómo comprender, entonces, a un personaje sin los puentes de al-

guna comunicación, de alguna expresión? Naturalmente, la carencia absoluta sería la muerte. El grado de depresión deja más o menos libres zonas de la personalidad. El autor había de movilizar estas zonas activas hacia el fuera para poner de manifiesto el desnivel en que consiste el problema humano de que aquí se nos habla. Esto los autores lo han hecho en parte. Queda delineado someramente el tema. En la autocrítica —lo que sería el prólogo en un libro— dicen que se trata de una obra sencilla. Que el tema sea delineado es debido, sin duda, a un propósito de limitación, de medida. Pero la medida puede producir la escasez. Sencillez no es lo mismo que simplificación. El tema resulta evidentemente simplificado. Porque el tema no es sencillo. Puede llegar a serlo en el aclararlo, aun a costa de esfuerzo. Evitar lo morboso —como allí se dice— no justifica la eliminación de factores decisivos en la construcción del proceso como materia humana. En primer lugar, la palabra morboso es un tanto indefinida; unir sentido usual y etimológico parece remontar a la magia curanderil. Pero lo que quiere decir en este caso es lo sórdido. ¿Por qué iba a ser necesario nada sórdido?

Esos rasgos que se nos dan del tema despiertan interés, y la obra se sigue con fijeza. Precisamente por seguirla se advierte esa eliminación, esa voluntad de límite que poda el planteamiento.

El problema lo vemos reflejado en los personajes, que forman el fuera del protagonista. Estos seres constituyen la circunstancia más ideal para resolver un caso así. Todo es desvelo, agudeza, exactitud. No es que no pueda darse esta situación. Pero punto clave, sustancia del asunto, es la relación con los demás del hombre en crisis, y de los otros con él. Por ejemplo, la relación con el médico. El médico de *Los fantasmas de mi cerebro* es un médico amigo; mejor, un amigo médico. Desde el primer momento está en el plano de máxima perfección en captar al enfermo. Sólo una frase alude a la dificultad intrínseca a este encuentro tan específico. Para que el tema diese más de su dimensión, debería incluir este factor insoslayable. Alguien que sabe de esto, Jaspers, médico él antes, ha tomado como caso ilustrativo el del médico ante el enfermo. Lo problemático de la percepción del prójimo se agranda en este caso.

Teatralmente, este personaje, el médico, hubiese sido el camino para traducir la interioridad en crisis del protagonista. Al ser caso límite, el botín adquirido podría ser de entidad. Otro personaje que se ve con más posibilidades es la mujer del escritor. El espectador sabe, porque se lo dicen, que cae en depresión por la fatiga de cuidar a Daniel. Pero no ha habido suficiente ocasión de que eso se vea venir, se tema, en fin, no haga falta explicarlo.

El intento de la obra es constructor. Todo en ella está llamando

hacia la certeza de la esperanza. Esto es noble; pero se ve tan pronto esa certeza, que casi no se siente necesaria la esperanza. Ese final conseguido llega. Es, por cierto, cuando se nota un poco de prodigalidad, de efecto demasiado buscado.

La virtud de la obra, como digo, es la medida. Echando de menos lo que esta medida tan rigurosa no ha admitido, la obra en sí tiene ese tono mesurado que se ha de nombrar ahora, al hablar de la interpretación; porque los actores consiguen una sincera armonía en la identificación exacta con este sentido de la mesura.

Antonio Gómez Galán.

LA EXPOSICIÓN HOMENAJE A FRA ANGÉLICO

I

Es verdaderamente consolador poder contemplar una exposición como la que en los días finales de 1959 y en los iniciales de 1960 ha ofrecido al público de Madrid la Galería Darro, entrando así con seguro acierto en este nuevo año que, a juzgar por los nuevos valores que tienen el propósito de presentarse en él, me atrevo a predecir que será uno de los más brillantes que nos hayan sido deparados en los últimos decenios. Y digo esto, no sólo por la calidad actual de los arquitectos, pintores y escultores españoles, sino también porque comienza ya a haber un público que se interesa verdaderamente, no sólo por el arte en general, sino todavía más concretamente, por el Arte moderno. En sólo dos o tres años, Madrid ha casi triplicado sus salas de exposiciones, y aunque éstas no se vean todavía llenas de público, hay siempre en ellas varios grupos de fieles espectadores, en contraste con el vacío casi total que imperaba hace sólo un decenio. Pero se trata, además, de un público que comienza ya a interesarse en serio (y creo que sin que intervenga demasiado en ello el afán de hallarse a la moda) por las formas más arriesgadas del arte de hoy, y que puede captar con tanta sinceridad la belleza de un lienzo de Cossío o de Redondela como la de una difícil composición de Vela o de Tapies. La deuda que todos los españoles tenemos con hombres como Eugenio d'Ors, Enrique Lafuente Ferrari y Juan Antonio Gaya Nuño, que han reñido las más serias batallas para curar al hombre español de su peligrosa ceguera ante las formas de belleza actual, es innegable, y tal vez a ellos se deba este brillante

renacimiento plástico español contemporáneo, que sin su fructífera siembra de ideas —auténtica educación de la retina y del alma— habría muerto por asfixia o habría visto cómo sus más eximios artistas abandonaban la tierra de España para buscar en París el triunfo, la comprensión y el prestigio social.

Por fortuna, aunque todavía reste mucho por hacer, se ha logrado ya lo más difícil, que era iniciar el camino, y buena prueba de ello la constituye esta exposición de Arte religioso, a la que en Darro ha afluído abundantemente el público madrileño y que era verdaderamente no sólo arte, sino también arte religioso, como en los más armónicos tiempos de nuestra hoy desgarrada —pero inmensamente brillante— cultura europea. En línea generales —y aceptando los peligros que necesariamente las generalizaciones comportan— es fácil convenir en que durante la Edad Media y el Renacimiento la casi totalidad del gran arte era religioso, pero no sólo era el arte religioso el casi único y el de más alta calidad en ambas épocas, sino que era también el arte actual del momento y el único que verdaderamente respondía a los supuestos estéticos de los artistas que lo creaban y del inmenso público que lo admiraba y lo integraba espontáneamente en su propia vida. No representa, en este aspecto, un cambio esencial el gran siglo barroco, porque si bien es verdad que sus máximas obras, tales, limitándonos a la pintura, como "Las Meninas" o "La guardia de noche" no son ya religiosas, tanto Velázquez como Rembrandt, al igual que casi todos los artistas contemporáneos suyos, no sólo han cultivado con autenticidad el arte religioso, sino que lo hacían de una manera tan actual como el arte profano, y trabajaban además para un público que exigía con igual conocimiento la máxima calidad estética en ambas temáticas. Es sólo bien avanzado el siglo XVIII —siglo, no lo olvidemos, no sólo de la Enciclopedia, sino también de la inicial masificación del hombre europeo— cuando comienza la desactualización del arte religioso, y a partir de entonces se hace difícil que el sustantivo arte coincida con el adjetivo religioso, intensificándose en nuestro siglo el divorcio, ya que en él, casi la totalidad del arte auténtico es arte profano, mientras que lo que pretende ser arte religioso —sin olvidar, claro está, excepciones tan dignas y tan simultáneamente actuales y tradicionales como Georges Rouault— no pasa de estar constituído por acarameladas imágenes de confitería, endeblemente ñoñas o, tal vez peor aún, por algún lamentable ensayo superrealistoide, pintado con una falsa y efectista técnica de primitivo del siglo XX, en el que la modelo de la Leda atómica presta sus facciones a la dulce imagen de la Madre de Dios.

Podría creerse o que el hombre actual no se interesaba por el arte religioso o que, si se interesaba, lo deseaba fuera de los supues-

tos estéticos de nuestro siglo. Pero comienzan a producirse, especialmente en Francia y en España, unas cuantas manifestaciones aisladas, que nos permiten suponer que si el arte religioso vuelve a serlo verdaderamente, puede contar con un valioso grupo de amantes de la belleza que se interesarán por él, y que harán que sus creadores no trabajen en el vacío. Limitándonos, de momento, a España, es ya un hecho la renovación de la Arquitectura religiosa, fiel a las normas que el nuevo estilo y los nuevos materiales imponen, y que si cuenta ya con edificios tan laudables como los que Fisac ha construído en el último quinquenio, cuenta también, cosa en estos instantes más importante, con un amplio grupo de fieles que admiran sin trabas esas iglesias y que oran en ellas devotamente.

Pero no sólo la Arquitectura religiosa resucita plenamente actualizada, sino que, como la exposición que ahora comento nos prueba, resucitan también la pintura, la escultura, la forja, el esmalte y la orfebrería. Al movimiento de Arte Sacro, que intenta capacitar al arte moderno para la Iglesia, se debe esta deslumbrante muestra, en la que el padre Aguilar ha puesto todo su entusiasmo. Francisco Muñoz Cabrero y Fernando Alonso-Martínez, propietarios de la Galería Darro, al igual que José María Moreno Galván, director de la sección de exposiciones de dicha galería, han colaborado eficazmente con el padre Aguilar en la búsqueda, selección y ordenación de las obras expuestas, y han triunfado plenamente en su empeño, ya que, en un total de medio centenar de expositores españoles, a los que hay que añadir media docena más de los restantes países católicos de Europa, no había una sola obra —y pasaban del centenar las que ocupaban las salas— que no fuese, tanto por su técnica como por su estilo y espíritu, arte nuevo, es decir, arte rigurosamente actual y fiel en todo a los supuestos de nuestro tiempo, y arte religioso además, lleno de recogimiento y anclado, no sólo por su temática, sino también por su vocación de ejemplaridad y por la unción con que la materia había sido tratada, en la más depurada tradición del gran arte europeo de siempre. Difícil problema era el de colocar de una manera flexible y vivaz tantas obras en una sala alargada y algo estrecha, pero allí triunfó el buen gusto de Moreno Galván, que supo valorizar todas las obras, sacando todo el partido posible de los entrantes y salientes de la galería, cerrando perspectivas en los lugares adecuados, encaramando sobre muebles altos algunas piezas de orfebrería y dando a todo el conjunto un aire vivo de residencia u hogar y no un cansado aspecto de frío museo deshumanizado.

Tal vez la meta más importante que el movimiento de Arte Sacro pretende alcanzar sea, no que los artistas hagan cuadros con una temática religiosa, ya que ello podría suceder, y carecer los cuadros

de unción o de valor estético, sino un arte que desde su misma gestación manifieste ya un espíritu religioso, es decir, un arte auténticamente sacro, debido no sólo a la vocación del artista, sino a la total concepción del mundo que palpita en él en el momento en que realiza su obra, y que debe así necesariamente manifestarse en ella. No me atreveré, de todos modos, a afirmar, que todos los artistas que hoy comento hayan alcanzado esa meta, pero sí es indudable que algunos la han logrado ya, y que otros muchos se hallan en vías de alcanzarla, y no sirva de desilusión el que todos ellos no hayan sacralizado aún enteramente su arte, porque ese mismo fenómeno se dio incluso en plena Edad media, cuando se pintaron algunos retablos de temática religiosa en los que era difícil captar esa concepción del mundo, indispensable para convertir un tema externamente religioso en una auténtica obra de arte sacro.

El motivo —pretexto más bien— de esta exposición fue realizar un homenaje a Fra Angélico, a causa de su proceso de beatificación. La Casa de Alba, con ese admirable sentido de servicio a España y a la cultura española que es en ella tradicional y que debería servir de ejemplo a las restantes casas ducales de España, poseedoras de lienzos o libros, prestó gentilmente uno de los dos grandes cuadros de Fra Angélico hoy existentes en nuestra patria —"La Virgen de la granada"— para que fuese colocada en el lugar preferente de la exposición. Así, fue posible que los nuevos artistas sacros de Europa expusiesen sus obras bajo la tutela del más grande, delicado y auténtico artista sacro de todos los tiempos, a cuyo espíritu desean mantenerse fieles con la más auténtica de las fidelidades, la que consiste en ser de verdad hijo del estilo, el afán y la técnica de su propio siglo, tal como el inimitable maestro de Fiésole fue hijo del suyo. Poco importa, pues, que yo haya dejado escapar mi pluma y llamado inimitable a Fra Angélico, ya que la misión del arte sacro actual no consiste en imitar —y menos aún en copiar— a Fra Angélico, sino en llegar a sacralizarse enteramente, tanto en vida como en estilo, prolongando así ese ancho río del que fue él un caudaloso, pero irreversible afluente. El manto azul, el vestido rojo, el rostro dulce, refinado y delicado de la Virgen, la invisible minuciosa pincelada, la uniformidad de cada uno de los colores, la composición estática y silogísticamente contrapesada, el habitual fondo dorado, no inerte, sino dotado de dinámica propia, merced a sus leves rayados; la adecuación entre el cuadro y el marco formando una total unidad pictórica, todo esto y mucho más, que sirve de soporte a todo lo que en Fra Angélico hay de inefable y tan solo intuíble en una visión directa, realizada casi en estado de éxtasis, marcó directrices espirituales, tales como la unción y el respeto con que el artista debe encarar su

obra, que pasaron a informar el arte sacro de todos los tiempos. Por ser fieles a esas características espirituales merecen ser admiradas, estudiadas y comentadas, las obras de los cincuenta y tantos artistas que rendían en Darro homenaje a la maternal imagen de la Virgen de la granada, y actualizaban, por nuevos, pero eternos caminos, su dulce mensaje.

II

Es absolutamente imposible hablar de todas las obras expuestas, y debido a ello que se quedarán, sin duda, en el tintero, algunas que no deberían quedarse, pero se trataba, repito, de más de un centenar de creaciones, casi todas ellas muy valiosas, y se impone, por tanto, un principio de selección que puede resultar arbitrario, pero que si no se aplicase, haría interminable esta crónica.

En escultura presenta Subirachs una hermosísima puerta de iglesia, impresionante, y nervioso, pero muy estudiado altorrelieve, dotado de esa difícil perfección que es ya característica de su obra. Los amplios espacios vacíos —vacíos de figura, se entiende, pero no de grafía, ya que en las obras de Subirachs no hay un solo centímetro de materia que no se halle finamente trabajado, dando así vida al conjunto y a cada una de sus superficies— revalorizan la figura de San Pablo y la escena del martirio de San Esteban, esculpida esta última con una primorosa técnica de lo minuciosamente menudo, que parece emparentarse espiritualmente con la del maestro del arca de Ávila. El equilibrio de las masas, llenas de contención clásica, incluso en la movida escena del martirio, permiten destacar la nativa elegancia de Subirachs, de quien tanto cabe esperar, ya que nunca se repite —es enemigo de fórmulas estereotipadas—, aunque sea siempre fiel a sí mismo. Serrano presenta un Crucificado cuyos brazos se hallan absorbidos en los de la Cruz, de admirable factura y ejemplar sobriedad.

En Arquitectura, reina de las Artes y al servicio de la cual se han hallado en las grandes épocas las restantes, presentan excelentes proyectos Cavestany y Moneo y una ambiciosa maqueta Lamela, maqueta en cuya entrada he imaginado, al contemplarla, el altorrelieve de Subirachs recién comentado, y a causa de lo cual he alterado el orden lógico, haciendo que la escultura precediese a la arquitectura. La iglesia de Lamela es un juego perfecto de masas, líneas y espacios vacíos. Los patios exteriores, concebidos en función del alzado de la Iglesia, la contrapesan, haciéndola surgir con toda la contención y aplomo, pero también con toda la elegancia querida; el in-

terior es puro espacio aéreo, sin nada que lo divida o acorte, y el tejado, descendiendo por los laterales, llena en parte la misión de los muros inexistentes. Aquí obtiene todas sus posibilidades el hormigón, que es en esta maqueta de Lamela capaz de alcanzar tanta airosidad, gracia y belleza como la piedra en sus más granados momentos, permitiendo, al igual que en el milagro gótico, prescindir de paredes y ornamentos innecesarios y limitarse a ser única y exclusivamente arquitectura, es decir, pura belleza de líneas y espacios sabiamente ordenados, delicia no sólo de los ojos, sino, tal vez todavía más, de la inteligencia. Si la misión fundamental de una obra arquitectónica no consiste en alzar una estructura sino en compartir, limitar, ordenar y, sobre todo, crear un espacio interior, esta obra de Lamela, con su redondo y airoso ábside cerrando la equilibrada perspectiva, es simultáneamente modelo de tradicionalidad, por heredar en espíritu el temblor y la elasticidad saturadas de unción religiosa que caracterizaba al espacio romántico y gótico, y modelo también de actualidad, ya que en ella hablan su nuevo lenguaje los nuevos materiales, sin que el hormigón copie a la piedra y sin que el juego de fuerzas se vea coartado por el recuerdo de otras soluciones técnicas que podrían falsear la libre creación de este perfectamente equilibrado espacio interior.

Otro arquitecto, Dolz, presenta piezas de orfebrería de línea purísima, cubos y dados que pueden ser un acertado complemento de ambiciosas obras arquitectónicas como la recién comentada. Pertenece al "Movimiento de nueva ornamentación", y todas sus piezas son piezas únicas, mientras que el "Movimiento Sedi", también representado en la exposición, realiza piezas en serie, concebidas con neta pureza de líneas y al servicio del interior ornato de los templos de nuestro tiempo. La colección de ornamentos litúrgicos que M. A. S. presenta, muy gratos de línea y color, unen acertadamente el valor simbólico y el estético dentro de una gran sobriedad.

Entre los esmaltes de Mainard destaca una Virgen, dulcísima a través de su delicada gradación de tonos y que permite trasparentar la ternura con que ha sido compuesta. La francesa Maud Westerdhall, casada con el crítico sueco que tan afanosamente ha luchado en las Islas Canarias en pro del arte nuevo, presenta unas bellísimas arcas, de enorme valor decorativo, y en las que el juego de volúmenes es tan importante como las bellísimas calidades cromáticas de las superficies externas. Nacida Maud en Limoges, la ciudad de Europa que cuenta desde hace un milenio con el más deslumbrante conjunto de esmaltistas que nuestra occidental cultura ha producido, ha podido beneficiarse desde su infancia de esa rica tradición, viva aún en nuestros días, en los que se renueva acertadamente, adaptada al es-

tilo que los tiempos imponen, pero sin descender ni en calidades estéticas ni en rigor técnico. La señora de Westerdhall continúa también la tradición de su ciudad natal y sus breves arcas son de unas tonalidades mates y de una delicada y elegante contención de forma en las que se percibe a primera vista el medido y refinado genio de Francia.

III

La pintura ocupa en esta exposición, como en tantas otras colectivas, la parte preponderante. Veintitrés pintores concurren a ella y todos ellos presentan obras que si no en todos los casos alcanzan la categoría de lo genial, son por lo menos de una muy laudable perfección técnica. Un elegante dibujo de Mignoni continúa la línea general en su obra, en la que la delicadeza y la finura de la grafía se armonizan con el refinamiento de la ejecución y la pulcritud del color; ofrece Cristino Vera un muy bien compuesto bodegón, suelto de ejecución y sobrio, aunque muy matizado, de color, "A los pies de Cristo", en el que los humildes objetos que lo componen parecen constituir un artesano homenaje al tercio inferior de una imagen del Crucificado que corona el conjunto; rejuvenece Villaseñor, fiel aún a su gama de grises matizados, la composición clásica, entre piramidal y diagonal, logrando un armónico grupo, con rápida y valiente aplicación de la pasta; nos ofrece Farreras un monje en blanco, de tan española tradición, en el que los dedos del artistas sustituyen con soltura a la espátula y en el que los geométricos blancos destacan acertadamente sobre los profundos marrones en las zonas mejor contrastadas; siente Aracena la tentación del expresionismo, aunque a mí me haga pensar más que en el cercano precedente pictórico nórdico, en la lejana tradición escultórica vallisoletana; construye el padre Máximo Cerezo, recién ordenado y joven pintor de tan sólo veintitantos años, una bien movida y ordenada composición de hábil grafía, pintada sobre lienzo burdo, cuya gruesa trama se percibe a través de la tenue pintura, intensificando así su deseado aire de estudiada espontaneidad, y mezcla Medina sus gamas con esa inimitable delicadeza y grácil refinamiento que constituye la característica más destacada de toda su obra, y parece ofrecer un alma dorada a través de sus planos y ambiguos colores.

Ofrece además Darro una muestra del malogrado Pascual de Lara, una amplia composición de vivísimo colorido, incipiente geometrismo y mentalidad de pintura mural. Igual mentalidad mural ha presidido a la realización de la bellísima Virgen de Antonio





Subirachs: Puerta para la Iglesia de Nuestra Señora del Camino, de León.

Hernández Carpe, cuadro de formato muy alargado, pintado sobre tabla, utilizando caseínas y aplicando las tierras directamente. El colorido de fresco medioeval se halla plenamente conseguido y se adapta sin fisura al espíritu de la obra y a su plana concepción espacial, hábilmente estudiada y resuelta.

De las dos obras presentadas por Labra, ambas de original formato, una muy apaisada, representando una Virgen con un grupo de tres ángeles a cada lado, y otra, un monje de estupendo arabesco, pintado sobre táblex, aunque con espíritu de fresco, y tan alargado como la virgen de Carpe, yo prefiero, indudablemente, el segundo, aunque no haya sido esa la opinión dominante. En este monje la elegancia de línea es tan extremada, que se halla a dos dedos del amaneramiento —o del manierismo, por lo menos—, y si no cae en él, ello basta, dada la concepción de la figura, para garantizar la genialidad de su autor. El recuerdo del más plano, curvilíneo y envolvente Picasso preside a esta obra, lo cual no quiere decir que haya en ella ninguna concreta influencia del máximo pintor español actual, sino simplemente que Labra tiene aquí un arabesco y un sentido del ritmo dibujístico y de las estructuras de los planos coloreados que se hermana en espíritu con la de algunas finísimas estructuras postcubistas del maestro malagueño. El cuadro de la Virgen, también delicadísimo y construído con una deliciosa sinfonía de azules, es ligero —voluntariamente ligero— de color y volumen de pasta, tal vez para intensificar su dulzura y extraterrena armonía. Los ángeles músicos del Pórtico de la Gloria, o la mejor pintura medioeval, parecen hallarse en la fuente de la tradición de este tenue conjunto que, sin imitar ese pasado, ha sabido asimilarse su espíritu.

Vento, siempre igual a sí mismo, haga arte abstracto, o informal, o simbolista, o expresionista, presenta aquí una fuerte pintura, bastante espectacular, como todas las suyas, no demasiado lisa en su última superficie, ya que ésta se halla llena de pequeños relieves que dan unas leves y muy bien estudiadas ondulaciones a la última capa de pasta, trabajada directamente con los dedos, que logran estructuras más matizadas, a veces, que las de las espátulas. Los ocres y los negros son perfectos en Vento, y más perfectos todavía los blancos, y más aún la superposición de éstos sobre aquéllos, siempre con suprema maestría técnica y con una honda y viril valentía.

Como al hablar de Vento acabo de hablar de un pintor de estilo inconfundible, quiero cerrar con otro de estilo también inconfundible, y también, haga lo que haga, siempre igual a sí mismo, la parte dedicada en esta crónica a la pintura. El "Refectorio de monjes", del inconfundible, inimitable y personalísimo Lapayese, no sólo no es la mejor obra de este joven y extraordinario maestro, sino que ni tan

siquiera es su mejor obra de temática y espíritu sacro, ya que en estos mismos días expone en Bellas Artes una gigantesca "Sagrada Cena", auténtica obra maestra que merecería para ella sola un largo y ditirámbico ensayo, y un delicado, finísimo San Francisco, en el Museo de Arte Moderno, obras ambas de mayor calidad. A pesar de ello, este Refectorio de Darro, que dentro de la total obra de Lapayese no pasa de ser un cuadro más, es, no obstante, uno de los mejores de la exposición que estoy comentando. En Lapayese —y estremece pensar que este pintor no ha cumplido aún treinta y cinco años— se realiza el milagro de que una genialidad indiscutible coincida con una maestría técnica en absoluta posesión de todos los recursos de oficio. En el Refectorio la composición perfecta, los estupendos colores planos, la gran densidad de la pasta, los seguros nada fortuitos ni nerviosos, sino siempre lentos y medidos acuchillados; el geometrismo flexible, armónicamente combinado con superpuestos y no muy extensos arabescos curvos, todo lo que representa la más depurada y constructiva tradición de la mejor pintura española, contribuye, al igual que en todas las restantes obras de Lapayese, a crear un cuadro vivo y admirable, en el que genialidad y maestría se hermanan. Verdad es, ya que no quiero que el justo elogio pueda parecer excesivo, que aún no ha alcanzado Lapayese esa exquisita calidad casi vegetal que constituye la casi comestible superficie de los bodegones, marinas o retratos de Cossío, y que tampoco ha obtenido aún esa capacidad de deslumbramiento instantáneo que se patentiza en muchos cuadros de Picasso, incluso en algunos deficientemente pintados, pero no debe olvidarse que Lapayese se halla aún en los inicios de su camino y que no son abundantes los grandes maestros que alcanzaron ya la casi total perfección en los años iniciales de su carrera artística. Un único peligro veo yo hoy en Lapayese, y es el de que se repita excesivamente y acabe por crearse no sólo un estilo, cosa que ya posee y es laudable, sino una invariable manera en la que cómodamente anclado no sienta deseos, ni de renovarse, ni de ofrecernos esa casi milagrosa pintura que cabe esperar de él. Verdad es que contemplando los notables tonos rojizos, los añiles y azules, y, sobre todo, los trabajadísimos blancos del Refectorio, y los rostros geométricamente curvos, sin detalles interiores, pero meditativamente vivos dentro de su único y uniforme color plano, se ven tantas posibilidad en Lapayese, que puede rechazarse ese temor de que caiga en un nuevo manierismo.

Todos los españoles que hayan contemplado esta espléndida exposición creo que compartirán conmigo mi fe en las extraordinarias realizaciones que ha logrado ya el arte sacro español, y en las brillantes posibilidades que espero convierta en realidad en un futuro

inmediato, y tal vez esta esperanza y este afianzamiento de nuestra fe, sean el mejor de todos los frutos que esta realización excelente haya producido.

CARLOS ANTONIO AREÁN.

A PROPÓSITO DE "MÚSICA EN COMPOSTELA"

Del 22 de agosto al 19 de septiembre pasados se celebró en Santiago el II Curso internacional de Interpretación e Información de la Música Española. Por segunda vez, el Hostal de los Reyes Católicos albergó durante unas semanas a profesores españoles y extranjeros, a becarios —sin que ello equivalga siempre a alumnos— españoles y extranjeros, todos ellos reunidos por iniciativa de la Dirección General de Relaciones Culturales. Andrés Segovia —guitarra—, André Gertler y Josefina Salvador —violín—, Gaspar Cassadó —violoncelo—, Federico Mompou, Alicia de Larrocha y Antonio Iglesias —piano—, Victoria de los Ángeles López y Conchita Badía —canto—, el ya citado Gaspar Cassadó con la colaboración de los becarios Edmond Stoutz y Cristóbal Halfter —música de cámara—, Alejandro Tansman y André Jolivet, con la colaboración de Joaquín Rodrigo —composición—, formaban el cuadro docente. Junto a los cursos normales que hemos enumerado, otras enseñanzas de carácter monográfico: R. Defossez trató sobre problemas anejos a la interpretación de obras españolas para orquesta; Rafael Martínez, sobre el cine sonoro y la aportación española al mismo; A. Fernández Cid, sobre Granados y Albéniz; y bajo el nombre de Seminario de Música Antigua, y sujetos a lo que la palabra "Seminario" significa en los ambientes pedagógicos superiores, Franzpeter Goebels, August Wenzinger, Charles Jacobs —de quien el curso publicó un trabajo sobre "La interpretación de la música española del siglo XVI para instrumentos de teclado"— y Genoveva Gálvez, plantearon los problemas que ofrece la música española para tecla y otros instrumentos, de los siglos XVI al XVIII, en relación con la música europea coetánea.

Si Santiago de Compostela y el Hostal se abrieron para el Curso, éste no se encerró en sí mismo. La ciudad vivió días musicales que justifican el nombre del curso: "Música en Compostela". En colaboración con la Sociedad Filarmónica de Santiago se celebraron cuatro conciertos. En un ambiente más íntimo —cursillistas y "Amigos de Música en Compostela"— se celebraron otras muchas audiciones. No vamos a dar el detalle de todos y cada uno de los conciertos,

en los que intervinieron profesores y becarios españoles y extranjeros. Sus programas fueron amplios en el tiempo y en el espacio. Música que abarca varios siglos y varios países. Amplitud de formas y medios ejecutantes. Polifonía, obras para cuarteto de violas de gamba y viola de gamba y clave, para clave, guitarra, violín y piano, piano, canto y conjuntos de cámara. La polifonía y música instrumental española del siglo XVI, la música española de los siglos XVII y XVIII, el genio precoz de Arriaga, nuestros compositores contemporáneos ya difundidos y los que necesitan difusión. En oposición —sin vencedores ni vencidos—, música universal de las épocas citadas. Intérpretes: el cuadro de profesores y los becarios, con obras propias o ajenas. Y para huir de la vaguedad anterior, he aquí dos programas: el concierto homenaje a Manuel de Falla y la audición —primera audición moderna— de obras del maestro de capilla de Santiago, fray José de Vaquedano. Del primero se programó el concierto para clave y siete instrumentos, dirigido por Cristóbal Halfter y con Franzpeter Goebels al clave; *Psyché,* interpretado por Conchita Badía y dirigido por Edmond Stoutz; *Homenaje a Debussy,* por Andrés Segovia, y obras para voz y piano por Conchita Badía y Alicia de Larrocha. De Falla, citar su nombre es suficiente. No se puede hacer lo mismo con fray José de Vaquedano. Conocidos son algunos señeros nombres de compositores españoles del siglo XVI, una minoría, pero suficiente para demostrar unos mínimos conocimientos de historia de la música española. ¿Se puede decir lo mismo de los dos siglos siguientes? Si exceptuamos al P. Antonio Soler y algún compositor de obras para guitarra, creo que pocos nombres más —casi ninguno— conocen los que tienen un mínimo de cultura musical. Y en España no pasaron dos siglos sin música ni compositores. No quiero ahora juzgar su valía creadora, dentro del marco español o en relación con la música de otros países europeos. Falta muchísimo por hacer, por conocer, para poder dar un juicio crítico y para separar lo que tiene un interés musicológico de lo que ofrece un interés musical. Un Curso de Interpretación e Información de la música española creo que tiene el deber —o en caso contrario limitarse a decir Curso de interpretación— de informar a españoles y extranjeros sobre música española. Y si en el curso se dieron a conocer obras contemporáneas, era natural que se hiciera lo mismo con las obras antiguas. Y se hizo. Se hizo con obras del siglo XVI, más conocidas, me atrevería a decir, a pesar de la limitación de los que las conocen. Pero también se exploró la música de los dos siglos "oscuros" —por falta de conocimiento— de nuestra música. Entre otras obras dadas a conocer, figuran las del citado maestro de capilla de la catedral de Santiago. De las Descalzas Reales de Madrid, pasó a Santiago, en 1681, el merce-

dario fray José de Vaquedano. En 1710 fue jubilado de su puesto de maestro de capilla, y en 1711 moría en la citada ciudad. Estos datos sólo sirven para situarlo cronológicamente. El P. José López Calo, S. J., dio a conocer su biografía en Santiago en un artículo publicado en el *Anuario Musical,* vol. X, de 1955. El mismo jesuíta fue quien facilitó los materiales que permitieron preparar el concierto que se celebró en la iglesia del Real Monasterio de San Martín Pinario, bajo la presidencia del excelentísimo señor ministro de Educación Nacional. Dos motetes a voces, una sonata a tres y un villancico para voz, flauta, arpa y continuo integraban el programa. Intervinieron los becarios de canto y de música de cámara, dirigidos, respectivamente, por Ricardo Ruiz Baquero y Edmond Stoutz, actuando como solistas María Rosa Barbany —soprano—, María Rosa Calvo —arpa—, Charles McGuire —flauta—, Enrique Correa y Carlos Baena —violoncelos—.

La Capilla del Hostal de los Reyes Católicos recibió a los becarios del curso, los cuales entraron cantando el medieval Canto de Ultreia, en reciente transcripción de monseñor Higinio Anglés, para el acto inaugural. Intervinieron en dicho acto don Luis Legaz Lacambra, rector de la universidad, y don José Miguel Ruiz Morales, director general de Relaciones Culturales. En el acto de clausura del curso se distribuyeron diplomas de asiduidad.

Decía antes que el curso no se encerró en sí mismo sino que se vertió a Santiago. No sólo a Santiago. Lugo, Ribadeo, Pontevedra y en especial Orense, recibieron al curso y éste dio a conocer la música practicada en las aulas. En Orense se celebró un concierto de clausura en el que fue ofrecido el trofeo "Música en Compostela", creado por la Diputación Provincial de Orense, y otorgado este año al violinista Agustín León Ara. Casi se podría considerar como continuación del curso la semana musical organizada por el Conservatorio de Orense, en la que intervinieron varios de los becarios del mismo.

¿Tiene interés para el español o el extranjero el Curso de Santiago? Una respuesta sin restricciones: sí. Dejamos a un lado lo imputable a su juventud y lo imputable a toda obra humana. Es necesario dar a conocer —a españoles y a extranjeros— la interpretación de la música española. Es necesario informar sobre la música española antigua y actual, desconocida a unos y a otros. Si éstas son las dos finalidades del Curso, debe tenerse mucho en cuenta que no es éste un curso de formación —en un sentido muy estricto—, pues sin lo antes señalado nadie puede considerarse plenamente formado. Hay un nivel mínimo que debe exigirse a españoles y extranjeros para que las clases puedan tener plena eficacia. Es éste un punto fundamental. "Música en Compostela" no es un conservatorio —y con ello

no quiero despreciar ni menospreciar la labor que realizan los conservatorios españoles y extranjeros—, sino que tiene una misión distinta y definida —o al menos debe tenerla— que exige, por otra parte, una preparación previa, una ordenación y una previsión de todo. Este todo es muy amplio: problemas de alojamiento —especialmente de refectorio—, problemas técnicos, instrumentos —casi podría limitarse al piano y para todos ellos a salas de estudio—, ordenación horaria, materiales musicales —su finalidad informativa exige imperiosamente el disponer de obras de compositores españoles de todas las épocas, impresas o en copias manuscritas, y de libros y revistas sobre música española—, coordinación, etc (y en este etcétera se incluye tiempo para reunirse los afines a beber vino de Ribeiro, mientras la conversación discurre sobre temas diversos, aunque sólo alguno de ellos sea de música). Es grande y eficaz lo realizado, pero como todos queremos que sea mayor todavía y muchísimo más eficaz lo que hay que realizar, es por lo que se debe procurar, con tiempo, sin improvisaciones y con meditación, lo preciso para su logro. Dos cursos se han celebrado ya. Faltan bastantes meses para el tercer curso. Si el intervalo entre dos cursos se aprovecha, incorporando las experiencias anteriores, "Música en Compostela" cumplirá sus fines. Además de abrir a los españoles y extranjeros el horizonte de la música española, servirá de contraste, de confrontación de lo nuestro con lo de fuera en un campo muy amplio: desde nuestra formación pedagógica a nuestros compositores, pasando por los intérpretes.

Como final, una sugerencia. Desconozco los órganos que existen en Santiago. Son muchas sus iglesias, pero también es grande el descuido hacia nuestros órganos antiguos. Si en Santiago existiera algún órgano antiguo español del siglo XVII o XVIII, ¿no podría ser restaurado, por organero enterado y técnico en órganos antiguos? Las diferencias son grandes entre órganos antiguos españoles y los de otros países. Creo que valdría la pena incorporar este instrumento, en su forma antigua, al Curso y a los conciertos organizados por el mismo.

JAIME MOLL.



LUIS ASTRANA MARÍN

Los diarios de la noche del pasado 4 de diciembre nos trajeron la noticia del fallecimiento de don Luis Astrana Marín. El día antes el ilustre escritor había hecho su vida normal. Por la tarde estuvo en

un "cock-tail" ofrecido en el estudio del escultor Luis de Ávalos. Allí charló, comentó, concertó citas... Regresó a su casa a la hora habitual, y, ya de madrugada, se sintió enfermo. A primera hora de la mañana, le llegaba la muerte, a consecuencia de una embolia cerebral. La noticia, con su absoluta imprevisión, produjo un patético estupor en cuantos conocían, querían y admiraban al autor de la *Vida heroica y ejemplar de Miguel de Cervantes.*

* * *

Astrana Marín había nacido en Villaescusa de Haro (Cuenca), el 5 de agosto de 1889. Contaba, pues, al morir, los setenta años. Realizó estudios en el colegio de franciscanos descalzos de Belmonte (él mismo escribiría en una ocasión: "Tiene la villa dos conventos de monjas y uno de frailes (donde el que esto escribe, si no parece vanidad la cita, cursó durante seis años [1900-1906] Humanidades y filosofía) y una ermita primorosa extramuros, Nuestra Señora de Gracia, azucena entre palmeras y evónimos"), y, después, a los dieciséis años, ingresó en el seminario de Cuenca, que abandonó en 1909 sin haber concluído la carrera sacerdotal. En este tiempo estudió lenguas clásicas, lenguas modernas y otras disciplinas que le dieron una honda formación humanística, y, a la vez, comenzó a desarrollar su apasionada vocación literaria e investigadora.

Tras algunos viajes por varias naciones europeas, se instaló en Madrid (1911), que había de ser centro de la vida del escritor hasta su muerte.

El perfil literario de don Luis Astrana Marín era una amplia y recia personalidad. Si su faceta más conocida destacaba de investigador y biógrafo, ahora, aunque sea en recuento apresurado, no hemos de olvidar al novelista, al autor de cuentos, al dramaturgo, al traductor, al articulista, al conferenciante..., que a todos estos géneros se acercó —con mayor o menor entrega— la noble curiosidad del escritor.

Algunos títulos destacados en su obra son, en el género biográfico, *Vida azarosa de Lope de Vega, Vida turbulenta de Quevedo, Vida genial y trágica de Séneca, Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes;* en el novelístico, *El sueño de la reina de Mab, Cuando surge la duda;* multitud de ensayos y artículos, la mayoría sobre historia y crítica literarias, están recogidos en volúmenes como los titulados *El libro de los plagios, El cortejo de Minerva, Cervantinas;* al género teatral pertenecen *Luz de playa* —comedia lírica— y *Gitanos* —drama—; y cuentos, y una enorme cantidad de artículos —cuyo número será muy difícil determinar con exactitud— desparramados por las

páginas de la prensa periódica... Quevedo fue una de sus devociones máximas y a él consagró, junto a la biografía antes citada, estudios diversos, además de editar sus obras completas. Aspecto de esencial relieve en las tareas de Astrana Marín es su dedicación shakespiriana: tradujo a nuestra lengua la producción íntegra del autor inglés y acompañó sus impecables versiones de prólogos y estudios de hondo interés. No pretendemos, ni mucho menos, dar una referencia total de las publicaciones del escritor fallecido, sino, únicamente, esbozar, de manera incompleta, la extensión del trabajo que deja realizado. (Interesantísimo sería, y por eso lo apuntamos aquí, la confección de la bibliografía de don Luis Astrana Marín. Ello proporcionaría el índice exacto de la magnitud y continuidad de una labor.)

Entre todas esas varias dedicaciones se impuso, predominantemente, la del investigador sobre la del literato puro, mas siempre puede hallarse, a través de sus páginas, la huella garbosa de un escritor auténtico. Sus biografías, sus reconstrucciones históricas —que tan laboriosa investigación hubieron de suponer— son obras cuya lectura se hace sabrosamente gustosa. Creación máxima en este sentido es, sin duda, el libro consagrado al autor del *Quijote* (*Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra con mil documentos hasta ahora inéditos*...", 7 volúmenes, Madrid, 1948-1958), que no sólo ofrece al detalle la biografía de nuestro primer escritor, sino que nos conduce hasta las entrañas de la existencia española de aquel tiempo.

Tan dilatada labor supuso, es claro, una vocación absoluta, pero, también, una entrega al trabajo verdaderamente ejemplar. Astrana Marín fue siempre un trabajador infatigable, y cuantos se han asomado a archivos y bibliotecas saben de la asidua presencia del escritor en esos centros. Y, ello, en una dedicación pura y limpia que no alcanzó, sin duda, la estimación y recompensa debidas. De aquí, que haya podido escribirse, en la hora de su muerte, "El era —nada más y nada menos— un escritor, con todo lo que esta profesión exige cuando ésta se practica honestamente, auténticamente, de humildad, de esfuerzo, de silencioso heroísmo, de trabajo agotador. Él no era hombre de capillas y grupos, no se prestaba a la servidumbre de quienes reparten prebendas y facilitan ayudas. Trabajaba y vivía solitariamente, y esta soledad le dañó en cuanto a lo material y utilitario de la vida profesional de las letras".

* * *

Preparaba Astrana una biografía de fray Luis de León. El previo andamiaje documental estaba hecho. El libro lo hubiera terminado pronto. Pero, ahora, se nos aparece con la melancolía de la

obra trunca. Atraía poderosamente al erudito la figura del poeta agustino. Ayudaban, quizá, a ello razones de paisanaje —conquenses ambos—. En alguna ocasión Astrana había descrito bellamente el paisaje de Belmonte —donde nació fray Luis, donde estudió él: "Al lado, fuera de la muralla que circunda casi todo el pueblo, crecen algunos pinos. En las lejanías fulge, como cinta de plata, la carretera de la Mota del Cuervo, vertical que hiende el horizonte. Mirando al nordeste, a la izquierda del camino de Villaescusa de Haro, ruinas de molinos de viento, de rancio abolorio en la región. El cielo es de turquesa purísimo, y la atmósfera tan diáfana, que se distinguen El Pedernoso y Las Mesas, y enfrente, Osa de la Vega, Tresjuncos y el castillo asolado de la Puebla de Almenara. Perdura la brisa aun en las horas de la meridición. Fray Luis recordaba esta excelencia de su pueblo, y podía decir con Gil Polo:

do en el día más sereno
no es enojoso el estío.

No abundan aquí, ciertamente, los pájaros, los árboles ni las flores. Pero la luz cegadora, la claridad infinita, el azul del firmamento, la ondulación de la llanura, producen una sensación de paz y de armonía, de austeridad y robustez, más cerca del espíritu que toda la policromía y música de las florestas".

Todo ello —tareas realizadas, proyectos inacabados— nos dice, ahora, cuando él está definitivamente en la verdad, de la personalidad de don Luis Astrana Marín.

JOSÉ MONTERO PADILLA.

† ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA

El día 22 de diciembre de 1959 falleció en Madrid el catedrático de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, don Enrique Gómez Arboleya.

Nacido en Granada el año 1910, obtuvo la cátedra de Filosofía del Derecho en la universidad de su ciudad natal en 1942, y la de Sociología en la universidad de Madrid el año 1954. Era director de la Sección de Sociología del Instituto de Estudios Políticos, miembro de la Asociación "Francisco Suárez" y director de la Sección de Filosofía del Derecho del Instituto Nacional de Estudios Jurídicos. Todavía en el mes de octubre de 1959, presidiendo la delegación española, tuvo una brillante intervención en el IV Congreso Mundial

de Sociología patrocinado por la UNESCO, que se celebró en Stressa.

Sus obras principales son: *Filosofía del Derecho* (libro de texto para su cátedra); *Francisco Suárez, S. J. Situación espiritual. Vida y obra. Metafísica,* Granada, 1946. Este libro es una muy lograda exposición en síntesis de la filosofía del más grande metafísico español, obra escrita con verdadero entusiasmo hacia el autor de las "Disputaciones metafísicas". *La sociedad moderna y los comienzos del saber sociológico,* Madrid, 1954. Su obra de más empeño es la *Historia de la estructura y del pensamiento social,* Madrid, 1957, que había de ser en dos tomos, pero de la que sólo llegó a publicar el primero, que comprende la estructura y el pensamiento sociales del Occidente europeo desde la antigua Grecia hasta fines del siglo XVIII, trabajo documentadísimo y que representa una valiosa síntesis de hechos e ideas.

Publicó gran número de artículos de revista, entre otros, los siguientes: "Sociología de la Ilustración francesa", "Sociología, escuela de humanismo", "Teoría del grupo social", "Sobre el porvenir de la Sociología francesa", "La polis y el saber social de los helenos", "El racionalismo y los códigos europeos", "Supuestos cardinales de la ciencia jurídica moderna", "Posición y ámbito del problema de Europa", "Sobre la noción de persona", y el estudio histórico-crítico "Sociología en España", Madrid, 1958.

El profesor Arboleya, hombre de espíritu abierto, de palabra fácil y gran conocedor de la bibliografía sociológica, ejerció un fecundo magisterio, despertando vocaciones y fue un ejemplar catedrático dotado de excelentes cualidades y muy cumplidor de su deber.

Partiendo de su formación filosófica y de su dedicación a la Filosofía del Derecho, últimamente se interesaba por la Sociología empírica norteamericana y por los métodos cuantitativos y la Sociometría. De su vocación de estudioso deja buen testimonio con lo que publicó, pero mucho cabía esperar de su esfuerzo constante e intenso, y la Universidad española, al morir el profesor Arboleya, perdió uno de sus más ilustres maestros.

JESÚS TOBÍO FERNÁNDEZ.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS GENERALES

IDEAS CONTEMPORANEAS

Como si preparase su testamento, el hombre occidental moderno se dedica a un inventario apresurado de sus bienes espirituales. Es André Malraux quien, en una alusión de pasada a este hecho, emplea la palabra "apresurado". Y así es, en efecto. Y no sólo recoge en él todo su pasado, sino el de todas las demás culturas, incluyendo la prehistoria y sus supuestas supervivencias. Hay una gran cantidad de libros consagrados a este afán. De esta literatura semitestamentaria de recopilación, es un ejemplo la Colección "Panoramas", originales o traducidos, que publican las Ediciones Guadarrama. Los hay dedicados al presente, y a veces, se siente la impresión como de si se quisiera incluir el presente en la historia. En efecto, el presente dura hoy muy poco. Se nos escapa.

Así, el *Panorama de las ideas contemporáneas,* de Gaetan Picon y sus colaboradores. Pretende un resumen de las últimas adquisiciones de la ciencia y del pensamiento en las diversas regiones de la naturaleza y del espíritu, una suerte de antología de textos breves y significativos de los representantes más característicos de la cultura actual, en Filosofía, Psicología, Sociología, Filosofía de la Historia, Política, Arte, Religión, Matemáticas y Física, Biología —sigo los capítulos del libro—, para terminar con uno dedicado al Humanismo contemporáneo. Hay en cada capítulo un hilo conductor constituído por la presentación con que los recopiladores

procuran situarlo, y por los comentarios que le añaden. Todo lo cual forma una obra utilísima, no sólo como testimonio histórico de nuestra época para lo venidero, sino para nosotros mismos.

Todas estas ciencias, según resulta de esta exposición, y según nos advierte el ensayo del que la dirige, y que precede al libro, camina por su lado, en direcciones independientes, con escasos asomos de convergencia. En el siglo pasado, el positivismo había llegado a construir un sistema, más o menos provisional, que tiene su más famoso ejemplo en la síntesis de Herbert Spencer (nombre que suena tan a viejo); sistema demasiado perfecto para responder a la realidad, y que se podía considerar, en cierto modo, simétricamente opuesto al tradicional, tal como lo exponía la escolástica moderna —singularmente, la escuela de Lovaina—, apoyándose en los mismos resultados de las ciencias "positivas".

A pesar de lo que se acentúan las disparidades entre ambas épocas, patentes sin duda, no lo es menos la herencia del siglo XIX en el pensamiento científico de hoy. Persiste el propósito de explicar todos los fenómenos por causas mecánicas; persiste, en la mayoría, acaso, de sus representantes, el optimismo de antaño, y para el público, la ciencia se justifica, en última instancia, por el feliz resultado de sus aplicaciones.

Sin embargo, las diferencias son de un alcance tal, que pudieran, en poco tiempo, hacer cambiar estas actitudes. Se nos ha revelado —si esto puede decirse— un nuevo universo, que ya no es el de Newton y de Laplace, y que nos resulta ininteligible. "Se nos conmina —dice Gaetan Picon— a admitir una realidad discontinua y quizá indeterminada, una curvatura del espacio, un mundo ni finito ni infinito, cerrado y, no obstante, sin límites —un mundo tal, que un viajero que saliera en línea recta volvería a su punto de partida—, un tiempo que sería como una dimensión nueva de la extensión; la identidad de la energía y de la materia, geometrías válidas para espacios que no son ya el de nuestra percepción. La nueva lógica supera la antinomia de lo verdadero y lo falso... tanto que se puede pensar lo sin sentido, y que lo que tiene sentido no puede ser pensado. Las proposiciones matemáticas ya no son evidencias iniciales, y el pensamiento que las encadena pierde su necesidad... Por todas partes surgen realidades que invierten nuestras evidencias. Las hemos obligado a aparecer." Todo esto parecen ser resultados inevitables de una investigación extremadamente rigurosa, lúcida, infalible. Sin embargo, leyendo algunos de los textos aquí aducidos, se nota, a veces, en los expositores de estas ideas, como cierto secreto temblor de incertidumbre; acaso sea ésta una condición necesaria del saber actual, que no por eso autorice nuestra desconfianza.

Gaetan Picon reconoce que esto contradice la tendencia natural del pensamiento humano. Pero más inquietantes, en favor o en contra, son los resultados prácticos: "Hay máquinas que piensan por nosotros, que resuelven problemas que el hombre consideraba insolubles. Los aviones atraviesan nuestro cielo más rápidos que el sonido. Las señales luminosas que regulan la circulación de nuestras capitales imponen a cada uno la idea elemental de la cibernética. Se admiten inscripciones para la salida del primer cohete interplanetario. Invisible, irreal, el átomo tiene el planeta a su

merced..." Hay quien, considerando todo esto en conjunto, se asombra de que aún se escriban versos y se pinten cuadros. Sin embargo, el arte vive y goza de una importancia suficiente para ocupar 122 páginas en este *Panorama,* doble que la física y las matemáticas. Y es también creador de mundos nuevos, tan extraños, tan dispares y tan perturbadores como los de la física. En último caso, si no fueran sus aplicaciones prácticas, del mundo de la física, aun de la física misma, se podría prescindir; pero no parece —a pesar de ciertas previsiones de Hegel— que, por ahora, se pueda prescindir del arte. Hablar de su papel presente y futuro, nos llevaría demasiado lejos.

La significación del arte se relaciona estrechamente con la cuestión del humanismo contemporáneo, como la biología en sus aplicaciones —algunas de las cuales rozan la magia negra— se relaciona con la moral.

El capítulo sobre el Humanismo contemporáneo es el que mejor nos puede mostrar las graves discordancias del pensamiento actual. Parte de la crisis a que responde; el título lo resume de tal modo, que prejuzga ya lo que viene después: "El hundimiento de los valores tradicionales y la crisis de la civilización." Este título es un tópico de nuestros tiempos, un tópico que ya fatiga y aburre; pero es la constatación de un hecho patente, cuyas causas, poco más o menos, conoce todo el mundo. Hundimiento de los valores, de los "principios que orientan la existencia humana y en nombre de los cuales juzgamos nuestras acciones"... "En el siglo XIX —dice aquí Gaetan Picon— la ética tradicional (los franceses propenden siempre a la moral teórica), la de la sociedad liberal, reposaba a la vez sobre el humanismo grecolatino, sobre la moral cristiana y sobre el racionalismo de la filosofía de las luces." Ya es una buena mezcla, un compuesto esencialmente inestable, que era imposible mantener largo tiempo. Sería preciso reconocer de una vez que la crisis es, en primer lugar, religiosa. Se repite: "Dios ha muerto", y se vacila en confesar que sin Dios, la vida del hombre y la existencia del mundo no tienen sentido; que con eso, se ha hecho imposible una concepción del mundo, un universo representable en el que el hombre pudiera caminar seguro. Pero en esto, ¿no tienen ninguna culpa el racionalismo de la filosofía de las luces y la ciencia que de aquellas concepciones ha venido a dar en las presentes? Martín Buber, en su libro *¿Qué es el hombre?,* dice: "La generación que asimile la cosmología moderna al grado de convertirla en su pensamiento natural, habrá de ser la primera que, después de varios milenios de imágenes cambiantes del universo, habrá de renunciar a la posesión de una imagen de su mundo." Este pensador no es tan conocido para figurar en la antología de Picon, aunque acierte en explicar por esta causa la inquietud y la angustia contemporánea.

Religiosa en primer lugar. En las páginas de este capítulo, clama Unamuno para que le devuelvan el alma (para que le devuelvan a Dios): "... a descatolizar a Europa han contribuído el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, sustituyendo aquel ideal de vida eterna ultraterrena por el ideal del progreso, de la razón, de la ciencia. O mejor, de la Ciencia con letra mayúscula."

Pero tampoco estos ideales tienen ya la vigencia que tuvieron en el si-

glo pasado. Las realizaciones de la técnica científica son tan prodigiosas, que ya no producen ilusión ni pasmo; la gente pierde ya la facultad de asombrarse. Todo este progreso material causa, en cambio, cierta inquietud. Las mismas teorías científicas infunden en muchos un inevitable desasosiego. Tiñen la vida de incertidumbre y de una molesta expectación. En el ensayo preliminar, reconoce Picon este estado de espíritu: "En ninguna época se ha vivido más contradictoriamente... Todo el mundo sabe lo que es la angustia contemporánea... Del Dios muerto, de la razón rechazada, de un cosmos y de una historia ininteligibles, surge una sombra en la que se revela nuestra nada... La lucidez es nuestra única arma, pero implacablemente destructora: nos vemos suficientemente bien para no amarnos"... El reverso de esta medalla es el siguiente: "El orgullo contemporáneo es tan fuerte como la angustia contemporánea... A menudo sístole y diástole de un mismo corazón... La ciencia contemporánea impone, en cualquier caso, la más alta idea del hombre que hubo nunca. Es el momento del hombre en la cumbre de su poder y de sus fuerzas universalmente unidas."

Es decir: el pecado supremo, la soberbia que levantó la Torre de Babel. El reverso de la angustia es el pecado... Es lo único que se cree poder oponer a la desilusión, por eso la soberbia aparece, más o menos acentuada, en todas las direcciones del Humanismo contemporáneo que aquí se nos ofrecen, a saber: un Humanismo poético, un Humanismo heroico, un Humanismo existencialista, un Humanismo personalista, un Humanismo marxista, un Humanismo científico, y van seis. Suponiendo que Gaetan Picon hubiera recogido todas las direcciones fundamentales, ya son suficientes para mostrar la dispersión del pensamiento contemporáneo que pretende ser creador.

Pero, ¿es que no se puede hablar ya de un Humanismo cristiano? ¿No hay otros que pretenden remontarse a las tradiciones primordiales, o incorporar la sabiduría del Oriente, o direcciones no hace mucho desacreditadas del pensamiento? Asomos de esto se encuentran en el *Panorama*: René Guénon, Sri Aurobindo, Roland de Renneville, los surrealistas...

Precisamente, el primero de éstos, en su *Introducción al estudio de las doctrinas hindúes,* señala de este modo las características del pensamiento occidental: "... los europeos, desde que creyeron en el "progreso" y en la "evolución", es decir, desde hace más de un siglo, quieren ver en esto —en la estabilidad de las civilizaciones orientales— un signo de inferioridad, mientras que por el contrario, nosotros vemos un estado de equilibrio que la civilización occidental se ha mostrado incapaz de alcanzar. Esta estabilidad se afirma por otra parte en las cosas pequeñas lo mismo que en las grandes, y se puede encontrar un ejemplo notable en el hecho de que la "moda" con sus variaciones continuas, sólo existe en los países occidentales. En suma, el occidental, y sobre todo el occidental moderno, aparece como esencialmente veleidoso e inconstante, aspirando sólo al movimiento y a la agitación, en tanto que el oriental presenta exactamente el carácter opuesto." Es evidente que esta inquieta versatilidad ha venido a desembocar en el "hundimiento de los valores", en las radicales discordancias del pensamiento contemporáneo, en la crisis de los fundamentos de nuestra

civilización. Lo peor es que parece que hemos contagiado a los pueblos de otras partes del mundo, que aún conservaban sus culturas tradicionales.

Entre nosotros, sólo el Humanismo científico y el Humanismo marxista, coincidente en parte con él, conservan el trasnochado optimismo del siglo XIX. Los demás que presenta Gaetan Picon son, en realidad, posturas desesperadas del "orgullo contemporáneo", de una exaltación enfática del hombre, en una autolatría que es por sí misma un síntoma de inseguridad. Así, Gide; así, Montherlant, que, consciente de la contradicción y de lo trágico de la "situación humana", proclama un humanismo heroico que prevé la derrota, un "*quand même*", que recuerda extrañamente un párrafo de Wilhelm Deubel, un discípulo de L. Klages, que dice: "Un rasgo profundo del alma germánica, desde la bruma de la prehistoria, se expresa en las autodestrucciones, en las efusiones pródigas de nuestra sustancia, en los naufragios heroicos y los trágicos crepúsculos de nuestras divinidades míticas y de nuestros destinos históricos"... Lo que pudiera llamarse "psicología de la Goettedaemmerung"; así Sartre, consecuente con el temperamento de la época, funda una moral de la intranquilidad, cuya única ley es el "compromiso", o sea, algo así como la libre aniquilación de la libertad; así, ni Jaspers, ni Marcel, ni ningún otro de los que siguen estos caminos, con mejor intención, a nuestro juicio, que Sartre y que el mismo Heidegger, logran comunicarnos algo terminante, no nos proponen un conjuro poderoso contra el absurdo y contra la nada, que nos esperan a la salida del optimismo científico, del "hombre total" de Marx, del puro heroísmo y de la emoción trascendente que pudiera ofrecernos "una forma poética de existencia".

Al final del *Panorama,* nos dice Laín Entralgo, con Zubiri, que "en el horizonte natural del europeo, no hay sólo "lo que hay", tiene que haber también concebido de un modo o de otro... "lo que hace que haya"; es una visión optimista, la de Laín, pero orientada, con un sentido muy amplio, hacia la tradición. Al final del ensayo preliminar, nos había dicho Gaetan Picon: "Es necesario dejar de reconocer lo real para conocerlo; hay que volver el mundo al caos, para hacer que surja de él, al fin, una imagen reveladora". Es algo que recuerda la leyenda de la redoma encantada en que se encerró don Enrique de Villena, hecho jigote, para renacer restituído a la juventud... Igual ocurre hoy con el mundo y con el hombre.—*Vicente Risco.*

HISTORIA

EL HOMBRE A TRAVES DEL TIEMPO

El maestro de la Historia no tiene sólo la preocupación científica por un pasado remoto y difícil de conocer, para reconstruirlo concienzuda y metódicamente. Ni es tan sólo la enumeración verídica y ordenada de los acontecimientos de la humanidad lo que trata de inculcar en sus discípulos y lectores. Antes bien, con un hondo sentido de la historia, trata, ante todo, de ofrecernos, a través de su narración histórica, la plena lección del pa-

sado. Tal que nos permita penetrar en la vitalidad y actualidad de las viejas culturas que nos precedieron y dieron forma, mostrándonos la vigencia que mantienen y la conexión que enlaza sus adquisiciones espirituales con las que prevalecen en nuestro propio mundo. Así podremos por el estudio del pasado descubrirnos a nosotros mismos y nuestra razón de ser y pensar, al objeto de que esta lección del pasado imprima a nuestras mentes toda su fuerza renovadora. Sólo así la Historia adquiere su plena valoración y magisterio.

Ciertamente no es tarea fácil esta de mostrar los hilos que desde el pasado conducen hasta el presente, abriéndose camino entre el enmarañado y cada vez más profuso cúmulo de datos que jalonan la historia de la humanidad, y por ello suele ser privativo de muy pocos, sólo los maestros consumados, el logro de tales premisas. Este ha sido también el propósito —plenamente logrado— de los colaboradores del tomo V de la *Enciclopedia Labor* [1]: "La Historia —declaran en el Prólogo— no constituye una simple relación de hechos, sino que supone el esquema de un legado de civilización transmitido por las generaciones que se han sucedido a lo largo del camino trazado por la humanidad en el curso de su existencia. De este modo, ser consciente del hecho civilizador supone la visión conjunta de un amplio panorama, en el que las adquisiciones de orden espiritual y material de cada época se ordenan y conjugan en una vasta perspectiva que las conduce hacia nosotros, e infunde un significado al hecho histórico-cultural que nos ha tocado vivir y mejorar con nuestro esfuerzo y la experiencia atesorada por las generaciones que nos precedieron." Y el mérito de los autores que han colaborado en el presente volumen, profesores Dr. Luis Pericot, D. Enrique Bagué y D. Augusto Panyella, no es menos laudable por esperado, dado el merecido prestigio que justamente les acredita. Porque aquí se trata primeramente de una síntesis histórica y porque además tal síntesis va dirigida no precisamente a especialistas, sino a un gran público, al que tienden específicamente estas enciclopedias de carácter general.

Consiguiente, preside la elaboración histórica del presente trabajo un profundo sentido humanista de la historia, hecho explícito al recoger en el Prólogo la idea de March Bloch: "El objeto de la Historia es, por naturaleza, el hombre; mejor dicho, los hombres. Tras los rasgos sensibles del paisaje, los útiles y las máquinas; tras los escritos aparentemente más glaciales y las instituciones más desligadas, a simple vista, de aquellos que las han establecido, lo que la Historia trata de captar son los hombres." Por todo esto nos parece perfectamente adecuado el expresivo título de "*El hombre a través del tiempo*", que los editores de la *Enciclopedia Labor* han pre-

---

[1] *Enciclopedia Labor*, tomo V: *El hombre a través del tiempo*. Primera parte: La humanidad primitiva. Historia Universal política y de la cultura. Historia de la Iglesia. Documentos de Historia Universal y de la Iglesia, por el Dr. Luis Pericot García, Dr. Augusto Panyella y D. Enrique Bagué. Barcelona, Editorial Labor, S. A., 1958; XL-795 págs.; 1.073 figs.

ferido para encabezar el tomo V, dedicado a la serie de síntesis relativas a la evolución histórica de la humanidad.

La distribución de las materias tratadas en la Enciclopedia se han realizado por los siguientes autores y orden: "El estudio de la Historia", del señor Pericot; "La humanidad primitiva", de los señores Pericot y Panyella; "Historia Universal política y de la cultura", "Historia de la Iglesia" y "Documentos de Historia Universal y de la Iglesia", por el señor Bagué, autor este último al que además ha correspondido el honor de director encargado del presente volumen. La inclusión de una síntesis de Historia de la Iglesia, dentro del cuadro histórico, político y cultural de la humanidad, está plenamente justificada por la misma trabazón íntima que existe entre la etapa de la Humanidad que llega desde Roma hasta nuestros días y el papel histórico del Cristianismo. Por eso mismo el autor ha estimado oportuno incluir la Historia de la Iglesia a continuación del desenvolvimiento de la historia humana, precisamente cuando se conoce el panorama general en que la vida de la Iglesia se despliega.

Tanto para el erudito como para el novicio en materia histórica las páginas iniciales del doctor Pericot sobre el estudio de la Historia constituyen una metodología esencial de la historia, aunque exenta de todo aparato y terminología científica que no sea la absolutamente imprescindible. Por citar algunas de sus orientaciones de la Historia, mencionaremos la necesidad de revisar la actual periodización de la Historia, que sólo razones de orden práctico pueden mantener por algún tiempo. Se pronuncia en contra de todo determinismo histórico, ya sea económico, ya geográfico o cultural; establece que la libertad humana impide el reconocimiento de leyes inmutables para la Historia; todos los sistemas que desde San Agustín hasta nuestros días se han ideado para explicar la Historia, pasando por el pesimismo de Spengler o el positivismo Compte, todos, han dejado insatisfecho al espíritu crítico y, sin embargo, frente a todas estas críticas hay algo que resulta evidente para el historiador católico: "El hombre tiene un destino trascendente, y, dotado de libertad, realiza en la tierra los destinos de la Providencia." Todo el contenido, en definitiva, de este "Estudio de la Historia" debido a la pluma de Pericot es un claro anticipo de los principios que han guiado a los distintos autores que han colaborado en la publicación de este tomo, y en ello radica, a nuestro modo de ver, su principal mérito.

En consecuencia, lejos de una narración fría y muda, de una estadística ordenada de los acontecimientos, en que se convierten aún, por desgracia, no pocas llamadas historias, tenemos ante nuestra vista la auténtica incorporación de los fenómenos culturales y de las ideas, que los han presidido y guiado, a la sucesión de los acontecimientos meramente políticos de la humanidad. Buen ejemplo de esta fina interpretación de la historia dentro de su auténtico marco cultural nos lo ofrece Bagué en las páginas que nos introducen a la llamada Historia Contemporánea. A través de ellas queda plenamente entendida y justificada la marcha, a veces contradictoria, de la Revolución Francesa, sólo explicable por el intenso análisis de las ideas económicas, religiosas, entonces vigentes, por el espíritu

proselitista y dinámico que Rousseau había imbuído a sus lectores... El hecho mismo de la Revolución Francesa no debe entenderse precisamente a partir de los *Estados Generales*, sino de la *Revuelta de los Privilegiados*, iniciada dos años antes: en el estado entonces vigente la revolución sólo podía llegar desde arriba y fue la aristocracia y los miembros de la corte los que precisamente con sus mordaces críticas y ambiciones crearon el ambiente hostil de los Estados Generales, declara Bagué.

El éxito que significa para la Editorial la presentación de este volumen en todos los aspectos de su contenido es innegable: láminas sumamente cuidadas y apropiadas al texto, mapas abundantes, la elocuente selección de textos históricos. Y, frente a esta laudable realidad, carecen de importancia las escasísimas erratas o las pequeñas diferencias de criterio que en algún punto podríamos mostrar: la figura 3 de la página XXXIII está invertida de arriba abajo; en la página 197 se da el año 355 en lugar del año 255 para la derrota de Régulo por Xantipo...

Esperemos, pues, que la segunda parte del tomo V, relativa a la Historia de España y de las naciones iberoamericanas, mantenga la excelente tónica del presente volumen, de modo que no sólo por su presentación, sino también por su impecable contenido queden plenamente compensados los esfuerzos que la Editorial Labor viene realizando en pro de las letras.—*Angel Montenegro Duque.*

GIL NOVALES, ALBERTO: *Las pequeñas Atlántidas. Decadencia y regeneración intelectual de España en los siglos XVIII y XIX.* Col. "Biblioteca Breve", número 137. Edit. Seix Barral. Barcelona, 1959. 208 págs.

Se trata de la reunión de una serie de artículos sobre el tema, que en buena parte fueron publicados anteriormente en distintas revistas. De muy diversa extensión y profundidad, vienen a formar una contribución al tema de la preocupación de España.

De los trece artículos que lo componen, uno sólo es del XVII, mientras al XVIII se refieren cinco y al XIX, siete. Caxa de Leruela es el representante del XVII, a través de su *Restauración de la abundancia de España*. En el XVIII, la esperanzadora llegada de Felipe V es observada a través de unas coplas alusivas (costumbre muy de la época), las *Lavanderas de Carabanchel*, de 1705. Jorge Juan y Ulloa en sus *Noticias secretas*, los Azaras (José Nicolás, en su correspondencia, y Félix, en su obra científica) y Cabarrús son objeto de cuatro ensayos. El XIX se abre con el inquieto Mor de Fuentes y con el análisis de un periódico intelectual de 1803, *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*. El geógrafo Antillón, el economista Flórez Estrada, la *Restauración política* de Franco Salazar y el poeta Espronceda centran el primer tercio del XIX (Flórez y Espronceda, en sus actitudes en torno a Mendizábal), que se cierra con una interesante semblanza del doctor Rubio.

Cierta gracia y desenfado en el estilo, junto con una serie de apreciaciones personales del autor y de

alguna que otra alusión a problemas y circunstancias de nuestros años, contribuyen a hacer de este breve volumen de ensayos un libro de lectura grata.

En conjunto, el libro nos ha gustado, pero consideramos conveniente llamar la atención sobre algunos extremos. El autor parte de la idea de que la corriente que en su libro se recoge corresponde a una tradición en buena parte olvidada. A menudo se dedica con fruición a subrayar descubrimientos. Sólo en el caso de que piense en el gran público culto, es esto admisible; y aún así, hasta cierto punto. La literatura revisionista española, que no ha merecido todavía una obra de conjunto, ha sido objeto en cambio de numerosos y estimables estudios sobre muchos de sus aspectos, que no han sido tenidos en cuenta por el autor de esta obra y que arrancan desde el XVIII a nuestros días. (Citemos tan sólo tres importantes omisiones: la *Biblioteca de los economistas,* de Colmeiro; *España, como problema,* de Laín Entralgo, y la *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII,* de Palacio Atard.) De haber conocido la considerable cantidad de aportaciones existentes directamente sobre el tema, hubiese abandonado la sensación de hallarse ante un tema virgen. Volviendo a usar una oportuna cita de Antillón, que hace Gil Novales (p. 131), en un asunto algo parecido a este que nos ocupa, podríamos decir: "y no nos presenten ustedes al público más atrasados de lo que estamos".

El libro se resiente algo de falta de orden. No hay criterio claro en la selección de autores (junto a los de primer plano, figuras muy secundarias), ni ponderación en la elección por generaciones (de 1705 se salta a Ulloa y de 1836 al momento de la Restauración alfonsina). El interés que hubiera podido tener el plantear un libro sobre figuras poco conocidas o resaltando la continuidad de la preocupación en intensidad y constancia —que existe realmente— se diluye entre las semblanzas un tanto azarosamente escogidas. Existe también algún error inexplicable: tal, la atribución de las *Cartas político-económicas* a Cabarrús, problema éste muy debatido, aún no resuelto y del que aquí no se hace sino montar todo el ensayo sobre unas *Cartas* que posiblemente fueron escritas por alguien que no fue Cabarrús.

Sin que haya ánimo de dar una de cal y otra de arena, temo que las observaciones hechas a este libro escondan ante el lector de esta reseña los valores del ensayo. Entre ellos, el más importante, a nuestro entender, es el toque de clarín penetrante lanzado sobre el tema. Después de la lectura, pensamos que este libro invita a hacer un tratamiento orgánico y sistemático de la cuestión y que este ensayo viene a ser una incitante y prometedora invitación para abordar de una vez el estudio de la literatura revisionista española, que, iniciada bajo los Reyes Católicos, llega a nuestros mismos días y constituyen un aleccionador esfuerzo crítico, característico del español. En este sentido, la constante reivindicación que de los *trabajadores* siglos XVIII y XIX hace Gil Novales nos parece uno de sus fundamentales hallazgos. Otro valor es la es-

pontaneidad. Si en ocasiones esa espontaneidad le ha llevado a descubrir cosas sabidas, en otras esa espontaneidad le ha situado en un coyuntura oportuna para darle al tema una emoción y una sagacidad a la que posiblemente con más erudición no habría llegado. Es por todo esto por lo que volvemos a repetir que, en conjunto, el libro nos ha gustado.—*José Muñoz Pérez.*

HANKE, LEWIS: *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo. Aristóteles y los indios de Hispanoamérica.* Col. "América Nuestra". Editorial Universitaria, S. A. Santiago de Chile, 1958. 156 páginas; 9 láms.

En esta misma revista ARBOR nos hemos ocupado ya de dos libros muy vinculados con la materia del que ahora nos ocupa: el primero de ellos, también del profesor Hanke[1] y una de sus obras más importantes; el segundo[2], el mejor estudio sobre el tema en las Filipinas.

Ahora, en el volumen que nos ocupa, bellamente editado dentro de una colección americanista de síntesis, Hanke vuelve a insistir sobre temas y cuestiones a las que ha dedicado su preferente atención de investigador y en las que está considerado como uno de los más destacados especialistas. Nos referimos al debatido tema del dominio español en Indias, de las polémicas del XVI sobre esta cuestión y de las aportaciones de teólogos y juristas a la misma.

En este libro el análisis principal se centra sobre la controversia de Valladolid, 1550-1551, que tuvo como principales contendores a Las Casas y Sepúlveda y como principales temas la legitimidad de la guerra a los indios y la mejor forma de llevar a cabo esa acción militar.

En unos capítulos preliminares (I a III), Hanke sitúa la cuestión. Para ello analiza la evolución del concepto que de América y de los indígenas se fue teniendo en España y en Europa, desde finales del XV a mediados del XVI; se estudia también la doctrina aristotélica sobre la servidumbre natural y la repercusión de esta teoría en la Baja Edad Media y en el Renacimiento; las posiciones de Las Casas y de Sepúlveda en el período inmediatamente anterior a las sesiones vallisoletanas.

Estas sesiones —nervio del libro— son estudiadas en los capítulos IV a VI. En ellos se analiza sobre todo el pensamiento del aristotélico Sepúlveda, partidario de la esclavitud de los indios y de la guerra justa. Este análisis se hace de manera más detenida, con el objeto de rebatir las tesis sustentadas por O'Gorman, Quirk y Losada. La controversia de Valladolid ya había sido estudiada por el propio Hanke en su *Lucha por la justicia* y además lo ha sido por numerosos es-

---

[1] HANKE, LEWIS: *La lucha por la justicia en la conquista de América.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1949; en t. XVII, núm. 59 (1950), 301-305.

[2] GAYO ARAGÓN, FR. JESÚS, O. P.: *Ideas jurídico-teológicas de los religiosos de Filipinas en el siglo XVI sobre la conquistas de las Islas.* Manila, Imprenta de la Universidad de Santo Tomás, 1950; 242 págs.; en tomo XVIII, núm. 64 (1951), 622-624.

tudiosos (Manzano, Carro, etc.). En este caso, su insistencia sobre el tema, supone el reforzamiento de sus antiguos argumentos con una serie de nuevos datos, frente a las opiniones de los autores citados, cuyas tesis analiza y deshace minuciosamente.

Los capítulos finales, VII y VIII —a nuestro entender, los de mayor interés del libro—, sitúan el acontecimiento vallisoletano en una trascendencia universal. Se sigue el rastro de las dos antagónicas posiciones —la lascasiana ("todas las naciones del mundo son hombres") y la sepulvediana (los indios son una raza netamente inferior)— desde el XVI al XX. Se sitúa el tema dentro de su marco grandioso: como un hito dentro del lento caminar del hombre hacia una fórmula más justa de respeto hacia la dignidad del hombre. En este capítulo, y a este respecto, se traza un paralelo de esta preocupación honda de la colonización española con testimonios de esta índole dentro de las colonizaciones europeas restantes.

Completan el libro unos apéndices con la correspondencia cruzada entre Sepúlveda y Alfonso de Castro, hasta ahora inédita, y con el material utilizado para la redacción de esta obra. Las notas son de una gran riqueza. Unas láminas, con los retratos de los dos polemistas y facsímiles de cartas y ediciones, así como unos índices, completan esta obra, dedicada al catedrático sevillano don Manuel Jiménez Fernández, de quien aprendimos años atrás un gran respeto hacia Las Casas y un legítimo orgullo por esta autocrítica de la España del XVI, en el que nos viene a reafirmar este nuevo libro de Lewis Hanke.—*José Muñoz Pérez.*

PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ: *Orfebrería Prehispánica de Colombia. Estilos Tolimán y Muisca. Texto. Obra basada en el estudio de las colecciones del Museo del Oro del Banco de la República.* Bogotá. Madrid, 1958.

El profesor José Pérez de Barradas, director del Instituto "Bernardino de Sahagún", catedrático de Antropología de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, es uno de los mejores especialistas de la antropología y de la etnología colombianas. Ha realizado allí excavaciones y estudios muy valiosos y de una gran importancia etnográfica. Citaremos, por ejemplo, su trabajo sobre los Muiscas (2 tomos, 1950-51).

Desde hace algunos años, se dedica a estudiar las colecciones del Museo de Oro del Banco de la República de Bogotá, que contiene una serie única de orfebrería prehispánica de Colombia. Se dedicó primero al estilo calima (1954) y ahora acaba de publicar otro volumen de los estilos Tolima y Muisca.

Como la primera obra, estos dos volúmenes son de una presentación y de calidad excepcionales. En dos partes, estudia las dos culturas; antecedentes históricos, análisis de los diversos objetos y su procedencia, anotaciones sobre la técnica utilizada, la tipología y simbolismo de esta orfebrería. Escribe que: "Un fenómeno de gran interés es la constancia de las formas, de los elementos decorativos y de los sím-

bolos en las manifestaciones artísticas de un pueblo. Según Meyer Schapiro (1953), para el arqueólogo el estilo viene determinado por un motivo o muestra, o por una cualidad directamente percibida, de la obra de arte que le ayuda a localizarla, a fijar la fecha de su ejecución y a establecer relaciones entre grupos de obras de arte o entre culturas". Si el estilo es rasgo sintomático para objetos primitivos o arcaicos carentes de valor estético, como la cerámica de uso diario, lo es aún más para piezas hermosas. En este caso, al valor arqueológico se suma el artístico, y el investigador entonces ha de hacer resaltar ambos.

Arthur Kingley Porter, conocido investigador del arte medieval europeo, estampó como lema en una de sus obras capitales esta frase que compendia todo un programa de lo que ha de ser la dignidad y la nobleza del historiador: "Las investigaciones arqueológicas no deben hacerse sólo para obtener resultados prácticos de la demostración de los hechos, sino también para experimentar de paso la fruición estética que proporcionan las obras de arte".

Además, el estilo es una base que puede servir de pauta para considerar las innovaciones y la sucesión de las obras de arte en el espacio y en el tiempo y para explicar el desarrollo de los procesos culturales. Para los historiadores de la Cultura o para los filósofos de la Historia, como indica Shapiro, "el estilo es una manifestación de la cultura considerada como un todo o, mejor dicho, el signo visible de su unidad, pues refleja el pensamiento y el sentimiento de la colectividad. Lo que más importa ahora no es el estilo personal ni local, sino lo que pudiéramos llamar estilo colectivo, es decir, las formas y cualidades comunes a todas las artes de una cultura determinada".

Lo que interesa más al etnólogo a la vista de estas piezas es el aspecto esquemático, abstracto que tienen; son representaciones de símbolos. En esta clase de arte, las figuras se apartan de la realidad y dejando de representar lo real se vuelven hacia lo imaginario, hacia un mundo ideal: el de los espíritus y el de los dioses. Es en este gran estilo en el que impera la esquematización y el símbolo, en el cual, según el mismo autor, "la alegría de lo inmortal y de lo externo se nos revela en lo perecedero. Finito e infinito, he ahí el sentido más profundo de estas representaciones y el originario pensamiento que hay que comprender y captar en ellas. El hombre, por medio de lo finito, concibe lo incomprensible y quiere darle forma..., el hombre aplica sus medios de expresión... al empeño de dar forma a lo inexplicable". Más o menos es lo mismo que expresó Goethe en esta forma: "Lo simbólico transforma al fenómeno en idea, y a la idea en imagen, de modo que la idea convertida en imagen queda para siempre efectiva e inaprensible, y aunque expresable en todos los idiomas permanece, sin embargo, inexplicable."

Resulta interesante encontrar en la orfebrería prehispánica de Colombia estilos tan dispares como el muisca y el calima: uno suntuoso, de decoración recargada y barro-

ca y con representaciones realistas de animales y de rostros humanos, y otro sobrio, esquemático y en ocasiones casi abstracto. Dase el caso curioso de que, si bien el calima es un estilo de mayor antigüedad, no se puede pensar que la esquematización de la figura humana en los tunjos se deba a una decadencia. Lo sería, tal vez, si el indio muisca hubiera olvidado los adelantos técnicos, pero se presenta precisamente el hecho de que sucedió al contrario, esto es, que dominaba la técnica metalúrgica más que el calima. Las diferencias estilísticas no se deben a hechos naturales, sino a distintos conceptos sobre el mundo y lo sobrenatural.

Una nota del profesor Pérez de Barradas, al final de su introducción, es interesante; dice: "Finalmente queremos salir al paso de una idea equivocada sobre la apreciación de las joyas de oro y de tumbaga en los pueblos prehispánicos de Colombia. Está muy extendida la creencia de que la orfebrería era una señal de riqueza en el sentido actual de la palabra. Nosotros creemos que el oro y la tumbaga entonces fueron usados por ser inalterables, por su color y brillo y, en resumen, por su hermosura y no por su valor venal. El hecho del desarrollo de la orfebrería, estilístico y tecnológico, entre las poblaciones prehispánicas de Colombia, se debió no al afán de acumular riquezas terrenales, sino al de alhajar a los caciques y gente principal y ofrendar a los muertos y a los poderes sobrenaturales con los objetos de la materia más bella del suelo colombiano, trabajados con el más profundo amor para lograr, en todos los diferentes estilo, espléndidas obras de arte de valor universal."

Este libro es una aportación muy interesante al estudio de las culturas precolombianas y es ya indispensable para comprender su desarrollo y sus características. Felicitamos al Banco de la República de Bogotá, que ha sabido utilizar un material precioso, encerrado en un museo, para fines científicos y divulgaciones etnológicas en las cuales el profesor Pérez de Barradas ha demostrado su competencia.—*Juan Roger.*

LITERATURA Y LINGÜÍSTICA

VOZ DE LA LETRA [1]

Alonso Zamora Vicente, catedrático de Lingüística Románica de la Universidad de Salamanca, pertenece a la nueva generación de críticos e investigadores encastados en buenos literatos. Arrancan, en último término, de sabios tan magníficos escritores como don Ramón Menéndez Pidal y don Américo Castro, pluma de pasión, equilibrio y profundidad en el segundo caso. En esta línea se han dado creadores del porte singular de Dámaso Alonso y Pedro Salinas, tan agudísimos críticos, a más de por

1 ZAMORA VICENTE, Alonso: *Voz de la letra.* Colección Austral. Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1958.

poetas, por dotados de verbo singular y de conocimiento admirable. La crítica es ya una vastedad de saberes, un entramado íntimo, no la sola anotación y diferencia de externidades. Se ha descubierto también que la crítica, a más de sabiduría, requiere sensibilidad e intuición.

Alonso Zamora Vicente es un cuentista de muchísimo garbo, a más de un erudito. Así, el hombre capaz de arquitecturar la propia creación, penetra más hondamente en la textura de la obra ajena, tiene más capacidad para valorar, no sólo para medir o advertir hechos. Concisión, profundidad, conocimiento y diafanidad se dan como características del hacer del profesor Zamora Vicente. Da gusto leer esta prosa tan bien trabajada, tan naturalmente nacida. Él mismo, con sentido autocrítico muy limpio, nos dice de su nueva colección de ensayos, *Voz de la letra*: "Lecturas compartidas, nada más, nada menos, es lo que viene en este librillo. Son hojas, día a día desvividas, largo viento espacioso diseminado que hoy se reúne en apretada vecindad. Estas hojas hablan de libros que nos circundan, no tanto de ellos como de su mensaje, de la problemática que lanzaron a nuestros imprecisos apegos, y hablan también de hombres que anduvieron alguna vez a nuestro lado, ejemplares en su recato, en su soledad o en su quehacer tenaz y fervorosos... De alguno de esos hombres hablan estas páginas, reconocidamente. Escuchemos de nuevo, abierto el espíritu, su fructífera vigilia, hoy ya sólo sonante en la letra, en la voz de la letra."

Los ensayos de Alonso Zamora Vicente en *Voz de la letra,* tienen un doble interés: su propio estilo literario y la penetración crítica de la obra o el tema que enfocan. Aunque todos son espléndidos, nosotros proponemos como ejemplar el dedicado a un poema de César Vallejo. Y como actitud cordial, temple de escritor, discípulo agradecido, el titulado "Ciudad Universitaria, 1935", por donde desfilan hombre egregios de España, trabajadores de la inteligencia, apasionadas y serenas gentes de disciplinas, continuidad y desinterés: Ovejero; Lapesa, un filólogo ultracorrecto; Navarro Tomás o la palabra exacta; la pasión de lo ibérico en Américo Castro o el temblar de lo grande ante el glorioso Menéndez Pidal, increíble autor de *La Chanson de Roland* a los noventa años magistrales. Y estos hombres en su paisaje, en su humanidad y ciencia, en su laborar sin pausa, sin prisa y sin desmayo.

Ved la manera de abordar el estudio de *La voluntad*: "En 1902 aparecen, simultáneamente, unas cuantas novelas que reflejan, con acusadas aristas, una nueva manera de concebir la novelística. Estas novelas son: *Amor y pedagogía,* de Miguel de Unamuno; *Camino de perfección,* de Pío Baroja; *Sonata de otoño,* de Ramón de Valle-Inclán, y *La voluntad,* de Azorín. Todas estas novelas están en franco desacuerdo, en abierta oposición con las novelas consagradas." De los nombres en fervor de humanidad por entonces, salva el autor a Galdós y *Clarín.*

Alonso Zamora Vicente se dibuja en el panorama de la crítica responsable española, tan pobre en general, como una figura de rango. Otra, en el campo de lo poético, es Bousoño. Y, por encima de todos, el maestro Dámaso Alonso. Crítica como amor a la claridad y el orden, no como mera reseña bibliográfica, turiferarismo o zurriago resentido o cornúpeta, sino

en función valoradora. En los nombres citados, también la crítica es un insigne género literario, no a la manera pasada y de mera técnica, sin dejar por ello de ser científica. Y es que la nueva crítica es menos aparatosa en la superficie y más profunda en la intención.—*Ramón de Garciasol.*

SERRANO PONCELA, SEGUNDO: *El secreto de Melibea.* Editorial Taurus.

El escritor y ensayista Segundo Serrano Poncela publica en Taurus un interesantísimo volumen de ensayos agrupados bajo el título del primero de ellos: *El secreto de Melibea.*

Desde la primera página se plantean los problemas y se suceden las hipótesis. Y en verdad que los problemas de la erudición son más incitantes que los de una novela policíaca. En *El secreto de Melibea,* Serrano Poncela discurre acerca de cómo se comporta un judío converso escritor ante la censura cristiana, y cavila sobre los amores de Calisto y Melibea, a lo que supone judía conversa y cristiano viejo. Más aún: afirma que el libro de *La Celestina* tiene una clave que fue obvia para los lectores de su tiempo y para nosotros no. Aunque discrepamos totalmente de estos supuestos previos y no hallamos cuestión social en *La Celestina,* sino simple cuestión artística, con antecedentes definidos en la novela sentimental, que imponía desastrado fin en las relaciones amorosas, no por eso dejamos de disfrutar con las conclusiones y agudas cavilaciones del ensayista.

Los estratos afectivos de Quevedo es una lograda semblanza biográfica de Quevedo, condensada y prieta en la que se da marcada importancia a dos defectos: la cojera y la miopía del escritor. Toda la agresividad y el humor negro de la prosa quevedesca están enraizadas en la deficiencia vital del propio autor. Ni que decir tiene que Serrano Poncela desentraña los porqués de actitudes vitales superando el simplismo freudiano, con un más convincente psicoanálisis. Para ello estudia su infancia en Palacio en contacto con las sabandijas palaciegas, y la adolescencia en las universidades de Valladolid y Alcalá de Henares. El uso de la germanía, el lenguaje coloquial y la erudición filológica grecolatina son analizadas con precisión. Finalmente, Serrano Poncela imagina a Quevedo sujeto al estoicismo para librarse de "un escepticismo nihilista constitucional" que le corroía.

El estudio de *Silverio Lanza,* un raro de la literatura española como en otros tiempos Villarroel, Miguel de los Santos Álvarez y muchos más, nos presenta un tipo que no encontró a tiempo su ambiente. Aplaudido por la generación del 98, para la que fue un precursor, no sólo por su obra, sino por su carácter independiente, Silverio Lanza merece en nuestros días una edición de sus obras, inéditas.

Serrano Poncela maneja con gracia un anecdotario curioso de Silverio y estudia las influencias y contactos de la obra original de tan extraño personaje. Sólo un reproche. A veces Serrano Poncela se muestra muy desdeñoso, injusta-

mente, con la generación de la Restauración.

La silueta de Ganivet se dibuja gracias a un paquete de cartas que descubre las claves de su carácter: la soledad, la misantropía y la misoginia. Serrano Poncela señala en Ganivet una veta existencialista, que entraña un profundo escepticismo y el suicidio como término al tedio vital y al vacío más tremendo. Ganivet es un malogrado sujeto hispánico. Reclama Serrano Poncela una edición crítica del epistolario.

Las tres figuras: Quevedo, Silverio y Ganivet tienen de común el escepticismo y la amargura, el desengaño, la rebeldía contra el ambiente, el gesto solitario y hostil que se manifiesta en exabruptos literarios. Todos tres están bajo el signo del individualismo, y la actitud es desesperada, del que se siente aparte. Cierto es que la atención de Serrano Poncela se fija especialmente en estos aspectos como podría construir en torno a la jocosidad de los mismos autores, pero es que a Serrano Poncela le interesa subrayar precisamente esto.

En los *Encuentros personales con Unamuno* a través de sus lecturas, resulta muy interesante el itinerario seguido por Serrano Poncela, por lo que supone de evolución de una vida y pensamiento. Expone Serrano Poncela la teoría de que Unamuno es un filósofo que usa las formas literarias como instrumentos e x p r e s i v o s . "La novela es —pues— un m é t o d o de conocimiento."

La expresión apasionante, la confesión personal y autobiográfica de Unamuno, aterrado ante la nada (el vacío de Ganivet), hacen que Serrano Poncela termine asociándole a la serie de nihilistas escépticos desesperados que son Quevedo, Silverio y Ganivet.

En *Eros y tres misóginos* (Unamuno, Baroja y Azorín) se estudia el alejamiento de la generación del 98 del amor y la prevención contra lo femenino, a diferencia de la generación siguiente, regida por Ortega, con una constante preocupación por todo lo que se refiere a la mujer.

Tienen su interés *Autocrítica y crítica de la generación del 98* y *La novela de Pío Baroja*. En el último ensayo, *Razón y débito a Ortega y Gasset,* analiza Serrano Poncela los puntos de contacto entre Ortega y Unamuno cuando declaran ambos la primacía de la vida sobre la razón, tanto cuando Unamuno supedita el conocimiento a la vida como cuando Ortega declara el pensamiento función vital.

Muy valiente es Serrano Poncela en la manera de decir las cosas y sabe decirlas con estilo, todo lo cual da más valor y calidad a estos ensayos, a los que no dudamos han de seguir otros muchos que iluminarán la literatura y la vida española.—*Carmen Bravo-Villasante.*

DÍAZ-PLAJA, FERNANDO: *Antología del Romanticisco español.* Madrid, Revista de Occidente, 1959; 223 págs.

He aquí una obra utilísima a los estudiosos (como señala su autor), a quienes deseen entrar en lo vivo del movimiento romántico español, y, sobre todo, a los que con propósitos didácticos se adentren en tal

período; para éstos, sobre todo, constituye un interesante fichero lleno de vida y oportunidad bien escogida.

Mucho nos equivocaríamos, si al concebir el plan de esta Antología (en ocasión precisamente lectiva que nos detalla en nota preliminar), no tuvo en cuenta su autor la Antología temática de la literatura española que su hermano D. Guillermo publicó en 1940. "La Idea. Los Temas", aclara a continuación del título, en la portada. Precisamente era lo que buscaba Guillermo Díaz-Plaja en la suya citada, al declararnos en el Prólogo: "... el saber de la literatura no se limita, a mi juicio, a la degustación de unos determinados módulos de belleza, sino que debe abarcar el mundo de las ideas que llegan en aquellos cauces estéticos." Y a estas palabras precedían las siguientes: "... fragmentos... que permitan captar el aire en que se mueve cada obra, cada autor, cada época. Por ello se procura dar, en lo posible, la temática del momento literario que se analiza."

Añadamos a esto que, al igual que su hermano señala en su Antología temática: "... el hecho de estar concebida como complemento estricto de los estudios literarios..." (y alude a sus obras de texto), el autor de la obra que comentamos nos dice: "Me pareció entonces que a los libros que tratan de explicar el fenómeno romántico (especialmente el de Allison Peers) podría servirles de complemento uno que reuniese textos de prosistas y poetas del Diecinueve."

Claro que el paralelo ya no puede seguir. La Antología temática, más amplia en su contenido, y por dirigirse a otros lectores, ha de ser menos profunda, aparte de, por semejantes razones, insistir más en subgéneros y modalidades.

La Antología que reseñamos se dirige ya a los Temas románticos y profundiza en ellos. En ella se nos da un capítulo interesantísimo dedicado a textos contemporáneos al movimiento romántico, inmersos en él, defendiéndolo, atacándolo, o comentándolo imparcialmente. Casi cincuenta páginas que lo componen constituyen, como puede fácilmente comprenderse, un documento bien escogido, vivo y palpitante de un valor excepcional.

A continuación, y en capítulos sucesivos, ilustra con abundantes y variados ejemplos sucintamente calificados, los Temas fundamentales del Romanticismo: la rebelión, el paisaje, el amor, la Edad Media, el Siglo de Oro, la muerte, la religión, el Oriente y el excepticismo, terminando con un epílogo en que resume brevemente la biografía literaria de los principales autores de quienes se han aportado fragmentos.

Destacan entre tales capítulos los dedicados al tema de la rebelión, al del amor, el excepticismo y la muerte, por lo acertado de los textos escogidos y la sutil matización de los mismos.

En otros hay ocasiones en que acaso se adhiere con excesiva insistencia a un autor o una obra que casi parece estudiar en comentario siguiendo sus detalles y titubeos; tal ocurre con *El diablo mundo* y *El estudiante de Salamanca,* de Espronceda, y, sobre todo, con *Don Juan Tenorio,* de Zorrilla.

Tal vez algunos temas tan fre-

cuentes y característicos como el del poder y la fuerza, el de la luna y la noche, o el de los elementos tétricos y fúnebres, merecieran apartados especiales por sí solos, aunque al igual que ocurre con la escenografía, ambientación y circunstancias románticas, se hallan ejemplificadas al tratar de la rebelión, el paisaje o la muerte. Esto que señalamos destaca poderosamente en capítulos como el de la Edad Media o el del Siglo de Oro, en que se advierte la tendencia al pasado, por una parte, y la exaltación del poder individual, por otra.

Claro está que en la complejidad del rico movimiento romántico, esa subdivisión implicaría además del atomismo, dificultades de clasificación, pues un ejemplo como el de *Al Faro de Malta,* encierra al tiempo una exaltación de la violenta Naturaleza, de la individualidad poderosa que se le opone, de lo nocturno..., y los casos como éste podrían multiplicarse.

Acaso una atención a la doble corriente española oriental (historicismo, religiosidad...) y central (rebelión político-social y aun religiosa...), con todas sus dificultades por no ser de características exclusivas, no hubiera estado de más, y en quien puede hacerlo, hubiese resultado utilísima.

En cualquier caso, preparado como pocos para un tema semejante, por sus anteriores estudios histórico-sociales y literarios sobre nuestro pasado y en especial sobre los siglos XVIII y XIX, la Revolución francesa, y la muerte y la historia en la poesía, Fernando Díaz-Plaja hace mucho más que antologizar el Romanticismo español como movimiento literario en conjunto, porque con la acertadísima elección de sus ejemplos de atento y profundo lector, podemos ver a los individuos caracterizados (Espronceda y Larra, revolucionarios y excépticos; Bécquer, todo sentimiento y medievalismo reposado...), y hasta los géneros (el amor-rebelión del teatro de la época, contra el amor generalmente idealizado de la lírica...) tan objetivamente definidos, que sin sus propias palabras, con la magia de la evocación por los textos, ha realizado un magnífico estudio del Romanticismo español.

Por lo demás, la edición tan cuidada como nos tiene acostumbrados la Revista de Occidente.—*Ramón Esquer Torres.*

PUBLICACIONES DE LA INSTITUCION DE FORMACION DEL PROFESORADO DE ENSEÑANZA LABORAL

Didáctica Matemática Eurística: por el asesor de la Institución, el catedrático y académico Dr. Pedro Puig Adam (†). Resume las experiencias de tan competente profesor a lo largo de muchos años de fecunda labor de cátedra y de los cursillos realizados para formación del profesorado. Esta obra, que causará una auténtica revolución en la enseñanza de las matemáticas en todo el mundo hispanoamericano, y cuya traducción al italiano nos ha sido solicitada, consta de 136 páginas, con grabados, agotada la primera edición, está en preparación la segunda.

Mapas de suelos: realizados por los institutos laborales de las localidades correspondientes y publicados por el Instituto de Edafología y Fisiología Vegetal del C. S. I. C. y la Dirección General de Enseñanza Laboral. Cada mapa tiene una memoria anexa de unas 70 páginas, y ha sido realizado a todo color. Se han publicado hasta la fecha los de Ecija, plano 1 : 50.000; Egea de los Caballeros, 1 : 37.500; Lebrija, 1 : 37.500; Villanueva de la Serena, 1 : 25.000, y Alcira, 1 : 25.000. El precio de cada uno de los mapas y memoria correspondiente es de 25 ptas.

Oceanografía, Biología Marina y Pesca: es un compendio de conferencias dictadas por los profesores de los diferentes centros de Enseñanza Media y Profesional de Modalidad Marítimo-Pesquera, que tomaron parte en el Cursillo de Oceanografía y Pesquerías realizado en el laboratorio de Vigo del Instituto Investigaciones Pesqueras, en agosto de 1957, bajo la dirección de don Buenaventura Andreu. El volumen, profusamente ilustrado, tiene 104 páginas tamaño holandés y su precio son 40 pesetas. Recientemente ha merecido la atención de la UNESCO, que lo ha recomendado con una ficha internacional.

Normas de Interpretación de Mapas Geológicos: interesante monografía de Rafael Cabanás, catedrático de Ciencias Naturales del Instituto Nacional de Enseñanza Media, de Córdoba, con prólogo de Hernández-Pacheco. Profusamente ilustrada con láminas a todo color y varios grabados sobre cuché, trata de los mapas topográfico y geológico, notación y estructura, tectónica y cratónica y materiales eruptivos, para terminar con un detallado estudio del corte geológico y un capítulo muy útil sobre "Levantamiento de mapas geológicos".

Pedidos:

INSTITUCION DE FORMACION DEL PROFESORADO DE ENSEÑANZA LABORAL

Avda. Puerta de Hierro, s/n. Ciudad Universitaria **MADRID**

"BOLETIN PEDAGOGICO" DE LA INSTITUCION DE FORMACION DEL PROFESORADO DE ENSEÑANZA LABORAL

Avda. de Puerta de Hierro, s/n. (Ciudad Universitaria) M A D R I D

Este BOLETIN PEDAGOGICO aparecerá seis veces en el período del presente curso escolar 1959-60, a razón de dos números por trimestre, conforme a continuación se indica:

Número 25. 15 de octubre de 1959; Número 26. 1 de diciembre de 1959; Número 27. 15 de enero de 1960; Número 28. 1 de marzo de 1960; Número 29. 15 de abril de 1960; Número 30. 1 de junio de 1960.

Suscripción anual: 100 ptas.—Número suelto y atrasado: 20 ptas.

Descuento especial para los señores profesores y centros de enseñanza: 40 por 100.

Extranjero: Precios especiales. Por Avión: A convenir.

SUMARIO DEL NUM. 26 (1 de diciembre).

ESTUDIOS.—Verdades fundamentales de la Economía española, por **Fernando Martín-Sánchez Juliá.**—Significación y alcance de las síntesis del ácido ribonucleico, por **Diego Jordano.**

LECCIONES PRACTICAS.—Dificultades del francés, por **Luis Alvarez Dieste.**—Sacramentos de vivos y muertos, por **Amadeo Piña Mateos.**—La raíz, el tallo y las hojas, por **Hortensia Blanco Ramos.**

TRABAJOS PRACTICOS.—Tecnología de taller, por **Manuel Aparici Cerveró.**

NOTICIARIO.—Premios Nobel 1959: Química: Jarolav Heyrovsky, por **J. Llopis.**—Física: Emilio Segré y Owen Chamberlain, por **Pedro Pascual de Sans.**—Literatura: Salvatore Quasimodo, por **Andrés Soria.**

ACTIVIDADES DE LA INSTITUCION.—Crónica del cursillo de Perfeccionamiento para Profesores del Ciclo de Lenguas.—Crónica del cursillo de Perfeccionamiento para Profesores del Ciclo de Geografía e Historia.—Crónica del cursillo de Perfeccionamiento para Profesores del Ciclo Industrial.—Transformación de bachilleres universitarios en laborales.—Cursillo de Perfeccionamiento para Profesores de Formación Religiosa.—Bachillerato Laboral Electrónico.

BIBLIOGRAFIA.—Libros de texto. Enseñanza Laboral. I. Bachillerato Laboral elemental.

LEGISLACION.—I. Disposiciones generales.—II. Nombramientos.—III. Otras resoluciones.

SUMARIO DEL NUM. 27 (15 de enero)

ESTUDIOS.—Aportación al estudio de las lanas españolas, por **Eduardo Tello Porras.**—Conservación del pescado a bordo por congelación en salmuera, por, **J. M. Pérez Arciniega.**—La investigación florística, por **M. Lainz, S. J.**

LECCIONES PRACTIVAS.—Hidrografía, aguas superficiales y subterráneas, por **José Martínez López.**—Una clase de matemática al aire libre, por **Néstor García Mínguez.**

MATERIAL DIDACTICO.—El dibujo y el color en la enseñanza gramatical, por **Carmen Muñoz Renedo.**—El geoplano del profesor Categgno en el espacio, por **Teófilo Hernández Hernández.**

NOTICIARIO.—Premios March.

INFORMACION DE ENSEÑANZA LABORAL. — Pedro Puig Adam (†).—Pedro Puig Adam y la Institución.—Sus charlas y lecciones eurísticas, por **Raúl Tejada Herrero.**—Homenaje a D. Pedro Puig Adam.

BIBLIOGRAFIA.—Libros de texto de Enseñanza Laboral.—Formación Profesional Industrias (II).—Legislación.

ARBOR

TARIFAS DE PUBLICIDAD

Cubierta posterior en bicolor (rojo y negro) ...	4.000	ptas.
Interior cubierta posterior (negro)	2.500	"
Una plana corriente	1.800	"
1/2 " "	1.000	"
1/3 " "	700	"
1/4 " "	500	"

VEINTE PESETAS